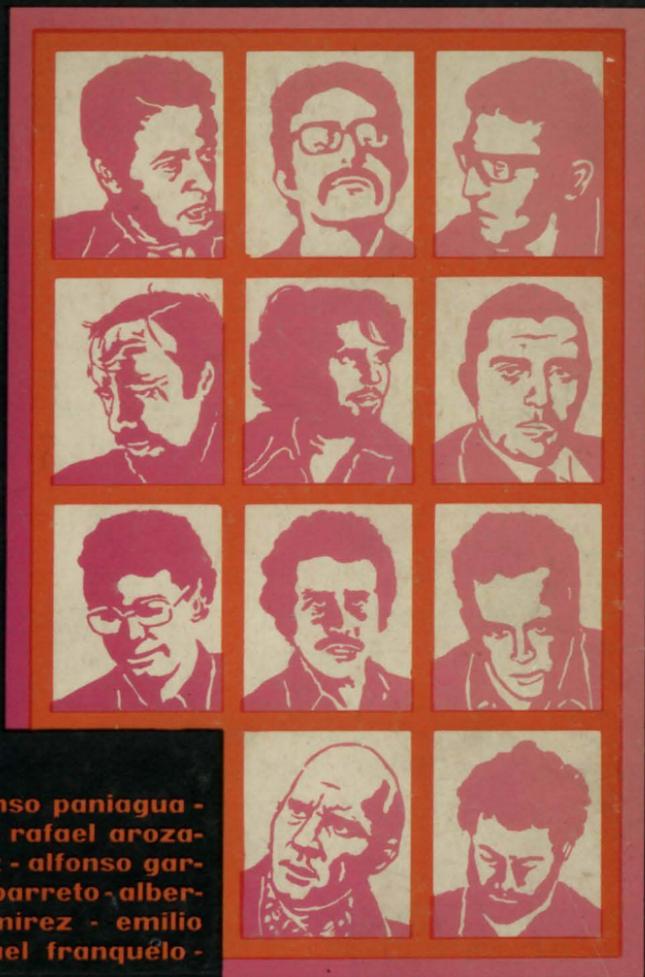


R.FRANQUELO



luis alemany - s. alonso paniagua -
j. j. armas marcelo - rafael aroza-
rena - juan cruz ruiz - alfonso gar-
cía-ramos - luis león barreto - alber-
to omar - victor ramirez - emilio
sánchez ortiz - rafael franquelo -

AISLADA ORBITA



letras a su imán

*AISLADA ORBITA,
RAFAEL FRANQUELO*



SERIE *letras a su imán*

© Inventarios Provisionales, editores.

Depósito Legal G. C., 67 - 1973
Imprenta Marcelo. Perojo, 41
Printed in Spain

JLG- 7888

RAFAEL FRANQUELO



AISLADA ORBITA

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
LAS PALMAS DE GRAN CANARIA
N.º Documento <u>78724</u>
N.º Copia <u>607186</u>



INVENTARIOS PROVISIONALES
LAS PALMAS DE GRAN CANARIA, 1973



PROLOGO

Generalmente el lector de antologías espera encontrar, abriendo el difícil camino de su lectura, un prólogo que conlleva el estudio serio y profundo de la obra de los autores incluidos en la selección; prólogo en donde se enumerarían las múltiples razones que hacían necesaria la antología; estudio-justificación del quehacer del antólogo, que repite obstinadamente aquel rito y metamorfosis: la escena del Sumo Sacerdote en plena ceremonia.

En esencia, ese estudio es preciso. Pero yo he querido que esta antología no sea tal, sino que los autores que en ella se encuentran representados sean también los responsables de la elección de sus textos, de su poética y de su nota biobibliográfica. Se dirá que son los mismos autores los antologizados. No es exacto. Personalmente pedí los trabajos a los que creí debían ir en la antología sobre la narrativa que se está haciendo en estos momentos en Canarias. Ellos contestaron afirmativamente. Ellos eligieron sus textos; algunos juzgaron más efectivo dar narraciones que ya habían sido publicadas en la prensa periódica o en libros de cuentos e, incluso, capítulos de novelas editadas; otros pensaron que era preferible dar a la antología textos inéditos que pusieran sobre aviso al público lector y lo enteraran de sus pretensiones como escritores. Se res-

petó la opinión de todos y cada uno de los antologizados. Mi único mérito estaría, pues, en la idea, y en dar cuerpo a este volumen.

¿Y qué razones de existir tiene esa ocurrencia de una antología de la narrativa que se hace en Canarias? Hace algunos meses, con la aparición de Crónica de la nada hecha pedazos, de Juan Cruz Ruiz, y La canción del morrocoyo, de Alberto Omar, ambos de Tenerife, se especuló en los corrillos literarios de la Península y las islas sobre un posible y llamativo “boom” de la narrativa canaria. Consecuencias de ese rumor fueron los textos dados a conocer en las páginas literarias de los periódicos de las islas. Textos narrativos que me hicieron concebir la idea de antologizar a todos aquellos que, según mi criterio, estaban elaborando una prosa digna de mejores conocimientos al exterior.

Con referencia al llamado boom, constato aquí mi indiferencia por el término, aunque si semánticamente conlleva el concepto de eclosión, no van por mal camino los que así lo hayan afirmado y dado vida. Realmente, se podría hablar de “mini-boom”, usando la terminología del novelista chileno José Donoso. Es más, juntamente con Donoso, afirmaría casi sin temor a equivocarme que los creadores del apelativo de boom para la narrativa de las islas son, efectivamente, los mismos que nunca fueron capaces de creer en los que están antologizados en estas páginas; los mismos que usaron peyorativamente el vocablo “boom” para desmerecer la obra de unos cuantos narradores de las islas, intentando menguar su interés al afirmar la ineditéz (y en algunos casos, inexistencia) de tales novelas y novelistas.

Entonces, se me ocurrió la idea de hacer cara

al “boom” con un volumen que estableciera las coordenadas de la narrativa de Canarias; un libro que, a la vez que cortara de raíz las incredulidades, sirviera de apoyo y testimonio, de estímulo, a los que en él estuvieran incluidos.

Anteriormente, en el año 1970, se dieron, digámoslo como si fuera una pequeña epidemia, los primeros brotes de la llamada narrativa canaria actual. Los puercos de Circe, de Luis Alemany, y Estamos abriendo caminos en la noche, de Luis León Barreto, se vieron incluidas en las fases finales de los concursos ALFAGUARA y SESAMO, respectivamente. Ese mismo año, se publicaba en Las Palmas un pequeño volumen de cuentos, Monólogos, de J. J. Armas Marcelo. En Tenerife, se redivive el Premio Benito Pérez Armas, y Alfonso García-Ramos consigue el galardón con su novela Guad, donde el tema del problema del agua en nuestras tierras sirve de elemento añadido para que el novelista consiga dar rienda suelta a los fantasmas de su juventud, de la frustración juvenil de la postguerra, del choque tremendo con la realidad, de la inexistencia del nirvana, de lo fácil que es llegar al grado de incredulidad necesario para confundir estoicismo con escepticismo. Los comentarios en favor de esta novela llegaron más alto de lo que el propio autor esperaba. Hubo quien afirmó que es la novela más importante de las premiadas durante el año en nuestro país.

Ininterrumpidamente, se suceden las publicaciones en prosa. En febrero del año 1972, sale a la luz Cada cual arrastra su sombra, de Víctor Ramírez; volumen que inmediatamente adquiere, por derecho propio, la mejor acogida. Ramírez maneja con maestría la narración larga, realista, intemporal a pesar de ella misma. Y, posteriormente, salen al

público Crónica de la nada hecha pedazos, también Premio Pérez Armas, y La canción del morrocoyo.

Si pretenciosamente tratáramos de encontrar nexos de unión entre los narradores que aquí están representados, nos atreveríamos a afirmar que sólo hay dos, con toda claridad: los estudios universitarios y su vocación de profesionalizar su vocación de escritores. Porque nada tienen de común, aparte de los dos puntos anteriores, Emilio Sánchez-Ortiz y Alberto Omar o Víctor Ramírez; nada úne, en cuanto al proceso narrativo, a Luis León Barreto con Rafael Arozarena; no tienen nada de igualdad, de parecido, las narraciones de J. J. Armas Marcelo con las de Juan Cruz Ruiz.

En cuanto a mi afirmación de la voluntad de estos escritores por profesionalizar la vocación, baste observar los escritos publicados por ellos hasta el momento, incluidos los que se leerán en este volumen, para entender que bajo la inquietud por el lenguaje, el compromiso con la realidad patente de su tiempo, la mayor o menor "cura" y "poda" examinada entre líneas por los lectores avisados, existe además un intento feroz de independencia literaria, una voluntad de autocrítica ininterrumpida, una decidida intención de elevarse por encima de las fronteras del Teide y mostrar sus obras en la urgencia de la narrativa española del momento.

Temas, conceptos, modos de expresión, "demonios" o "fantasmas", lecturas juveniles aun: el panorama es variopinto. Pero, en todos los casos, priva la exigencia, la honradez en el compromiso literario, en el compromiso con la literatura antes que con cualquier otra inquietud.

Se me podrá objetar la omisión de algunos nombres que hacen narrativa en estos momentos. Es una objeción que no puedo evitar. No van todos en la antología, discutible a todas luces. Mi pretensión ha sido dar testimonio de algo que ocurre en las islas por primera vez en la historia de ellas mismas: un plantel de narradores, que no sobrepasan en su mayoría los treinta años, trabaja sus novelas al sol de las islas. Mucho se puede esperar de ellos. Mucho también de los que no están incluidos y que debieran estarlo (es pequeño el espacio de una antología...). En sus manos está ahora contradecir a los que nunca creyeron en ellos o contradecirme a mí, a mi idea de incluirlos a todos en una antología bajo el título global de Aislada Orbita. Las condiciones objetivas de nuestro tiempo son positivas para ellos. Ellos son, pues, los responsables futuros de la razón de ser de esta antología que sale hoy al público.

R. F.

LUIS ALEMANY,

nace en Barcelona en 1944, residiendo en Santa Cruz de Tenerife desde niño. Es licenciado en Filosofía y Letras y profesor de Literatura en la Universidad de La Laguna. Colabora asiduamente en la revista "Gaceta Semanal de las Artes" (1963-1967) y el periódico "El Día" (1967-1968). Autor dramático, director teatral e investigador escénico. Fundador del Grupo Mirandista en 1967. Premio Santo Tomás de Aquino 1963, Premio Jauja 1963, Premio de Ensayo del Aula de Cultura de Excmo. Cabildo Insular de Tenerife 1970. Ha publicado los siguientes libros: *El indulto*, narración (Valladolid, 1964), *Tiempo muerto*, teatro (Santa Cruz de Tenerife, 1966) y *Una aproximación a la moderna literatura hispanoamericana*, ensayo (en prensa).

No sé hasta qué punto los dos originales que van a continuación poseen un significado concreto en la totalidad de mi obra (?). Por una parte, la obligada limitación de espacio que un libro de estas características puede concederle a cada autor, constriñe bastante las posibilidades de elección; por otra, mi dedicación a la novela larga en los últimos años, con el consiguiente abandono de la narración breve, sitúa todo esto en un pasado más o menos lejano; en última instancia, considero que una selección pretendidamente antológica (¿una antología a los veintiocho años?) de trabajos narrativos debe centrarse preferentemente sobre originales ya "fijados", primeramente por el tiempo, y —a ser posible— por la edición. En este sentido ambos relatos cumplen holgadamente los dos requisitos.

Explicar los motivos de esta selección sería harina de otro costal y probablemente no merezca demasiado la pena meterse en berenjenales. Resulta evidente --¿o no?-- que ambos relatos pertenecen a un momento muy concreto en el que de una forma o de otra estaban en el aire una serie de "influencias-ambiente" a las que resultaba muy, pero que muy difícil, escapar. No lo digo, claro está, para justificarme: si tuviese que justificarme, lo haría mejor no publicándolos. Me refiero, simplemente, a que estas dos

narraciones (relativamente homogéneas pero en absoluto iguales) no tienen nada que ver ni con la narrativa que he escrito después, ni con la que estoy intentando escribir en estos momentos, y que por lo tanto me parecería poco serio pretender extraer conclusiones a su costa. Sirva esto como ¿justificación? para no extenderme ahora en consideraciones teóricas sobre mis porqués como narrador; creo que los tengo, y creo que llegado el momento podría exponerlos con cierta claridad, e incluso, si me apuraran mucho, defenderlos. Sin embargo, las "muestras" que acompañan a esta nota serían un parco complemento para comprenderlos.

Quedémonos por ahora con estas narraciones, pertenecientes a momentos ya pasados, y guardémosnos las especulaciones teóricas (que a veces pueden ser convenientes, ¿por qué no?) para otras ocasiones en que puedan ser más útiles y mejor comprendidas.

L. A.

enero de 1973

BALANCE FINAL

—Y después podemos ir a casa a tomar una copa...

—¡No, no, nunca! A tu casa, no... Nos darías el whisky medido. Como siempre...

No comprende como Rafael se ha atrevido a contestarle eso a Tomás. Por lo general es tímido, respetuoso, sobre todo cuando está delante de él. Se diría que mantiene perpetuamente las diferencias del trabajo. Y lo curioso es que Tomás se ha quedado callado; evidentemente no esperaba esa respuesta. Claro que en una noche como ésta se puede esperar todo. El propio Rafael parece otro. Quizá sea verlo vestido de smoking: Piensa por un momento que todos deben resultar extraños vestidos de gala. Pero la verdad es que no. Ni Pedro, ni Tomás, le llaman en absoluto la atención con el smoking; dan la impresión de llevarlo todos los días. Con las mujeres ocurre lo mismo, la propia Mercedes con el traje de noche le pasa casi, casi, desapercibida. Y eso que él está acostumbrado a verla diariamente en zapatillas y en bata. El hubiera preferido no vestirse así, pero todos los años ocurre lo mismo: se empeñan en cenar pronto en un sitio cualquiera y después pasar por el Casino. La idea es más bien de las mujeres. De Mercedes y de Laura sobre todo: les parece que no se acaba el año si no ven las mismas caras de todos los años,

las mismas parejas de todos los años, las mismas borracheras de todos los años... Por eso hay que ponerse el smoking. A él no le gusta, pero ya no se molesta en decirlo: sabe que las cosas ocurrirán igual y que los planes, como de costumbre también, se fijarán con anterioridad. Y se aguanta. Lo que más le fastidia es saber de antemano que en el Casino apenas estarán media hora. En seguida uno del grupo —acaso él mismo— dirá eso de que en casa estamos más anchos y de que tardan menos en ponernos un whisky y de que llenan más los vasos. Este año lo dijo Pedro y los trajo a su casa. El salón es ancho, cómodo, bien decorado; de repente ha empezado a fijarse en eso cuando está cansado de venir aquí todos los días. Lo malo es que sabe que dentro de poco se les ocurrirá marcharse a otro sitio y se terminará esta tranquilidad que ha empezado a sentir sentado en el sofá immaculado tapizado de azul.

—Come, hijo, come: coge dos o tres trozos que ahora no te cobran nada.

Mari Carmen está muy animada pasando platos con jamón a todos. A Mari Carmen le ocurre siempre lo mismo: en cuanto se toma un par de copas se pone simpatiquísima. No como Mercedes que no prueba el alcohol. Ni le gusta que lo pruebe él. Ahora ya se ha acostumbrado un poco, pero recuerda hace unos siete años, a poco de casados, las peloterías que armaba cada vez que venía con dos o tres copas de más. Y eso que él no bebe mucho: alguna vez con los amigos. Con Pedro, sobre todo, que es el que siempre está dispuesto. Ahora recuerda el enfado de Mercedes aquella noche que llegó a las siete de la mañana y habían estado bebiendo con... Decide de improviso levantarse; empieza a sentir necesidad de hacer algo y no sabe qué. La habitación es espaciosa, le da la impresión de que la está viendo por primera vez: las

jambas de las puertas vidrieras que dan a la terraza, la mesita del televisor, las figuritas de encima de la chimenea... todos esos pequeños detalles que se descubren de repente cuando está uno cansado de verlos todos los días. Ocorre lo mismo que con este cuadro. Es del muchacho aquél que estuvo aquí hace tres años y decían si eran marica o no... Está cansado de verlo, y sin embargo ahora lo ve por primera vez: por lo menos aprecia detalles, matices nuevos...

—¡Lo lamento, mister: el Museo del Prado cierra el día de Nochevieja para que las Meninas puedan ir de **reveillon**...! Pareces un tímido de película española, de esos que van a una fiesta y no conocen a nadie y se ponen a mirar un cuadro cualquiera para disimular. ¿Te interesa ahora la pintura? Porque el cuadro, nuevo, nuevo, no es. ¿O ya se te ha olvidado? ¿Tan cargado estás?

No, esta noche no se ha emborrachado: la verdad es que no tiene ganas de emborracharse: las ganas de emborracharse le suelen venir a las ocho de la noche cuando sale de la oficina con la cabeza reventando y se encuentra a un amigo que le invita a un aperitivo y que también está reventando como él. Emborracharse porque es la última noche de diciembre y porque todo el mundo se emborracha le parece absurdo. Mira de reojo a Tomás que está a su lado. El tampoco parece estar muy animado. De todo el grupo el único que ha bebido un poco es Rafael. Ahora está bailando con Mercedes. Riéndose mucho. Le tiene dicho a Mercedes que no le gusta que la aprieten tanto cuando baila con los demás. Aunque sean amigos. Y si están embalados, menos.

—Dadme vuestros vasos, niños; que os los voy a llenar a ver si os animáis un poco y sacáis a bailar a estas pobres mujeres aburridas...

Laura es la única del grupo que habla godo. Nunca dice **ustedes** sino **vosotros**. A él le suena raro, pero no le molesta como a Pedro que se indigna cada vez que la oye, y la llama estúpida y niña sofisticada. Una vez se lo dijo a ella y recuerda que se enfadó muchísimo.

—¿Ahora estás de camarera...? —Tomás habla con ella aparentando un gran interés. Se nota, sin embargo, que aquello le cansa, que lo hace por cumplir, por continuar el juego—. Porque te advierto que a mí sólo me sirven las camareras que yo elijo.

—¿Te sirvo yo, entonces?

—Tú me sirves para muchas cosas...

—¿Por ejemplo...?

—Cuando se vaya éste te lo cuento. La lástima es que no tengas vocación de adúltera.

—No lo asegures, no le asegures...

—Pues, hale, a demostrarlo...

El juego ha continuado rectilíneo. El hubiera podido adelantar con una fidelidad casi notarial la frase que se iba a pronunciar antes de que se pronunciase. Resulta todo tan ridículo que le da esa misma impresión que se obtiene cuando en un salón de baile nos tapamos los oídos y contemplamos críticamente a los bailarines. Sin embargo, se siente en la obligación de intervenir. Casi insensiblemente:

—Yo, si estorbo...

—No, hombre, tú no molestas, ¿verdad Laura? Entre amigos...

Laura nunca ha sido demasiado inteligente. Recuerda que a él le gustaba mucho hace unos diez años, que hasta es posible que estuviera enamorado de ella: ella lo sabe, y por eso siente un extraño pudor de desarrollar estas bromas infantiles con él. Las acepta cuando no queda más remedio, como ahora, pero se siente incómoda, con una cierta vergüenza que es incapaz de disimular del todo. Ahora se le nota en la cara que está buscando algo inteligente que decirle a él, pero no lo encuentra. Tomás sale al paso casi sin darse cuenta.

—Bueno, amor, tráenos el whisky ese que te vas a morir con los vasos en la mano y después cuesta mucho quitártelos. Un amigo mío se murió agarrado al volante y lo tuvieron que enterrar con coche... Menos mal que era un Seat.

—Pues anda que si llega a ir en tranvía...

Es la respuesta que Laura necesitaba para marcharse y quedar bien. En el fondo es una tímida, y ante ellos se siente acomplejada: quiere ponerse a su altura, imitar el humor escéptico que tanto le gusta a Tomás, y ante el cual no se siente demasiado segura. La mira desaparecer tras el mostrador del mueble bar; ha perdido mucho desde que se casó con Rafael; ha engordado, se ha desmejorado... Tres partos rinden lo suyo, y más a ella que tenía tendencia a engordar.

—¡Qué vergüenza, qué vergüenza! Seduciendo a mi mujer en un rincón... Ya no respetas ni a las esposas de los amigos... ¡Cómo miras a Laura, hijo!

Rafael se ha acercado llevando a Mercedes cogida por el hombro. No le gustan demasiado esas familiaridades, pero tampoco va a decir nada... Además, Rafael está medio piripi y nunca se sabe...

—No hago más que vengarme de vosotros.

—Eso, eso, a la recíproca...: a lo europeo.

El juego se amplía. Ahora son más los que interviene, pero siempre es lo mismo. Ahora es su mujer la que habla y dice no sé qué de que él en cuanto se toma dos copas se dedica a todas las mujeres menos a la suya. Mercedes, Laura, Tomás, Rafael, él mismo: siempre girando en torno a los mismo tópicos preestablecidos. Siempre usando las conversaciones prefabricadas desde hace no se sabe cuánto tiempo. Siempre hablando de los supuestos amores intercambiados, y de las perpetuas borracheras, pero siempre en la línea necesaria para que eso no se pueda tomar en serio. Le dan ganas de seguir hablando de borracheras y de supuestos adulterios, pero de otra manera: hablar de la noche en que Rafael se emborrachó de verdad (no ponerse piripi, ni simpático, ni nada...) y le dio llorona y comenzó a contar a gritos sus problemas íntimos y tuvieron que llevarse a su casa cuando todos en silencio escuchaban sin poder hacer nada el relato de sus dificultades económicas y de lo mal que lo pasaba trabajando de empleado en la fábrica de Tomás; o hablar de que él hace diez años estuvo enamorado de Laura y ella lo sabe y aún le da vergüenza conversar a solas y en serio con él; o hablar de que a Pedro le gusta muchísimo Betty, la mujer de Tomás, y ella también lo sabe y lo fomenta solapadamente; o de sus celos de Mercedes, y de que en estos momentos está inquieto porque Rafael no le ha quitado la mano de encima del hombro y eso le molesta. Pero sabe que si dijese todo eso, dirían que está borracho y al día siguiente nadie haría la menor alusión a sus palabras, porque todos lo saben ya y no necesitan oírlo, ni lo consideran necesario, ni importante, ni tema propicio de conversación. Ahora está en medio del salón —sobre la alfombra gris peluda y es-

ponjada— bailando con Laura e intercambiando con ella piropos desorbitados, declaraciones amorosas gélicas a fuerza de ser excesivamente apasionadas. Pien- sa una vez más si todo esto no se le ocurrirá porque está empezando a emborracharse; pero no se nota en absoluto borracho. Cuatro o cinco whisksys en toda la noche es una cantidad muy prudente, y eso que ya son las dos. Sabe que ahora —o dentro de una hora, o de media— alguien gritará que hay que ir a cambiar de vasos porque estos ya están muy sucios, y todos cogerán los coches y empezarán a adelantarse los unos a los otros por la carretera, y entrarán en cualquier bar, o en cualquier tasca donde Pedro asegure que tienen unas viejas exquisitas, o que hacen una carne de conejo como Dios, y luego seguirán la ronda hasta que amanezca, Laura le está hablando de la casa de campo, del colegio de los niños, de que este verano tienen que irse todos juntos a la península, llevarse los coches y estarse un mes por lo menos, mucho más tampoco porque Rafael tiene la oficina, y Pedro no puede descuidar la fábrica mucho tiempo. Mira a Lau- ra a los ojos y los encuentra todavía bonitos; se calla y menea la cabeza: nota que ella está a punto de pre- guntarle qué le pasa, y entonces él le contaría cosas, le diría todo eso que está pensando, el no entender nada, el no interesarse por nada de esto; pero Laura se echa el pelo para atrás, se ríe enseñando su denta- dura prominente y pregunta si ya le ha dado la llo- rona. Rafael está apoyado en el mostrador del mue- ble bar jugando a los dados con Mercedes y con Betty: está ya bastante borracho y los ojos le brillan más que de costumbre. Pedro baila con su mujer, y Tomás come polvorones echando mucho la cabeza para atrás. Piensa de pronto si esto ha ocurrido así desde siem- pre; intenta reconstruir el año pasado, el anterior, averiguar si también le había acometido este desaso- siego... Le da la impresión de que todo esto lo ha des- cubierto esta noche, pero por otra parte nada de lo

pensado le suena a nuevo. Tiene caracteres de balance, de descubrimiento definitivo de algo que existía hace tiempo. Sin embargo, esto no ha sido siempre así: él recuerda sus primeras reuniones hace más de cinco años, cuando charlaban de sus cosas entre todos, y antes aún, la noche anterior a la despedida de soltero de Rafael, cuando le contó sus proyectos, la necesidad de trabajar provisionalmente con Tomás en su negocio, de empleado. Todo esto pasó ya, pero ellos siguen siendo los mismos aunque radicalmente diferentes. Pedro antes escribía poesías, de joven publicó incluso algunas en periódicos de por aquí, y Tomás se las daba de entendido de cine y de pintura, y ahora todo parece que les importa muy poco. Ya están otra vez en la carretera, ya está el bestia de Rafael lanzando el Gordini a dar bandazos para cerrarle el paso a Tomás que va detrás, Mercedes a su lado le explica que parece ser que Pedro ha dicho que en el Puerto hay un sitio donde sirven unas...; Pedro ha cambiado también, ninguno lo confiesa pero todos han cambiado. Cuando se casó estaba muy enamorado de su mujer, ahora hace más de un año que le tiene puesto piso a una niña que sacó del cabaret. Y las veces que habla con él de eso, le da una palmada en el hombro y le dice que el presupuesto no se resiente, que la fábrica da mucho. Burguesía. Burgueses. Debe ser eso, pero tampoco es verdad. Pedro es un niño de papá: en un principio se hizo cargo de la fábrica por necesidad, pero estudió una carrera, se interesó por ella, lee, leía al menos, ahora también, pero es otra cosa; incluso ha tenido disgustos por la política. Tomás también tuvo líos de joven, cuando la Universidad, cuando dejó los estudios... El fallo no debe estar ahí, y sin embargo está en alguna parte. La taberna queda antes de llegar al Puerto y es una tasca inmundada. Más whisky. Pan, servilletas zurcidas, mesas de madera rugosa, un adobo vulgar. Los churros en la Recova vendrán al final. Tomás se ríe y llama a Ra-

moncito, el retrasado mental que nadie sabe por qué está hoy aquí vestido con un traje negro y con un clavel en la solapa, y Betty se enfada con él por llamarlo y por invitarlo, y Pedro y Mari Carmen se ríen mucho y piden un vaso de vino para él. El whisky está rebajado. Después de las tres suelen sacar éste. No protesta para no armar jaleo, tampoco tiene ganas de beber. Otra vez a los coches. Tiene idea de que ha sacado unos billetes de cien y que le han devuelto unas monedas. ¿Pero no había pagado Pedro ya? Es lo mismo. Ahora todos —hasta Rafael— tienen dinero, coche, se pueden permitir gastarse mil pesetas una noche como ésta, o incluso una noche cualquiera, porque sí. Quizás el fallo esté en esto. Sabe que existe un fallo, aunque no sabe con exactitud qué es lo que falla. Mañana dormirán hasta mediodía y se levantarán con un poco de resaca. El día dos se encontrarán a la salida del trabajo, o en el bar de siempre, estará también José María, que esta noche no pudo venir porque una hermana de su mujer había dado una fiesta, y no habrá posibilidad de profundizar en nada nuevo, porque todo está aquí y no es posible ver dónde están las diferencias, dónde está el error, el desfase. Tomás ha dejado el Mercedes mal aparcado. Ahora van a tomar la penúltima a su casa. La escalera está oscura. Laura tropieza y está a punto de arrastrar consigo a su marido que se está tambaleando. El salón de casa de Tomás es mucho más pequeño. Hay que hablar bajo al pasar por el vestíbulo para que no se despierten los niños. A lo mejor es que él le da demasiadas vueltas a las cosas y es que son así irresolublemente, a lo mejor son los años que acondicionan a lo que sea, a lo mejor es el hígado, pero él se había imaginado de antemano esta fecha de manera muy distinta, y la vida en general muy distinta: claro que todo cambia, pero dicen que la vida se la hace uno...

—¡Va, tú! Trae el vaso que te lo llene. A por la

primera pea de mi novecientos sesenta y seis...

Octubre de 1965.

"La Tarde", Santa Cruz de Tenerife,

(6 de enero de 1966).

LA NOTICIA



—Tenía treinta y dos años, una mujer y dos hijos...

Lo dijo así, en el mismo tono, como si las tres cosas fueran de la misma naturaleza. Con la cabeza baja y las manos enfundadas en los enormes bolsillos de su chaqueta de cuero, dirigía la mirada hacia las puntas de los zapatos de Felipe Fernández.

En el silencio blanco de la sala de urgencia de la Casa de Socorro, los dos hombres, inmóviles, contemplaban una vez más el cuerpo semicubierto por una sábana que reposaba sobre la mesa de curas.

Cuando Felipe Fernández llegó, ya estaba así: Semicubierto por la sábana blanca y con los labios fuertemente fruncidos. Nadie le dijo nada. Le dejaron entrar, como todas las noches, y sólo allí dentro, el hombre del bigote negro y la chaqueta de cuero le había explicado sin mirarle que tenía treinta y dos años, una mujer y dos hijos.

—Ingresó ya cadáver —explicó el practicante de guardia irrumpiendo en la estancia y palmoteándole la espada con costumbre—. No pudimos hacer más que firmar el acta... Se partió la cabeza.

Felipe Fernández asintió en silencio. El hombre de la chaqueta de cuero torció el gesto levemente.

Si quieres algo... —añadió el practicante encendiendo un cigarrillo y dirigiéndose a la puerta—. Estoy ahí fuera.

Nuevamente volvió el silencio blanco a la pequeña sala iluminada por un tubo neón. El hombre del bigote negro levantó la cabeza con los ojos perdidos, asustados...

—¿Usted también es médico?

—No, yo no... Periodista. Vengo aquí todos los días —se detuvo un momento—. A informarme.

El hombre del bigote negro parpadeó mirando el cuerpo inerte.

—Se cayó del andamio. No comprendo cómo pudo caerse pero se cayó... Ni siquiera estaba muy alto —sacó las manos del bolsillo para gesticular levemente—. Cayó mal... Por lo visto.

Felipe Fernández no se atrevía a decir nada. Por otra parte tampoco sabía qué decir. Nunca había visto un hombre con los labios fruncidos tendido en una mesa. Lo miraba minuciosamente.

—Lo trajimos en seguida —proseguía el hombre del bigote—. En un taxi... Cincuenta y dos pesetas nos cobraron —y luego, dudoso: ¿es caro?

—No, no mucho...

—Lo trajimos en seguida... Pero era tarde. Se había muerto ya. Ni siquiera empezaron a curarlo... Ya no hacía falta...

Felipe Fernández, con la mano derecha metida en el bolsillo de la gabardina, jugaba mecánicamente con el llavero de metal.

—Yo me quedé aquí, con él... —lo dijo tristemente, como si no estuviera muy seguro de que su compañía pudiera servir de algo—. El otro se fue a avisar a la familia. Tenía mujer..., y dos hijos... —se detuvo un momento—. Tenía treinta y dos años.

Daba la impresión de que el hombre de los labios fruncidos cubierto por la sábana no tenía nada más que esas tres cosas.

Por el entreabierto ventanillo que comunicaba con la calle llegaba rumor del atardecer ciudadano: La luz que entraba por él era cada vez más sucia, menos concreta; en medio de ella, los chispazos amarillentos de las bombillas dejaban entrever la noche. A la pequeña sala en la que se encontraban los dos hombres inmóviles delante de la mesa blanca, todo esto llegaba de un modo confuso, pero terriblemente inteligible: El deslizarse de las llantas sobre el asfalto, el ronroneo de los motores, los frenazos... Varios frenazos en la calle. Uno de ellos delante mismo del ventanillo.

Instantes después entraba en la habitación el médico de guardia con las gafas en la mano. Felipe Fernández se volvió lentamente. Tras él, una mujer joven sostenida por un muchacho muy pálido que cojeaba levemente. Detrás, casi perdidos en la penumbra, dos niños muy pequeños de ojos asombrados.

—Aquí... —balbuceó el médico inseguro alargando levemente la mano de las gafas. Y no dijo nada más.

La mujer joven avanzó lentamente en silencio, como sonámbula. Había sido guapa, quizá muy guapa: ahora ya no. Sólo le quedaban dos ojos negros y duros que empezaban a dejar de mirar el vacío. Lentamente contempló a todos los presentes. Felipe Fernández bajó la cabeza sin saber por qué y retrocedió hacia la puerta.

La mujer siguió avanzando. Sólo cuando estuvo a pocos centímetros de la mesa blanca cayó de rodillas sobre ella y comenzó a llorar presa de convulsiones histéricas.

Ninguno de los presentes se atrevió a moverse. Felipe Fernández desvió la mirada molesto; vio a su lado al médico con la bata blanca ligeramente manchada de herrumbre en el hombro derecho. A pocos pasos, en el umbral, los niños.

—Por favor, doctor... —rompió inquieto el silencio—; esos niños...

Pero ya era tarde. Los dos niños, sin comprender nada todavía, corrían a abrazarse a la mujer de los ojos negros llorando con ella desconsoladamente.

Felipe Fernández se volvió de espaldas. En el bolsillo de la gabardina el llavero de metal había terminado por hacerle sangre en un dedo.

—Esos niños... —repitió sin mirar al médico—. ¿Por qué están aquí esos niños?

El joven pálido avanzó cojeando levemente.

—No había donde dejarlos... Estaban con la madre cuando fui a avisarla... Ella misma me dijo que vinieran.

Felipe Fernández cabeceó en silencio disgustado por todo, con unas ganas enormes de marcharse.

—Yo ya comprendí que no debía traerlos... —seguía hablando el joven pálido—. Pero en aquellos momentos... No había donde dejarlos. Viven en una chabola, ¿sabe? Pasando el barranco, por el río. Lo peor va a ser ahora, sin el padre...

—Sí, claro...

Felipe Fernández salió de la sala sin mirar atrás. A su lado, el médico de guardia con las gafas en la mano.

—¿Quiere que le dé los datos?

—¿Eh?

—Que si quiere que le dé los datos... Del muerto.

—¡Ah, sí! Claro.

—Venga, por favor... Aquí los tengo —se dirigió lentamente a la puerta del despacho seguido por Fernández—. Tenía treinta y dos años... Casado, con dos hijos...

* * *

Cuando Felipe Fernández salió de la Casa de Socorro las bombillas de los anuncios luminosos eran las únicas luces del anochecer ciudadano. El cielo se había transformado ya de sucio en negro.

Una bocanada de aire húmedo le recibió en la puerta: a su alrededor, en el pequeño barrio mal iluminado, los coches rodaban veloces sobre el asfalto y los enamorados paseaban lentamente buscando las esquinas.

En un escaparate anunciaban zapatos a cuatrocientas pesetas, y un viejo de bufanda raída ofrecía a los transeúntes los periódicos de la noche.

Cuando Felipe Fernández llegó a la Redacción, las máquinas empezaron a atronar el ambiente y los confeccionadores recorrían el taller dando órdenes apresuradas.

Felipe Fernández se sentó delante de la máquina y escribió apresuradamente: aún le quedaba mucho por hacer. Arrancó el papel del carro y se dirigió a la puerta del director.

—Para Sucesos... —informó alargándole el papel.

El director levantó su rostro cejijunto y sudoroso.

—¿Sucesos...? —pasó levemente la vista por encima de la nota—. Hoy no nos cabe. Habrá que suprimirlo.

—Entonces...

—Vaya a ayudar a Carrasco a completar gacetillas. Aún hay mucho por hacer.

—Sí, señor.

—Además... —el director arrugó levemente el papel y lo apartó a un lado de la mesa—, esto no tiene ningún interés.

**"La Tarde", Santa Cruz de Tenerife,
18 de septiembre de 1964.**

SANTIAGO ALONSO

Valladolid, 1947, publicista, sale a la luz de las publicaciones en esta antología. Puede parecer curioso o extraño el hecho de que un vallisoletano nacido y educado en aquella Castilla venga a hacer oír su voz desde la ventana de la narrativa canaria. Ningún lugar, en este momento, es el mejor, pero a veces oscuros centralismos cerrados a cualquier savia nueva, y hostilidades, cortan las aspiraciones de raíz y entonces se hace evidente la necesidad de buscar nuevos caminos y de abandonar aquellos otros que se pierden tras la puerta de cualquier director que no puede recibimos si no somos portadores de una tarjeta de recomendación influyente. Santiago Alonso Panlagua se desarraiga de la Península y en Canarias renace por sí mismo dentro de un ambiente que a él le resulta más abierto. Colabora en las páginas literarias de "La Provincia", y—si bien siempre ha escrito—es en las islas donde ve iniciarse el proyecto de su obra. Este como decimos es su *debut* ante el gran público. En la actualidad prepara una novela.

Vivimos en un tiempo en el que hay leves insinuaciones de abrir caminos, pequeños balbuceos más de forma que de fondo y parece que por una parte nos estamos quedando en una literatura erudita y sin compromisos mientras que por otra se inicia una forma de hacer literaria que va minando poco a poco esa quietud amorfa (salvo escasas y honrosas excepciones) de un hueco de demasiados años.

Santiago Alonso Paniagua es un joven escritor que pretende tomar partido cuando escribe, si se quedase en melifluas aspiraciones para no llegar siquiera a la denuncia de situaciones que a todos atañen, viviría en esa inconsciencia aparentemente feliz de muchos y no escribiría, pero estamos ante un autor que empieza y que intenta reflejar con sentido crítico lo que le rodea y lo que él mismo lleva dentro, no es un cronista que narra lo que sucede sin tomar parte activa, trata de penetrar en el bosque del hombre y de sus reacciones individuales o globales, no sabe lo que son márgenes, aunque repetidamente se haya visto y se vea obligado a estar dentro de ellos. Su obsesión por la autenticidad, aunque el mismo declare no ser en absoluto auténtico y la huida de una realidad deformada y deformante para la que quisiera encontrar una solución, aún admitiendo que esa solución probablemente sólo sea una utopía, son claros exponentes de su corta trayectoria narrativa.

Santiago Alonso Paniagua se mueve entre la suave indiferencia existencial de Camus, la repulsión del desesperado círculo de Beckett y la fantasía despreocupada, despreocupadamente forzada a veces, de García Márquez. En la actualidad, está terminando una novela larga: "Tiempo inconexo para un huido".

EL TIEMPO ENTRE EL RECUERDO Y LA INVASION

A Marie-Claire, que en la distancia se dirige conmigo con el papel y entre palabras.

El volcán está a punto de entrar en erupción y la tierra se quedará vacía, pero Odile seguirá mandando sus versos ingravidos desde el sueño de las nubes. Odile es nuestra sangre.

El Viejo, más que nunca se hace en recuerdos, la noche apresurada entre la Concorde, rue Rivoli y los puentes, algunas horas, era septiembre y nunca llegaron a saber si fue verdad. Andrea el ruso, y él volvían de un viaje festivo y Odile gélida por un viento irreversible que se la llevaba, se acurrucaba en sus oídos diciéndoles no sé qué de los cerebros que destripan con un dedo los magnates alados inaccesibles, y más cosas de los paraísos tecnócratas, consumidores y fas... tuoosos, prometidos por profetas charlatanes, y también algo del silencio de la oratoria brillante, de ciertas súplicas y de los golpes, pero tampoco sabía qué, bueno, si que sabía claro.

Ellos se movían en la orgía de unos momentos improrrogables y bebían con todos los noctámbulos la caída de los duendes estrella. Andrea no paraba, y en-

tre palabra y palabra se moría de risa, dibujaba a la Odile de las correrías, acechante e ingenua, esperando a los constructores del mundo que llegaban con su bastón de puño de plata, para ponerles la zancadilla a la entrada del Banco Nacional o de la Opera, y hacer que rodasen con su edad y su tripa avanzadas, su traje impecable, su gorra de Otto Bismark, que ocultaba sus calvas delatoras, y su ridícula pajarita. Odile se asustaba, pedía perdón a carcajadas y se echaba a correr, después se iba a la buhardilla, escuchaba los trenes que pasaban, tomaba su ginebra, se moría de frío, les llamaba y olvidaba el mal.

...Pobres papás del mundo ¡Bah!

Los domingos cuando ella visitaba a El Viejo, con su cara de cera y su pelo tan corto, se iban a ver los museos y las catedrales, para nada, solamente para observar a los borregos, como iban y venían manipulados y manejados por los segundos de a bordo de los constructores del mundo, miraban a un lado y a otro, de pronto Odile se metía entre la sofocante-paciente multitud y hacía sonar su: "Beeeeeeee, beeeeeee, beeeeeee" de cordero desvalido. Aún era pronto y nadie le contestaba, algunos se limitaban a mirarla con más asombro que desprecio, entonces Odile se agarraba de la mano de El Viejo y él tocaba un esquilón muy grande que se había comprado en la feria o se metía en la boca un aparato que imitaba el canto exótico y dulce de muchos pájaros. Estaban un rato entre aquí y allá, dejándose conducir y no veían ni cuadros ni cúpulas ni tesoros, se remitían por unos momentos al castigo del mundo y compraban tarjetas o las robaban, pero después o bien subían a la torre y se quedaban fijos en el fin del cielo escuchando las campanas detrás de las rejas o se iban a su isla y desde allí, tumbados, veían los rascacielos como si estuviesen fuera de una pesadilla, si llovía se refugiaban bajo el puen-

te de hierro y fingían un matrimonio de pro, él se arrellanaba en su imaginario sofá y veía cualquier programa o conectaba el transistor y escuchaba a los maravillosos astronautas, inconmensurables y magníííficos o cambiaba de emisora para oír los resultados de las elecciones de los demócratas-socioirreales-alpoder, Odile aparecía con el café y le llamaba cariño, papá a veces, y él le decía mamá o ratoncito, más tarde intentaban coger a los pobres peces que se habían quedado aprisionados en los charcos de primavera y se iban a la presa a hacer barquitos de papel y a tomar el panaché en la barraca de madera. Odile aprovechaba aquellos momentos para contar como el hijo del taxidermista con sus pectorales de discóbolo, había conseguido sacar los cuartos a la americana añeja que conocieron en el club junto a su marido y que llevaba siempre dos claveles rojos sobre las orejas. El hijo del taxidermista se acercó a ella y le dijo: —¿bailaaaas?— ella consultó con su marido y accedió con un sí ansioso. Odile pasaba al tema del asesinato del pobre señor viejecito de la calle del Pachá, y aún narraba algunas cosas más, la mayoría de ellas increíbles, y era extraño todo aquello en un lugar donde de todo iba bien y nunca pasaba nada.

Ya por aquel entonces se veía a la gente descalza, y se insinuaban bajo sus calcetines unas leves pezuñitas, en tanto todos seguían luciendo sus caras plácidas, sonrientes, babeantes y mongólicas, todavía hablaban y hablaban escuchándose, no para saber lo que decían, que no interesaba, sino para dorarse.

Comenzó el período de las brujas y los volcanes, Odile vivió la primera señal y un día cuando ella y Andrea viajaban en el Metro leyendo el Tratado del Lobo Estepario y ocultando un perro vagabundo con el que convivían, sin saber cómo, el tren se detuvo, sin frenazos y sin previo aviso, las luces se apagaron,

y de punta a punta del convoy corrieron las brujas ululantes y amenazadoras, despedían un fuego verde y todos los viajeros se quedaron inmóviles haciendo que leían el periódico, pero sus rostros se azularon, cuando el tren volvió a andar todos estaban seguros de haber vivido lo mismo y aún así se decían que aquello no había sido más que un mal instante de la esquizofrenia personal que deja de poso la gran ciudad, sin embargo su cara siguió de un azul brillante hasta la última parada. Odile, Andrea y otros dos desconocidos fueron los únicos a los que no afectó para nada el suceso, pero el perro vagabundo desapareció con la última bruja y no se le volvió a ver jamás.

El primer volcán no fue espectacular, pero estalló como se esperaba y Andrea y El Viejo se quedaron sin trozos de vida porque habían abdicado rompiendo la promesa y la renuncia, pero Odile seguía abriendo sus venas cada atardecer hasta quedarse lívida y condenarse a los brazos de los dos, de El Viejo, y de Andrea que reaccionaba y ya se debatía en el misterio de otro mundo. El Viejo sólo decía de vez en cuando y en tono muy doctoral para congratularse a ultranza con un pasado que no era más que pasado, que por fuerza vamos hacia algo o que tenemos esa ilusión al menos, pero que el destino que es inquebrantable tiene la última palabra y obliga a estos mares o a los asfaltos de brillantes ingenieros, y que en último término, siempre se acaba por claudicar. Odile con su mente bohemia y tan clara y las aspiraciones cerradas a todo porvenir, no lo admitía y lo vapuleaba llamándole contratista de poesía y marchand. Aquello no podía durar y finalmente se marcharon todos los trenes y Andrea desapareció para siempre aunque a ellos les quedó su hálito inseparable y más tarde supieron que en un segundo, su inexplicable compañero, aceptó la renuncia sin condiciones y que en algu-

na cueva lejanísima y rodeada de nieve esperaba el gran temporal.

Odile y El Viejo se quedaron solos, a menudo pensaban en la droga, se emborrachaban y veían la televisión. El empezó a refugiarse en una cafetería con aire acondicionado porque el mar apestaba, y ya casi no recibía cartas ni escribía. Fue aislándose y antes de dormir pensaba un rato en las palomas y en el catastrófico futuro. Un día supo que Odile se acostaba con un tío decrepito, le decepcionó un poco, pero acabó por comprenderlo y siguió viendo en ella al artífice de un equilibrio inhumano, y no la cambiaba por nada, y de nuevo se sumergía en los tiempos en que iban a bañarse en las rocas, completamente desnudos, y cogían erizos de puntas romas para comérselos crudos, esperando a que llegase la noche dentro del agua tibia. Aún después de encenderse todas las farolas de la playa ellos se quedaban allí un buen rato. Alguna vez la santa madre de El Viejo se enteró de los baños inmorales de su hijo con Odile, y la santa madre con las características de todos los santos, organizó un escándalo discreto pero no logró retener todavía a El Viejo bajo el yugo absorbente de su matriarcado y lo desheredó y lo maldijo, al poco tiempo, Doña Adela, la santa madre, comentaba jocosamente el acontecimiento de la americana que se divorció de mala manera para casarse con el atlético hijo del taxidermista, y poco tiempo después volvía a convocar a las vecinas a corrillo para relatar entre risas e intrigas, como el hijo del taxidermista de la noche a la mañana se había convertido en uxoricida. Doña Adela como otros muchos balaba a destajo.

Algo se escapaba y dejaba de ser y Odile comenzó a alarmarse cuando tuvo conciencia de que El Viejo ya no sólo no disimulaba los balidos cuando iban a observar al Andadero Municipal, a los Grandes Al-



macenes Pacomio o al Majestuoso Estadio, sino que por el contrario había clara evidencia de que su amigo íntimo sentía todo aquello con una sinceridad inequívoca y se integraba a marchas forzadas atraído por el magnético influjo del rebaño,

—¡Gooooool, goooooool, goooooool!—
gritaba el pobre El Viejo en los más insignificantes partidos cuando marcaba el equipo local, y todo él temblaba y ponía ojos de carnero semidegollado. Su indiferencia ambivalente de hacía poco era ahora un signo concreto, la existencia se traspapelaba, y ya ni hablar de aquellas algarabías provocativas en las que él y Odile se liaban a hisopadas en la sacristía, ante la atónita mirada de Don Damián, el párroco, siempre que Doña Adela les obligaba a ir a la novena. También, es verdad, eran más jóvenes irresponsables y menos cercenados por tantos ambientes y muchas circunstancias. A pesar de todo El Viejo de los últimos momentos, no resultaba extraño y no era más allá de lo que era su propia circunstancia que desde cualquier prisma presentaba una visión de red envolvente, y es que El Viejo ya había conseguido la libreta internacional de contribuyente y de todas las seguridades hasta la muerte, se la habían dado en la oficina de todos, de la que no supo escapar a tiempo, y le exigía una larga lista de disipadores deberes y le daba opción a una lista no tan larga de supuestos derechos. En el fondo de todo análisis, ya era un hombre, según lo que su padre había entendido siempre por todo un hombre.

Para probarlo definitivamente, en una ocasión a la salida del cine, Odile se quitó las medias en público pero de la misma manera que se habría puesto unos guantes, no había otra manera, pero sí muchos ojos y otras intenciones, inmediatamente vinieron los cuchicheos y las miradas agresivas, al poco llegó un

mantenedor del orden, escuetamente universal, y dijo a Odile que deje usted de dar este escándalo y que por qué hace usted esto en plena vía pública, Odile le contestó sonriente y dócil, que y por qué lleva usted esa gorra tan espantosa y ese bigote hirsuto que deprime. A Odile ser amante del diálogo y creyente de la comunicación, no le sirvió de nada y aquel fue uno de esos momentos a lo largo de la historia en que las palabras se quedan sin sentido, y el mantenedor cogió a Odile por un brazo y con una sobrecarga de silencio se la llevó presa. El público dispuesto en formación de rebaño ovacionó largamente la heroica actitud del bigotado y se animaban unos a otros hasta levantar mucho la voz,

—Está loca—

—Valiente fulana—

—¡Qué deplorable!—

—¡Impúdica...!—

El viejo hacía rato que había desaparecido de escena y Odile que lo sabía dejó todas sus ansias en manos de la realidad y estuvo llorando en su celda.

Después volvieron a verse, pero ya nunca fue lo mismo, El Viejo siempre estaba apenado y continuamente se sentía en deuda, nunca volvió a prestarse a ningún juego, enmohecía, y también él había tenido que abandonar los zapatos porque sus pies ya no lo eran y se hacían notar las inquietantes pezuñitas, también el vello de sus piernas empezaba a ser sustituido por una tupida capa de lana suave y blanca, todo aquello era normal puesto que le pasaba a casi todo el mundo, y a los que no les pasaba, a saber por qué extraña enfermedad no les pasaba. Entre el rugir de nuevos volcanes las brujas hicieron su segunda aparición, esta vez estuvieron en todos los locales

públicos cerrados de la ciudad y por más tiempo. Se mostraron furibundas, quisieron rescatar a El Viejo y dieron algunos mítines enardecidos en contra de los constructores del mundo e hicieron terribles amenazas y sobrecogedoras profecías, y de nuevo se les ignoró aunque después de que desaparecieron quedase sobre la ciudad una calima de fuego vaporoso color relámpago que no presagiaba nada bueno.

Semanas o años más tarde los bali-hablantes moradores de la ciudad de desasosiego común, aparecieron una mañana desnudos de cintura para abajo, y su medio cuerpo inferior era talmente el de una oveja, y ya algunos sentían la necesidad de hacer serios balbuceos para aprender a andar a cuatro patas. Los constructores del mundo con su mirada inteligente de lobo escrutaban cerebralmente el desarrollo del suceso, y algunos, los más impacientes daban nuevos usos a su bastón de puño de plata y lo manejaban como cayado.

Los moradores de la ciudad que se metamorfoseaba ajenos a las grandes realidades, seguían con su mansa sonrisa y si se asombraban, no cabe la menor duda de que también se divertían y ni por un momento parecieron alarmados:

—Esbee, curibeeeeobeeobeesobe, estobeee queebbee pabesabee—

—Sibee beepeberobeee, sebee beeeestabeeee co-beemodobeeeee—

—Beenobe, aunbeee beeno hanbe vebeenidobeee, losbeee angebeelesbe tobecandobeeeee belabee trompebeeeetabe—

—Yobee becrebeoo bequebee esbeee unabee bro-
beema bedebée losbe bubeerocrabeetasbeee—

No se daban cuenta de que los pastores estaban preparados y dispuestos a dar el golpe definitivo.

Por último Odile, escribió a El Viejo una breve nota de hada paranoica y le decía que esta noche voy a besar todas las piedras de la playa y que después voy a robar una falúa para abandonarme a la aventura del mar.

Aquella noche las olas invadieron la vieja avenida de los Argonautas y la tierra inició su vómito adelantando los últimos acontecimientos. El Viejo y todos los miedosos tuvieron que ocultarse en el estrecho cuarto y cerrar puertas y ventanas para no oler a azufre ni oír a las brujas que hicieron su última aparición para remediar lo irremediable. El Viejo soñó que las brujas se habían llevado a Odile y que la condecoraron como heroína y la habían nombrado su reina.

A la mañana siguiente, de una calma mortuoria, cuando El Viejo despertó en un aprisco, todos los periódicos hablaban de desastres, y en la calle no se veían sino ovejas y autoritarios pastores con cayados de puño de plata.

Los volcanes habían entrado en erupción, y la tierra estaba vacía.

J. J. ARMAS MARCELO,

nace en Las Palmas en 1946. Estudia Filosofía y Letras en La Laguna y Madrid y al concluir la carrera se traslada de nuevo a la isla donde inicia su carrera docente (abandonada ahora por causas ajenas a su voluntad) en el Instituto de Enseñanza Media de Agüimes, como ocupante de la Cátedra de Lengua y Literatura Griegas.

En 1970 funda con E. Padoro un grupo literario que llega a convertirse pronto en editorial: Inventarios Provisionales, editorial de la que hoy es editor y director.

Ha publicado un cuaderno de tres narraciones, "*Monólogos*" (Junio, 1970) y otro de prosopoeemas, "*Scherzos pour Nathalie*" (Febrero, 1972). Tiene terminada una extensa novela, "*El camaleón sobre la alfombra*", (finalista del Alfaguara 1973), y a punto de terminar otra de parecida extensión: "*La secta de los Serafines*". En la actualidad lleva la página literaria de "La Provincia", de Las Palmas, "*El cronopio literario*", página fundada por él mismo, y se entretiene en aprender francés por el método audiovisual. En los ratos al margen del francés, se ocupa de Inventarios Provisionales y de su propia obra.

INTERLUDIO

Antes del parto, por el camino de las amapolas y pavoneándome altivamente, caminé alto sin alcanzar a entender que aquel hombre era la burda imitación de Luis Sandrini.

Después, atiné a ponerme pantalón largo, hice --osadamente-- algún viaje (como cualquier palomo mensajero) por Africa y comprendí que el mar cabe en todo el desierto. Ahora también camino largo, extensamente; pero Luis Sandrini ha quedado tan atrás que es sólo un recuerdo de antes del parto; es decir, de antes del fraude.

TITERE SIN CABEZA

para Encarna y Alfonso Calzada

Cuando ya es imposible olvidar su figura, su planta, de corte afeminado dentro de aquellos zapatos acharolados, bien planchados y deseosos, en su timidez mal encubierta, de pisadas y músculos viriles que acometieran su rostro —el simple manotazo añorado y el zas, zas!—, seguramente es historia gráfica el personaje.

(seguramente provocarías al instante hedónico y atemporal sentimiento, sentirse soy odiado porque valgo o algo así, en su debilidad decimal como digno preludio de la existencia despreciable —¿penosa, penas castigos, multas?

seguramente es uno de esos casos que rebuscan la mala suerte escarbando desafortado en el hediondo pozo de las autoflagelaciones, una providencial idioticia de clínica inglesa, de piélagos en calma continua...)

Se pierde uno distraído en recuerdos observando de nuevo aquel triste cadáver amarilleando el ataúd. Sus dominios prediales como dueño feudal se extendían atrás (a lo largo y ancho de la sonrisa) de los

cuatro libros de texto cuidados con el extremoso celo peregrino del vigilante canino soportando sobre sus pobres fosas nasales gruesas antiparras (corta y larga distancia al mismo prisma), caminando con mente ancha (sólo el físico) por control remoto, sin obstáculos, atravesando sendas de tortura que conducen, normalmente, a callejón sin salida, a ningún sitio, es decir, a aquellas cuatro letras aprendidas de memoria y rebotadas de un lado a otro del cerebro repitiéndose hasta las malditas sacie(sucie)dades, generando un desperfecto en el temperamento cerebral, unos estudios de nula creación futura en el actual alumno, la negación del conocimiento (por ahora).

Así comenzó a crecer su cabeza, a abombarse su frente sin visita del médico amigo, ni terciaba ni ponía orden nadie entre él y su megalomanía (o una urgente trepanación —corte y fluido— parcial de su médula enfermiza o entretenimientos de un par de horas al día, sin tanto estudio o trabajo forzado). Quizás entonces las atormentadoras letras saldrían tropeadas a través de sus concavidades interiores-exteriores de sus conductos auditivos. Quizás con báquicas vaporizaciones. Quizás, pero siempre sin llevarse a los labios otra cosa que distara mucho de *mi* agua mineral o *mi* refresco americano acostumbrado o *mi* café no muy cargado (malo para el neuroma), me pongo nervioso, con leche y algo de azúcar, en su hora fija, sin minutos superfluos, diariamente; es la primera impresión al conocer tal personaje, en su ambiente contrahecho (a su medida) de facciones repetidamente trabajadas al cumplirse el final alborado de su faena universitaria, el terrible final de las noches cansinas blanqueando un alba distinto, brocha gorda entre caducos y legajos, papeles libres de cultura y, simultáneamente, sostener tal carga occipital tenebrosamente desarrollada.

(y no notar angustias ni visiones, no sentirse agarrotado por los sistemas de electrocución, por los gloriosos recuerdos frustrados, por fechas de históricos litigios, muy contrario al todo de hoy, agarrándose a las viejas faldas, a los daguerrotipos sentados, a los sueños de las cátedras enquistadas sistemáticamente, a los productos y bienes gananciales, raíces de burocracia crematística, despacho abierto al público, ARTERIO-ESCLEROSIS).

Sube, gusano de seda, todas las mañanas, esa larga avenida que extiende sus brazos en ramificaciones laterales hasta llegar a la plaza del sector universitario, verde los días de sol, envuelto en su gabán beige de siempre, reflexionando entre superficiales lagunas, charcas infectas, incapaces de hacerle ver más allá de sus insuficientes observaciones más rotundas sobre alguna cuestión banal, el mármol en el sempiterno *mustio* monumento que el tiempo azulea con su moho, asintiendo a ciegas, amorfo, sin merecidos e imponderables improperios y escupitinajos arrojados en situaciones de abandono y agobio continuo, hoja tras hoja tras los históricos libros (que nunca nos han tenido en cuenta), inservibles, robándose el tiempo en su memoria inconsciente de cerebro (cada vez menos masa gris) preparado paso a paso para solemnes funciones académicas, galas y cenas a beneficio de (cualquier pretexto es bueno para las conversaciones de monosílabos, para la estupidez de hombros caídos y los juguetes del viento no son), perdiéndose a lo lejos una época más de vida obligadamente inútil, monótona, estéril, átona, acrática, pasiva, fija como una lapa, sin alcanzar nunca las lógicas fluctuaciones de viejo siendo joven (por necesidad de ver tantas cosas y pensar un compromiso, de alguna manera, con algo), ni buscar un pequeño escondite, intersticio inventado a efectos de escape en ciertas ocasiones de

escenas vergonzantes y perderse anónimo en cualquier calle desconocida.

(la conciencia entonces, la capacidad de aguante, la paciencia que colma y supera las predicciones de todos los lejanos —falsos— profetas).

En otras ocasiones, era perceptible la futura suerte, elección de su existencias acrocefálica a gusto, crecimiento sin pausa desde tiempo no recordado, qué cómo cuándo cesaría, sin saberlo, aquella desproporción.

Ya está el camino abierto, está alcanzando lo perseguido, **embajador de las letras caducas por oposición vitalicia**, aplausos comprados seguramente por suegros y familiares allegados, sin malicia, pero con un simple reconocimiento médico, todo se hubiera arreglado a tiempo, si todo se cimenta sobre la base del triunfo, llegar, poseer, alcanzar, dominar, enorgullecerse, claaaro que ssíí, ante todo por ese puesto de consultivo-ejecutivo consumado con fines de semana, a tal hora el party, mañana a las diez el golf verde, paradores, excursiones, playas, saludos afectuosos a su señora, atuendos femeninos, sonrisas made in reuniones sociales (de venta aquí) para cultivadores del fino estilo personal, mientras él va escalando méritos, pero que muuucho mérito que tiene este napoleón de autocorona, aureolada estupidez rumiante, olvidadizo en los últimos retoques antes de la corbata y el perfume del rostro, en el espejo, un atolondramiento juvenil, dirán, para restarle importancia al asunto, aunque su cabeza siga perdiendo el equilibrio (real, físico, no simbólico) y su frente siga creciendo con las letras encerradas en su mente, galopando sobre caballos -cabellos salvajes, ciego, sordo, con espadas y puños para maltratar las concavidades interiores de tan socialmente envidiado intelecto.

Sin embargo, observa ufano su ufano triunfo y la ufana devoción dignataria, consiguiendo, con arte pausado, lo que su aspiración introvertida ha ordenado regulando los colores de los laureles momentáneos (como un semáforo, verde paaasaa, ahora rojo de-tééénte, otra vez, cuidaaado ahora, deja pasar, que tropiece el otro, así llegarás, reptil reptando, a la meta, sin achacar penas, de director gerente de la pobreza humana.

Cénit de sol, tuvo maestros hasta la cúspide, que cuidaron su altura hasta la cúspide, por encima de las nubes con toga académica dialogando con los ángeles, de un blanco pero quééé bonito, mamá, con ligeras miradas hacia abajo, recibiendo en el despacho preparado al efecto de tal embajador, libros de piel muy ordenados en limpias (de polvo y paja) repisas de tea, mesasedro, sobriedad arrancando disimuladamente la pura epidermis a tiras en los libros de piel, sobre la mesacedro, diamonologando convencido entre tiempos de trabajo que transcurren como horas incrustadas gustosamente entre corchos quitasonidos cubriendo paredes y techado, moqueta de un aterciopelado malvoso claro, la lujosa pantalla de tres ovas de cristal indio colgando, multimacrocoloreando qué lindo despacho, donde no vuela ningún insecto de polvo en patas —polen, al menos, por una vez— que avisara del sopló humano sobre los negros sillones de napa virgen, dormilones, asombrosamente inútiles, documentos importantes reservados a hombres importantes de confianza influencias a ver cómo diablos arreglamos este asunto, no te preocupes, ya estoy en eso.

Fue el momento de los reputados, de los entendidos:

—Su caso requiere sin pérdida de tiempo de hospitales de niveas paredes y felices ilusiones

con largos corredores, espejismos, entre asistencia de graves enfermeros desdoblándose en múltiples atenciones y diaria consulta en gráficos a los pies de la cama de habitación de primera especial con tiempo de descanso, descanso, descanso.

Y él:

—Mirando los pros y los contras, decido por mi propia voluntad admitir mi defecto físico producido exclusivamente —y que nadie se llame a engaño— por el exceso de trabajo. Volveré a mi puesto después de la curación que, para conocimiento de todos, llegará muy pronto.

Y la diagnosis rotunda de los médicos reputados, entendidos, célebres:

—Romperle todo el cerebro. En ello se basa el concepto del éxito de la operación. La sociedad, gracias al inimitable avance de la ciencia, de la técnica en todas las facetas, de nuestro tiempo último en el que podemos alardear de saberlo todo, confía en el experimento de las pilas eléctricas cerebrales, óptimo fruto de la cooperación, con fines pacíficos, germano-ruso - americano - japonesa. Su funcionamiento ofrece garantías plenas...

(Esta afirmación no resulta del todo moral a ojos de los familiares).

—Pero eso es un usurpación ética...

Y los médicos reputados, en su paciente insistencia:

—Qué va, qué va. Es su única solución. Después, paulatinamente logrará de nuevo su vida normal; café con leche, azúcar, nada de alcohol ni excesos de ninguna índole, verduras y agua mineral. Eso sí: es imprescindible alguna que otra mirada de atención de cuando en cuando a las pilas eléctricas que hay que cargar las baterías del motor. En fin, una ojeada a los cables, de vez en cuando. (1)

—Qué cosas, esta ciencia de hoy nos he convenido.

Hambrientos barrilitos fueron colocados, perros persiguiendo las letras arcanas - viejas - mohosas por todos los barrios bajos del cerebro, lleno de apestosas calles medievales hediendo a basura de factoría, haciendo su papel de convaleciente. (2)

Y pronto llegó la recuperación, como había predicho, pronto volvió a sus reuniones de antaño, sí, sí, un enorme agradecimiento a los barrilitos (3), a observar los mismos rostros aprendidos de memoria en las iglesias durante los ritos festivos obligatorios con veneración de todos los chupatintas durante los restantes días de la semana laborable, me alegro de que se encuentre usted tan mejorado, su trabajo y su presencia son tan necesarios para nosotros, y sus pavo-

-
- (1) *cables*: hilos civilizados, estupendamente contruidos y cubiertos por entero con un novísimo tipo de algodón protector a - toda - prueba - de - todo - riesgo.
 - (2) en su ausencia se desbocó el mal caballo (cnf. Fedro de Platón).
 - (3) *barrilitos*: pilas eléctricas que constituyen el centro generador del gran ingenio cerebral.

neos disparados como ametralladora, todo normal, como antes, claaaro que sííí, en su sillón de orejas entronizado en salas de audiencia, sin olvidar el número de conferencias a las que se ve obligado, por su celebridad, a acudir como principal protagonista, allí donde se erige en salvaguarda de la historia, que Charlot atenta contra la moral pública, que algunos se salen del plato desvergonzadamente y no siempre van a continuar haciéndolo, que lo van a pagar caro, que va a haber un escarmiento, duro, muy duuuro el discurso, una noche otro día otro día otra noche, perdiendo su lúcida serenidad de hombre formal, destemplándose, creyéndose de otra especie, cerebrócrata, sin agobios grisáceos de propios arrepentimientos llenos de interrupciones salvadoras en las noches, esto sí que es vida, maquinalmente programado todo por aquella confortante y cosquillosa corriente eléctrica del aparatito mental fluyendo, dando vida nueva, riego por todo el cuerpo traslocado por la delicada operación, pero quééé invento, madre convento, y la única operación de esta clase por ahora, con incalculable prestigio los doctores que asistieron a la ceremonia del trasplante, incalculable prestigio el hospital, incalculable prestigio los seis meses de recuperación.

Dar a la publicidad la causa del óbito del embajador de las letras caducas, el bienamado, el biennacido, en un momento como éste, resulta un problema fuerte para la prensa. La creencia general razona el suicidio partiendo de la escena tan extraña acaecida durante su última conferencia. El, como siempre, hacía fluir y refulgir de sus labios aquellas palabras-vocablos-términos que deshacían el conflicto y dejaban (o mantenían en vilo) al auditorio en un padecimiento de constante infarto, avanzaba el tiempo incrustado dogmas magmáticos. Su original tono de voz mue-

ve cada vez más lentamente los labios, con cierta dificultad parece, para terminar sin hilar ningún final, ninguna frase racional.

(nadie oye ya sus palabras, aunque se mueven sus labios, un intento baldío, hay sorpresa, hay pasmo, mutuas miradas a continuación, entendimiento final al verlo caer a tierra desde su estrado de orador entre tanto material derruido de catedral inservible y decrepita).

Un hospital cercano acoge lo que resta del pobre loco. Nada se sabe ni sabrá. Se murió en manos de doctores. Se murió en sus propias manos, renegando de su pobre fuego fatuo, de su poca cosa.

Ahora dicen por las calles, qué gran pérdida (si el que habla sigue siendo chupatintas mentiroso), perdemos con él a un prócer aún joven y con la carrera por delante (si el chupatintas aún miente más), el entierro ha sido fastuoso (si algún familiar suyo habla por teléfono con algún otro familiar que no pudo asistir al treno por encontrarse en viaje de negocios, simplemente) y asistió tal y tal, sí, de gala (añade).

Y mañana, ya hoy, todo habrá pasado, ¿era amigo suyo?, ah, pues, gran persona que era.

* * *

OPOSICIONES

entre las que se convocan para los próximos tres meses se encuentra como pieza codiciada la plaza vitalicia de la **Embajada de las Letras Caducas**.
(1).

Verás cuánto tipo (no te extrañes) de todo género se presentará con cara de cordero (a los dos días ya no hay hojas de inscripción), cuánto gusta realmente este título de títere sin cabeza.

Hasta ti, tranquilo por añadidura, llegan aún los ecos de estos acontecimientos y sabes que acostarse así no es acostarse. Es cualquier cosa menos acostarse. Te asomas al balcón de tu antiguo piso (ya no vives en él) y arrojas el último humo del cigarrillo casi desde la ventana del cuarto piso (donde vivías) por el aire vivo, pudiendo hacer la fuerza de gravedad excepciones a intervalos, cábalas falsas al despedir cortadas cenizas centelleantes, el corto tiempo de vida, vivas también las cenizas hasta caer sin fuerzas, agotadas, agotándose la vida, golpeándose, golpeando sin piruetas, en el suelo, el frío pavimento de la vía abandonada, malquerida, presencia nuevamente de la angustia, del insomnio allá en el fondo.

Entonces crees, qué farsa, qué farsa se aguanta uno diariamente. Te llamarán hasta convencerte, qué estúpido eres, perder por tonterías una carrera tan preciosa. Y tú, muy adentro, dentrísimo, te vas hasta

(1) sic, sin escrúpulos.

lo oscuro y te refriegas la mente con el polvo fresco, te dices resiste, por favor, resiste, ciérrate los ojos, los oídos, resiste, resiste, resiste.

Más tarde te llamarán para decirte que eres un verdadero estúpido, que no has tenido ningún derecho a echar por la borda el porvenir que se te auguraba.

RAFAEL AROZARENA,

fecha de nacimiento: 4 de abril de 1923. Santa Cruz de Tenerife. Inicio mis actividades literarias con narraciones en *Arco* y *Mirador*. Colaboración poética en las revistas *Mensaje* y *Gánigo*. Mi primer libro se publica en 1946 y lleva por título *Romancero Canario*. Artículos diversos y crónicas de arte en el periódico *La Tarde*. En 1947 se edita *A la sombra de los cuervos*, con temática de la isla de Lanzarote. Obtengo el premio Antonio de Viana con el libro *Coronación de abril*. En *Gaceta Semanal de las Artes* se publican varios relatos entre los que destacan *El muerto y la estrella*, *El cuervo de Samarine* y otros. Colaboración fija bajo el título *Café de la tarde*. En el año 59 surge *Alto crecen los cardos* y en 1964 *Aprisa cantan los gallos*. Algunos de mis poemas son traducidos al alemán y los publica "Neue Zürcher Zeitung". Ediciones *Nuestro Arte* edita en 1971 *El ómnibus pinta-*

do con cerezas. En la actualidad sostengo una mayor dedicación a la novela. En la narración que lleva por título *El anillo de los signos interiores* se trasluce claramente mi procedencia de la poesía, así como la inclinación hacia una temática basada en la realidad inconcreta que subyace en lo más profundo de los seres y conforma el misterio de las actuaciones que pudiéramos llamar esencialistas.

Me agrada la libertad y por ello va mi entusiasmo hacia las doctrinas literarias del movimiento dadaísta y de Bretón, pero mi condicionamiento de isleño me impulsa a gotear siempre un contenido, metafísico si se quiere, en los vasos un tanto huecos del surrealismo y la escritura automática. Esto es así porque el mar que los isleños contemplamos a diario y que tanto nos reprime, no tan sólo nos muestra la fulgencia de su superficie rizada y variante, sino que también nos hace recapacitar sobre la realidad del drama, la grandeza y el enigma de su biología interior. Tal nos ocurre a los que por estas latitudes convenimos en crear, porque así es realmente el hombre que nos ronda, el ente cargado de magismo, profundidad y represión, que por tan graciosos méritos ocupa un lugar de preferencia en nuestras páginas. Debajo de toda superficialidad siempre hay algo, a veces tan horrible, que decir. Es una buena aventura para el escritor y según mis pretensiones, una razón, creo, que justifica mi inabarcable curiosidad.

EL ANILLO DE LOS SIGNOS INTERIORES

De las diez preguntas que hizo obtuvo dos respuestas válidas. Así que el mar tiene aquí ciertos reflejos de gran originalidad porque la luz llega fácilmente al fondo y el agua y la luz y el fondo componen el tornasol mismo en el cuello de las tórtolas y a veces también el plumaje variopinto de los grandes pájaros del trópico, razón de sobra para que el lugar se denomine Papagayos, pensó, y para que Yvette permanezca tantas horas junto al acantilado con su caja de pinturas, buscando la manera de extraer del mar colores tan novedosos como el amarillo, por ejemplo, el mismo que desecha en las puntas floridas de los jaramagos que rodean los muros de la vieja casa de adobes porque según ya le ha dicho ella en ocasiones diversas, las cosas que se encuentran siempre en el lugar que les pertenece testimonian su propia mortalidad, y aunque arrugue el entrecejo cada vez que Yvette le sorprende con un cuadro de perros azules o ciervos rojos y policéfalos, verbigracia, y ella asegure y firme con su nombre que aquello es el mar, él no puede en verdad oponerse a que la razón esté de parte de su joven esposa, toda vez que años atrás ya claudicó en Sao Paulo, donde cada sábado se metían en las salas del museo y ella le señalaba desafiante el macho cabrío del violín firmado por Chagall, muestra imperecedera desde luego y que llegó a sorprenderle porque a él no se le hubiera ocurrido nunca

apoyar tal instrumento de cuerdas en algo que no fuese el hombro de Paganini, y así se lo dijo a Yvette y ella tuvo un mohín de disgusto, presintiendo quizá que había contraído matrimonio con unos cuantos millones de dólares y una vieja percha cubierta impecablemente de gis, como él bien se autodefinía cuando contemplaba su imagen en las aguas serenas de los espejos, cuyas lunas terminó por odiar tanto como ella odiaba a las quietas superficies de los lagos de Europa y los cielos acromáticos del invierno, y este fue uno de los motivos, recordó, para emprender el viaje en busca de un lugar donde el fondo y el agua y la luz y el fondo componen el tornasol mismo que en el cuello de las tórtolas, como les había informado aquel joven clérigo que olía a manzanillas, según Yvette, y cuya mirada era tan penetrante que no pudieron menos que llamarle reverendo y escuchar con arrobó algunas singularidades de la isla de Lancelot, que venía a ser, dijo, como piedra de anillo de oro azul, que unas veces lo tenía Dios en su dedo y otras el Diablo en su rabo, palabras que entusiasmaron a Yvette hasta el punto de aceptar la invitación para ubicarse unos meses en las viejas casas semiderruidas sobre el acantilado de Papagayos y desde cuyas ventanas podía contemplarse la ensenada multicolor y los otros edificios, más bien chozas de adobe, deshabitadas todas menos una en la que moraba Luciano, aquel pescador que le dio la otra respuesta apetecida, porque sí, dijo, aquella era ruta de paso de los barcos que iban para Australia o los puertos de América del Sur y por las noches era un espectáculo verlos pasar, grandes, iluminados como una constelación extraña, y daba gusto contemplarlos durante una hora, a veces más, que tardaban en cruzar el arco del horizonte, palabras las de Luciano que decidieron a M. Collinaris a sacar una de aquellas negras cartulinas que siempre llevaba en los bolsillos de su chaqueta y va-

liéndose de su alfiler de corbata se puso a hacerle agujeritos para luego mirar contra el sol y ver encendidas las picaduras, pero Luciano se encogió de hombros cuando le tocó el turno de mirar, considerando, sin duda, que el experimento no guardaba la más leve semejanza con el espectáculo siempre maravilloso de un barco de los grandes, como el *Rafaello*, por ejemplo, o el *Galileo Galilei*, en plena oscuridad de la noche con todas sus luces, tan majestuosos en la distancia que era para quedarse lelo mirando y mirando, dijo, y M. Collinaris sintió entonces igual entusiasmo que Yvette por aquel lugar llamado Papagayos, donde por lo visto y oído ya empezaba a imaginarse la actuación de un azar que transmutara algunos de los signos desfavorables de su vida, idea que tuvo su inesperado despabilo en las palabras que su joven esposa casi gritó con alborozo cuando llegaron el primer día y vieron el mar aquel y las casas de adobe y los jaramagos florecidos y las gaviotas chillando en el aire, cuando ella le señaló con el índice y desató su risa más burlesca para decirle a manera de reproche que aquí no hay nada que comprar, M. Collinaris, y él no supo si lo decía para que se salvara o se hundiera, porque era cierto que sus millones le daban para comprar todo lo contenido en el mundo y esto le disgustaba más que le placía, ya que toda ilusión sobre un objeto negociable termina por perecer como una alpista enjaulada, porque así le había ocurrido siempre, hasta con la propia Yvette, cuyos ojos fueron un fulgor desconocido en una callejuela de París y ya, pensado sea con cautela, se dijo, habíanse convertido en cosa tan molesta como dos moscas brillantes aleteando en su cerebro, hurgándole, ardiendo, no supo bien si para salvarle o para hundirle, porque unas veces ella era tan inteligente y otras, en cambio, como en el caso de las tarjetas negras, pensó, que no termina de adivinar el juego, que los agujeros se hacen con los

ojos cerrados y nunca sabemos el orden, igual que sucede con los trasatlánticos encendidos y quiso M. Collinaris por un momento adivinar el número exacto de luces del Galileo Galilei, y cómo irían dispuestas como estrellas en los mástiles y el reflejo en el agua de los ojos de buey, cosa o pensamiento que no podía comprar en aquel instante y era una ilusión que conservaría hasta que el barco cruzara por allí alguna de aquellas noches que según Luciano sería un día del mes terminado en cinco y estaban a catorce, una semana después de llegar ellos a Papagayos, cuando oyó la voz de Yvette llamándole y abandonó el borde del acantilado para dirigirse a la casa con lentitud, sin sentir la menor curiosidad por mirar al cielo porque ya sabía de memoria el orden de las luminarias en aquel punto, y los nombres, y las odiaba de tal modo que sus ojos iban fijos en sus zapatos al tiempo que pensaba en las plantas diminutas, la alfombra de la sendicabra tortuosa por la que ascendía y le vino de súbito la idea de una total dedicación a la Botánica pero hubo de repudiarla al comprender que iría perdiendo su capacidad de asombro conforme fuese conociendo los secretos de las diversas especies, cosa que ya le había ocurrido con aquellas papilas cristalinas del algazul o la hierba escarchada, a las que ni miraba siquiera porque las conocía tanto como el cuerpo de Yvette cada mañana, cuando se desnudaba en el patio trasero de una de aquellas chozas en abandono donde habían crecido unos geranios silvestres y le pedía que le echara cubos y cubos de agua por encima mientras salía el sol, y él verdad que no pensaba en otra cosa que en la sonsería o pátina de hastío sentimental con que el tiempo iba cubriendo todos los objetos que podía adquirir con su fortuna, tanta como para comprar todo lo contenido en el mundo, pensó, y miró las palmas de sus manos donde no quedaba ni un fino polvillo de ilusiones, así que se preguntó lo

que haría él con el mundo cuando le pertenecieran algunas cosas más como un gallo, un féretro, un volcán un astrolabio, contaba con los dedos y se detuvo ante la idea de una clepsidra y no pudo seguir contando y quedó estupefacto al pensar que no llegarían a diez los objetos que quedaban al otro lado de las lindes de sus propiedades y eso le sumió en la desazón de una muerte cercana que le llegaría por hastío y no como dijera en Italia, en Positano, aquel medicucho de provincia que paseaba en compañía de sus pacientes entre los naranjos del sanatorio, hablándoles de astronomía hasta muy entrada la noche, con la costumbre de llevar entre sus dedos una varita nevada de azahares para señalar la constelación de los sustos, el muy sádico, pero no es nada Yvette, dijo al descubrir una pizca de alarma en el rostro de su esposa que le esperaba en el umbral de la casucha de adobe, es el cansancio natural de subir esta senda, y extendió la mano hacia el clérigo que olía a manzanillas en cuyo honor cenaban esa noche sopa de cangrejos y perdices con salsa de laurel para las cuales hizo la donación de una botella de Borgoña que había ocultado en el fondo de su maleta y cuando el joven del alzacuello prendió los tres cirios de la candelaria que ocupaba el centro de la mesa, el color rojo se encendió en las copas, y el blanco del mantel y el vestido azul de la señora Collinaris dieron pie al reverendo para decir que toda mesa bien servida era un homenaje a Francia, y a Yvette que pensaba en la bandera tricolor, se le rayaron los ojos y sostuvo una sonrisa de agradecimiento con el clérigo que olía a manzanillas y la miraba con tanta insistencia mientras M. Collinaris trataba de contar que los cirios habían sido la base de su fortuna, que tenía fábricas en Méjico, en Italia y en Grecia, y al apercibirse de que no le estaban escuchando optó por regresar a su infancia con el pensamiento y recordar aquellas manos suyas pe-

queñas y vacías que recogían centauras en las ruinas del palacio de Festos, por nada, por tener centauras recogidas entre las ruinas del palacio de Festos, y oyó entonces a Yvette que hablaba de sus cuadros, de la felicidad que suponía para ella tanta cosa nueva que extraía del mar con sus pinces, el mar, el mar de Papagayos que la ataba ya con su anillo, y a M. Collinaris se le ocurrió intervenir para preguntar por los peces del contorno y el clérigo le soltó el latinazo de Serranus guaza, y de la tierra el carnero, hermosos ejemplares como bueyes, dijo sin apartar la vista de los hombros tan descubiertos de Yvette, por lo que ella sintió como un ligero rubor que se le venía al rostro y también pudo ser el Borgoña, así que acordaron salir afuera porque la noche estaba calurosa y sentados en el banco hecho con grandes lajas vieron salir la luna, momento que M. Collinaris aprovechó para proseguir con su manía de las tarjetas negras con picadas de alfiler y miró al trasluz y mañana es quince, recordó la pesca con Luciano y el Galileo Galilei si tengo suerte, de modo que preguntó al reverendo por la salud del pescador cuando le vino a la memoria el mísero cuartucho aquel cuyas paredes estaban llenas de estampas de santos y en una palangana flotaban ocho mariposas de luz que encendían los pies de la Virgen del Carmen, mientras el viejo parecía consumirse de fiebre tumbado sobre el catre de viento y hablaba de los gusanitos de las almas y de un pez desconocido por todos, con ojos, decía, muy abiertos, con rayas azules en los costados, con flecos rojizos, y flecos dónde, preguntó M. Collinaris interesándose por el bicho, y Luciano abrió la boca dejando caer su mandíbula y levantó el índice tembloroso y parecía espantado cuando dijo algo así como senostrio, por lo que no parecía estar en sus cabales, debido a la fiebre seguramente, como opinó el reverendo mientras le daba de beber de una tisana que le ha-

bía preparado, y aquella vez pensó M. Collinaris que la Señora del Carmen miraba con atención el brillo del alzacuello y fue la primera seña que tuvo de los signos interiores, razones invisibles, pensó, del espíritu de Lancelot y el fondo de Papagayos donde Yvette dijo, mientras veía salir la luna y arrimaba su cuerpo contra el clérigo que olía a manzanillas, que estaban formándose todos sus cuadros futuros, mientras el reverendo aseguraba ya que el viejo pescador estaba fuera de peligro porque él había colgado en la puerta de la choza un ramillete de salvias y **cur moriatur homo, cui Salvia crescit in horto** declamó al fin para despedirse porque tenía que recorrer doce kilómetros en bicicleta hasta llegar a su parroquia y aquí tendió su mano Yvette y él la retuvo un poco demasiado entre la suya cuando M. Collinaris miraba el horizonte y acertó a ver los trallazos de luz del faro de la isla de Lobos que le calmaron ante la idea de un naufragio del Galileo Galilei, por ejemplo, así que esa noche durmió tranquilo, pero ya en las horas finales de la amanecida sintió que sus pies tocaban una materia viscosa y helada y poco después emergía ante sus ojos atónitos la mitad anterior de un pez, o no era un pez, dijo con la amargura de no poder explicarse ya en el día quince, cuando Luciano pasó a recogerle para bajar a la playa y le preguntó si aquello que había visto en el sueño le miraba de frente, y él no pudo decirle, y el viejo pescador sonrió aliviado y concluyó afirmando, no era, caballero, porque eso no se olvida tan pronto y si no espere a que lo pesque, y mire quien viene, dijo, para que M. Collinaris mirase atrás y viera al clérigo que olía a manzanillas que atravesaba la luz del crepúsculo en la misma dirección que ellos, y fue entonces que recordó bien los ojos del reverendo y la mirada penetrante, por lo que estuvo en un tris de decirle a Luciano que sí, ahora que recordaba el pez aquel tenía... pero no se atrevió

seguro de que el viejo le iba a negar al pez de su sueño toda semejanza con aquel otro nunca visto del todo, y dijo el pescador, ya en la playa los tres, de veinte años acá presintiéndolo todas las noches terminadas en cinco, mientras arreglaba con pericia los aparejos de la pesca ante los ojos atónitos del reverendo y M. Collinaris quien preguntó que clase de cebo iba a poner en el anzuelo y Luciano volvió a nombrar los gusanitos de las almas, como aquel día de las fiebres, y añadió que los conseguía en la choza, donde al atardecer le visitaban cientos de mariposas negras que le dejaban sus huevos verdes detrás de las estampas de los santos y esto era como una señal para que no echara en el olvido al pez aquel nunca visto del todo, y así mantenía en el mar la esperanza tan viva, y daba gusto verle con sus años, correteando de acá para allá por la arena, dando saltos entre las rocas o quieto y expectante muchas horas seguidas con la vista puesta en el agua, en el punto donde caen los gusanitos de las almas trabados en la punta afilada de la S fija al liñuelo, y tan joven parecía como alejado de la muerte, porque con un pez así la vida es otra cosa, pensó M. Collinaris con tanto desconsuelo que ni siquiera miró más de dos minutos cuando el Galileo Galilei pasó frente a la bahía de Papagayos con cinco mil trescientas bujías encendidas, y no quiso perder la continuada emoción de la pesca mágica de Luciano, quien sentado sobre una cornisa de rocas semejaba un guincho con ojos alertos mientras le salía la luna por la espalda y subíale a la cabeza y pasaba de sus cabellos canos hacia la altura, hasta que los tres vieron como se había plateado el mar y entonces el clérigo que olía a manzanillas y había estado tan pensativo se despojó de sus ropas y quedó desnudo y se lanzó al agua para refrescar su cuerpo, dijo, de la secura de la isla de Lancelot, aunque pudo ser también para fisgar en aquellos fondos ahora impregnados de

luz, por si en verdad no estaba loco el viejo Luciano y resultaba cierta la existencia del pez nunca visto del todo, por eso duraban tantos sus inmersiones, pensó M. Collinaris poco después, mientras el reverendo se vestía de nuevo y cambiaba su habitual mirada penetrante por un juego de chispas irónicas que formaban la constelación del susto, y a punto estuvo M. Collinaris de abandonarse otra vez a su vida de dueño y señor de cuantos objetos hay en el mundo, a sus tarjetas picadas con alfileres y a la indiferencia de su joven esposa, cuando el viejo Luciano tuvo la gentileza de entregarle su caña haciéndole comprender de pronto uno de los secretos del fondo multicolor de Papagayos, donde el pez nunca visto del todo seguiría siendo una realidad durante mucho tiempo, y allí se quedó con el viejo, y de vez en vez miraba hacia la casa de adobe donde Yvette desilusionada habría visto pasar ya al clérigo joven que perdió su aroma.



JUAN CRUZ RUIZ,

nació en el Puerto de la Cruz (Tenerife), el 7 de octubre de 1948.

Ha estudiado, Filosofía y Letras.

Es periodista, redactor de "El Día", de Santa Cruz de Tenerife.

Como casi todo el mundo, ha hecho un viaje estrecho a la Europa larga y negada.

Ha escrito varias cosas. Una novela suya mereció el premio "Benito Pérez Armas", de la Caja de Ahorros de Tenerife. La novela se titula "Crónica de la nada hecha pedazos", que se edita ahora por segunda vez en Madrid.

También va a publicar en Madrid una nueva novela titulada, al parecer, "Naranja".

A MANERA DE OTRA COSA

No sé. Está tan blanco el papel que me dan ganas de poner muchos puntos suspensivos. Nada fue una palabra. Ahora me viene siempre la palabra agua.

Y, nada. Tengo sed y bebo. Eso es todo.

Y DE TODO ELLO RESULTO UN VIAJE INTERMINABLE

**"... y luego una voz vendrá cuídate ofelia
proclamando su viva el mapa"**

José Miguel ULLAN

("Maniluvios")

esta narración está tomada de un cuento chino

Había varias notas al principio del cuaderno blanco, grueso, comprado en Goodge Street, cerca del "metro", en el griego.

Por ejemplo: "The British Asociation of Schizofreny, founded by two housewifes". La letra está ladeada y tiene la sombra de las luces intermitentes de aquellos tranvías que luego se parecieron a los que nos traían de Chaville, pero más sucios. Hay también unos números en vertical, que deben ser una cuenta para pagar en libras un viaje al sur de Inglaterra, de donde trajimos la piedra blanca que ahora nos sirve de pisapapeles. Más tarde, en seguida, otra inscripción: "La historia de la carpeta verde". Debe ser una nota para escribir un cuento acerca de la carpeta verde que ella perdió en Victoria Station, cuando veníamos del hotel de los hermanos. Fi-

nalmente, encima de una raya estupenda, cerca del centro de este cuaderno entrañable, esta otra inscripción: "Daily Express: This violent England...". Debajo, a manera de coletilla, una pequeña burla del titular: "¿dónde?", me preguntaba yo, recordando toda la placidez que estaba viendo.

La narración comienza más abajo, como si fuera, en el principio, una historia de amor. Originalmente no tenía ni un punto ni una coma. Así fue el viaje.

y mira si luego el agua verde se enturbia; si llega, si llega alguna vez el agua turbia y se desclava el cielo de su sitio o si una roca caída de la isla decaída resulta asombrosa para la flor; la mirada y mira si se aman las aguas o si un autobús que cruza el Támesis, llega la última flor y mira si entonces te quiero

y es como una manta repleta del olor del cielo desclavado el choque del agua con el agua, pies enormes pisando el río sin remedio. La risa, en ese caso, se convierte en un beso perdido, en un beso rodeado de agua por cualquier parte. Así, todo cuelga de la vida como un ojo inmensamente negro como el agua.

Oh si hiciéramos entonces el poema del agua con el agua bajando tan suavemente de los ojos, entonces arrancaríamos del suelo, incluso, las acuavivas.

Y DE ELLO RESULTO UN LARGO VIAJE hacia un norte desconocido atrás el aguachilre y el océano surcando otra nueva fuente con otra almohada finísima donde guardarle el sueño a esta italiana cabrona buscando iglesia por amiga y quizá nada roto dentro de esta estructura. Quizá nada. Un agujero siem-

pre noble o los hilos de una película grande como almohada muerta de miedo la manzana, porque el desayuno se ofrece caliente y cae la nieve a chorros por la garganta. Un río tremendo calificando de loco al silencio que queda al final. Y si acaso rompimos el mar de un manotazo de barco, pero no hubo tampoco esa ruptura total y pacífica: todos con la mano llena de sal, un saco de estatuas hablando inglés o recogiendo basura de un suelo cada vez más limpio y ajeno.

LO PRIMERO ENTONCES LA CERVEZA o un anuncio de refrescos estampado en la frente mientras se inicia el otro viaje: un módulo de vida regenerado a cada instante, la estúpida palabra como forma para guardar un poema si acaso en los ojos, pero nada más: la soledad sentada al lado para jugar con su mano. Nunca hubo, sin embargo, una imaginación que echara a andar y dijera **no** ante tanto descanso, tanto desespero, pero esto no se va a acabar nunca: un diálogo interminable con una única determinación: el amor y la muerte besándose desnudos: la misma rosa implorando al pasado, hasta que hacen el amor, como una carta blanca de un enamorado caído al fondo del árbol. El árbol, se sabe, no es otra cosa que la vida naciendo y en ayunas. Entonces, si eso es de esta manera y no de otra menos concreta, es mejor quedarse en algún tiempo colgado como una flor en octubre, pero con la espada quitada: lo único que hace que amemos al caballo, la única capacidad de amor, su espuma. Y este inglés que ya me tiene loco con tanta palabra retratado dentro del asiento, la fotografía que aguanta la polilla, porque dentro hay siempre una mirada de naftalina. Al fin y al cabo, estos ingleses no son otra cosa que especias, no son.

PERO UN LIGERO TEMBLORCILLO EN EL ESTOMAGO: todavía queda la historia que está ocu-

rriendo ocultamente, oculta: guarda fuertes sus agallas y quién recupera el sentido, quién para cooperar en el nacimiento seguido de otra vida igual a ésta o más inteligente, quién sabe si no hay nada más. La tierra sobre los santos de Westminster succionando los últimos versos de un poema maravillosamente trastocado, los versos caídos al estanque para nacer de nuevo ya con esa costra en forma de pez ahogado. El verso: te ofrecerán una fórmula de regeneración para la vista, pero llega un momento en que todo se prefiere así de borroso.

UNA CUENTA CORRIENTE COMO UN AMOR relleno de frío, la distancia cómica entre el calor —el frío y los ojos de una muchacha que tampoco llega a levantarse del césped o bien ha hecho el amor y tiene la encía, tiene tan feliz la encía, el pico de un avestruz comiendo hierba así de sencilla la otra masturbación. Así de sencilla la virtud de amar y despedirse aún no, así la distancia olvidada, el largo camino para llegar a Dover en el tren. ESTE TREN NO EXISTE ASI EN LA REALIDAD. Las tomas de esta película se superponen con un sentimiento cierto: el amor, el amor inglés por lo que continuamente se acaba. Días para no pensar. En la mente, sin embargo, la presencia pausada del chorizo. No tengo javieres ni johns ni yo mismo me tengo que recitar un poco de sangre subiendo del estómago, como un monólogo el sudor de los que viajan. Atada la soledad a una piedra y quizá un simple empujón y basta.

TODO BASTA CON UN SIMPLE EMPUJON en las ancas del toro. No tienen derecho a afirmar así el recuerdo en las cartas de amor de un soldado o a andar con el paisaje oculto: unos dedos que te ofrecen amor por un penique o verás que acabas aceptando la peor alternativa y así sube el vino tantas veces co-

mo el mar, este adverbio de modo, como el mar quiere o así nació la ribera: un nuevo amor intelectual:

—Qué bonita es esta casa no le gustaba entonces escribir sobre lo que veía, y así llegó a dolerle el pecho de tanto imaginar el frío. No es otra la historia de su ilusionada muerte temprana.

COMO UN ADJETIVO AL QUE SE LE CAE LA SIGNIFICACION ADJETIVA. Para qué ponerle adjetivos a la piedra, si se podía despertar a todo este mundo con un solo mazazo agotador. Todo es igual pero falta agua para darle sentido a la ignorancia. Nunca se pensó, durante la preparación, que todo fuera tan sereno y hubo una luz que alumbró el camino de manera que no hubo un solo embotellamiento, pero todavía no habíamos llegado cuando ya se cercenó una cierta forma de nada. Todos aquellos trigales de los que surgían castillos. O todo era producto de un sueño acabado que

HIERBA DEBAJO DE LOS TORCULOS, dejo los ojos a un lado y me marchó, si no continúa el viaje. Los ojos sin tórculos de un camino tan rápido por una vieja carretera donde acechan al contrario las palabras. Más atrás, todo está más atrás de la historia verdadera, y este cabrón no me va a dejar tranquilo en todo el viaje. Y bien: nada hay mejor que un poco de sueño en lugar de desayuno. Los pequeños pueblos comiendo resina de pino y para esto nació uno. No para nada más nació: para esto. Y para esto se pone cada día la camisa o no se viste y se queda usted así, con la sábana tierna.

DIGAME ENTONCES QUE COSA ES VIAJAR sino llevar en la oreja la improvisación, la improvisada sintaxis del medioburgués que se cansa del reba-

ño y adopta una postura diferente sobre la plaza de toros de su cama y ya no recuerdo en qué venía pensando. Para qué querrá ver esta mujer el olor del paisaje si no va a ir más allá de las plantas de sus pies, si no va a encenagarse en el agua dormida de una cierta quietud o se tiene la sensación de que se acaba con todo, lo mismo y lo de siempre, llamando peligro a una simple mosca que surque un universo que ya no tiene sino algas venenosas. Uno no sirve para nada más que para asustarse ante el paso sangriento de una mosca que tampoco tiene culpa, pero uno al fin y al cabo está encerrado entre estas cuatro paredes azules y ya ni se sabe por qué el color significa tanto.

SIEMPRE NOS ESTAREMOS VIENDO PASTAR con una vaca como ésa que se queda mirando al tren y lo ve tan rápido que sus ojos se cansan de andar con él y vuelven a la hierba: un acomodo sobre el campo cubierto de espinas; las señales de la carretera anunciaban entonces que no estábamos lejos del punto y mira que si no llega a vivir aquí Charles Dickens si se queda la historia estancada en este río hermoso de Rochester a 46 millas tan sólo y aparece John que traduce solícito la posibilidad de aguantar un lupanar de traducciones simultáneas de las distancias corridas y no es posible que también se le done gratuitamente el alma al diablo con tanta generosidad, solícito probando una manzana nada más almorzar en el pueblo más lejano. Tipperary creo que se llama.

COMO UN MARCO UNA COSA PARA ganas de dormir sobre el respaldo del asiento o sobre su propio hombro los ojos quietos sobre un paisaje que no pasa la una de la tarde todos los árboles de pie sin embargo las gaviotas cantando más abajo del castillo.

OH UNA NOCHE SIN PAN EN LA CASA y esta cerveza. Menos mal que atrás queda todo ese campo verde y se abre esta vereda sin agua, azul el cielo como una maldición entrecortada vestida de su voz azul bajando la escalera del tren.

CUALQUIER DIA, pensaba entonces, me levantaré decapitado y aún así seguiré sintiendo esta sensación de vacío en la cabeza

A ESTE CAMINO SURCADO de pechos de vaca arrimada al árbol donde empieza a crecer la cornisa de un mundo ensombrecido, donde la misma distancia de los ojos se mide en leguas verdes como el simple campo que se ofrece al ojo al término de una estación cuando se calla el altavoz manejado por un australiano que se abriga por las noches tibias de Reading, junto al cemento y a los trenes, con periódicos atrasados y unas fotos viejas de unos hijos que había perdido para siempre. La pena en sus ojos, o no la pena. Uno siempre ve lo que quiere o lo que quiere es la pena. Así el masoquismo, el traqueteo, iguales que un tren las voces tibias de los enamorados que se acuestan junto a las tiendas inmortalizadas muy temprano por Charles Dickens. Una voz de ultratumba que recuerda cómo se comen los pájaros el alpiste que queda de la última tarde de las palomas de Trafalgar Square. La muerte enfrente de cualquier ambulancia, como si los árboles también fueran deprisa, buscando un término para acostarse debajo de su propia sombra. El descanso del árbol guerrero que resalta tan alto como una flor que no se engancha de las flores azules que le quedan amargas en su garganta del lunes, donde el tibio olor a estercolero se acentúa como voces del desierto en pleno descampado. Todo suena así como en solitario. Incluso el agua que sonrío levantando de nuevo la garganta al cielo y acentuando las palabras como en una noche de agosto y aguacero.

TODO QUEDA COMO INTERMEDIO, todo queda como agua con borrajas dentro, como fronteras tibias de color dorado como río seco que en abril florece o como el amor besando una mañana que compramos té y no supimos hacer con él/tan pacíficas las vacas debajo de este asiento, o firmando cheques de viaje, que así se termina todo después con el sueño, persecuciones rabiosas de un rabioso color a espejuelo, a rabia que se trae el viento consigo desde sus espaldas azules que relevan al hombre de su agonía y lo mezclan con todos los colores azules de un suicidio ejecutado cuando es la mañana y es imposible concretar ninguna esperanza/las vacas como una cinta negra quedando tan perfectamente adiestradas sobre el césped. No hace falta abrir tampoco demasiado los ojos y ya está el mundo ofreciéndonos la misma visión repetida de las casas abiertas de par en par a cualquier hora del día, a cualquier hora de la noche, remediando la necesidad de un cierto amor por la anarquía.

LO UNICO QUE NOS QUEDA, dijo Frederick, limpiando avidamente el pescado blanco, aquel ruido extraordinario que nos venía del mar y por correo.

EL AGUA CORRIENDO DENTRO DEL LAGO, persiguiéndose más acá de Reading en busca de un poeta que se ahogue, o en Finlandia, todo tan despacio hasta llegar a Finlandia a través del agua de un lago más abajo de Newbury, una referencia completa de todos los parajes que apetece comprar en una úni-de tienda de caramelos victorianos, como nos pasó en Canterbury mientras los turistas (¿y qué éramos, si no?) escuchaban las escenas de la muerte de Thomas Becket, aquellos absurdos pantalones rojos que Javier había comprado en Portobello. Todas las paradas del camino y un helado o la conversación terminada

con la italiana de pie o el paisaje que se te mete en el pelo como una pulga alta y colorada, como el cielo que se cansa de mirar y de noche se oscurece también aquí en Inglaterra, por ejemplo. Un barco, o por ejemplo una historia animada de libros por vereda. Tan solo a media libra la cultura —nos decían— a mitad de precio en cualquiera de las grandes estaciones como Paddington. Las aguas a su cauce con la lectura de una obra de Orwell, comprada en la otra excursión, mucho después de que se nos perdiera la carpeta verde, mucho después de que lloráramos de soledad ante el beso de Rodin situado, inesperadamente, a la entrada de la Tate Gallery. Compramos entonces, ahora lo recuerdo muy bien, cuando ha pasado tanto tiempo y ya ni siquiera tengo las yemas de los dedos rellenas de aquel olor que empezó a surcarnos las arrugas sobre el pecho principal de Inglaterra, vacas de blanco y negro, botellas nuevas de whisky y de vez en cuando un animado coloquio sobre el país lejano y dormido: José - Antonio Novais decía en "Le Monde" que nada iba hacia el caos: todo era el caos, y hasta la palabra caos, la palabra todo, comenzaba a resquebrajarse sobre sus propios pies y una fiesta, soledad, las yemas de los dedos, los tres hablando de que el tiempo no iba a pasar en balde y sin embargo el corresponsal de "The Times" haciéndole caso a "Fuerza Nueva" o anunciando el próximo matrimonio de "El Cordobés", el asturiano que tantos caracoles se comió sin ninguna gota de alcohol.

ESPAÑA COMO UN MAGMA lejano y solo y aceitunas en la alforja. Un recuerdo de todo un tiempo que, como la vida, no vuelve más y se para el tren donde se alza un olvido decantado. Todo es verdad: todo lo que ha pasado es verdad: la guerra civil, la postguerra, la postguerra, la postguerra. Toda esta obsesión del sueño es verdad: en definitiva, yo he



sido detenido muchas veces. yo no he entendido nada muchas veces. Ahora mismo, desde Londres, mirando hacia todos los lados, viajando en compañía de todos mis porros, yo tampoco entiendo nada de lo que pasa, ninguna de las crónicas de Novais ni siquiera esa parranda continua de la que nos habla "The Times", efectivamente, como ausentes de un país que es nuestra suerte nuestra desgracia, y la esperanza corroída por las puntas de una carta que se pierde en el camino de una cierta desesperanza que va a crecer como un lobo que se comiera de nuevo la pobre pelota de trapo que nos quedaba para jugar con ese amor temprano por las cosas negadas por el sueño perdido o por la necesidad absoluta de un amor sin puntas: el reflejo del mar en el sol, lograr todo lo imposible, trazar el mapa de nuevo, recoger uno a uno los trozos de mentira que ya no íbamos a necesitar

I DRINK COKE, I LOVE COKE, coca cola in your hand. Hasta los maricas viajan en tren y como un entretenimiento salvaje entre las piernas de sus gafas, entre las flores del camino siempre se alza para ellos la emoción del amor que se les acabó, cuando más lo deseaban. Todo el tren se viene abajo cuando un marica está en celo frente a la puerta de salida de la primera clase. En ese preciso momento debían estropearse las ruedas de todos los autobuses de Tauton, pero no es esto: es como una pasión descolorida, la pasión que sucede después de los efectos de la droga

saltando de un pie a otro
la esperanza el color
azul de un monte

la flor azucenada que recita la fuente que mana
todo está hecho así con los mismos versos puestos a

secar en la ventana: un poema que nos hablaba quizá de la Edad Antigua o de cine en el bar del tren incansablemente.

CLARO, NO HABIA OTRA COSA, comentó John, cuando le contaba todas estas cosas a Federico, que de nuevo nos preparó el desayuno esa mañana. O fregar los platos. Ese podía ser el porvenir. La cuestión más urgente, especialmente terrible: la caída de la tarde, con la caída de las hojas, un mes de abril cuando así ni se esperaba abril levantando la capa un viento inmenso en Dover, pero en Londres la niebla se metió incluso en los "pubs" y todo el mundo tenía como una garganta nueva. Una locura todo Picadilly y ya nadie era capaz de comprar el souvenir. Las calles vacías. Jamás había pasado esto tan espantosamente. Todo, todo así tan cansado, el algodón, de existir sobre nosotros, levantarle el ánimo a la afrenta recibida cuando fue tan imposible dormir en este viaje interminable a través de un paisaje igual y así de verde.

Luego el cuaderno tiene más notas pero todo aquel sueño escrito desde detrás de los ojos de una vaca y proclamando con pus su viva.

ALFONSO GARCIA - RAMOS Y
FERNANDEZ DEL CASTILLO -

Alfonso García - Ramos para el periodismo y la literatura - nació en Santa Cruz de Tenerife en 1930. Toda su infancia y primera juventud se desarrolla en La Laguna donde estudia bachillerato y los tres primeros cursos de la carrera de Derecho. De esos tiempos, una intensa actividad literaria y una vocación que el paso de los años y la conciencia melancólica del quehacer inútil se encargaría de marchitar. Con su hermano Fernando, Violeta Alicia, Gilberto Alemán, Eliseo Izquierdo, Arturo Maccanti y Felipe Baeza, integra la que el crítico José Domingo llamaría "generación universitaria de La Laguna", generación que vio en la tierra, en la propia, diminuta y aislada tierra, "el resorte, la raíz y la huida".

Reside cuatro años en Madrid donde termina los estudios de Derecho y Periodismo. De regreso a la isla, forma parte de la redacción del diario "La Tarde" a la que sigue perteneciendo. En 1954 queda finalista del Premio "Pérez Armas" con su novela, "Las islas van mar afuera", para ganarlo en 1970 con, "Guad". En 1959 gana el Premio Santo Tomás de Aquino, de la Universidad de La Laguna, con la novela corta "Teneйда".

ESO QUE LLAMAN POETICA

Intento llevar a mis novelas esos largos, densos silencios a los que me condena el especial marco en que se desenvuelve aquí la profesión periodística. Soy, o quiero ser, la voz de un mundo que muere, el mundo de mis padres y abuelos, hidalgueros campesinos de las tierras de pan llevar, arruinados por una burguesía mercantil, especuladora y basta, que hace años renegó de su espíritu progresista. En este proceso ex-poliador y años antes de las lecturas de Marx, aprendí lo que era el capitalismo. Mi obra es, o pretente ser, un testimonio y una condena. Una mirada atrás donde la ira se tiñe de tristeza y hasta puede que de una lejana esperanza. El fondo por encima de todo, la forma como mero medio auxiliar, muy mía, lo más ajena posible a modas o influencias. Libertad, primero y desesperado amor de mi vida.

III

Entre la tristeza y el temor, reconócelo: Tu pelota de trapo se quedó en el tejado un día cualquiera. No importa si el pantalón fuera corto o largo, en todo caso sudor y tierra llegarían a las rodillas, prendiendo directamente sobre la encallecida piel, traspasando el bolsón teludo en el que nunca pudo pintar bien la raya. Te quedaste ante el vacío, talmente como tarde de Viernes Santo donde juego, música, grito, hasta palabra en alta voz, estaban prohibidos.

La esfera que curva el viejo calcetín del padre sobre un duro corazón de viejos crines, saltó al tejado y no pudiste rescatarla, pues se había escapado aquella libertad de escalar muros, apedrear cristales y preparar una pequeña descarga eléctrica bajo el asiento del antipático profesor. Ahora eres otra cosa, te lo dijeron aquellos colores que saltaban a la cara ante el paso de la chica de altas cejas, la de la falda a cuadros que el viento ceñía a las piernas, la que con su andar de gatita en celo te hacía sentirte ridículo bajo el mugre de las polvaredas de otros tantos partidos de fútbol.

Murió el niño de ayer, pero no te apresures a enterrar su cadáver, no convoques a las filas de escolares con coronas de flores, calla aquello de "angelitos al cielo" y no repiques campanas de gloria, que más

bien estás para dobles. Porque su sombra te acompaña como la de un familiar fantasma, como la de un vampiro que robara la sangre de libertad que aún corre por tus tejidos. Estás preso en férrea, impenetrable maraña, llevas el viejo traje paterno al revés, el traje "virado" —uniforme de tu generación— con el bolsillo al otro lado. Domeñas la rebeldía del cabello con bastos fijadores para parecer persona seria, para que te tomen por caballero cabal, fiel a tu clase y a las buenas costumbres. No opinas, porque nada puedes opinar, porque todo está escrito entre los humos de una guerra que no hiciste y de la que apenas tienes confusos recuerdos. Otros humos, sin embargo, los llevas metidos en las entretelas más íntimas. Volutas de incensarios, de verlas las devotas, en la penumbra impresionante del templo por la que batían las olas solemnes del órgano y del latín gregoriano.

Humo negro del auto inquisitorial, allá en la gran plaza de los álamos desnudos y la dorada polvareda donde ardieron los libros herejes de don Benito, don Pío, Anatole France, aquella pérfida "Catedral" de Blasco Ibáñez y hasta algún libro del buen Quevedo, pues la cosa era llevar libros a la hoguera y todos los escritores, aún los que parecen de más derechas, son peligrosos. A cambio de ello, tu voz, las de tus amigos y compañeros, cantaron vigorosos himnos de contrición —no es lo mismo que atrición— en la procesión penitencial donde pecadores arrepentidos —algún viejo "rojo" por medio y el contumaz concubino que pidió sacramento matrimonial en primeras horas de la madrugada ante el infierno que le pintara el misionero— cargaban con cruces y cadenas. 14 de abril, Santa Misión. Confesiones en el cementerio, sintiendo en tus rodillas el aliento frío de los muertos, leyendo en las lápidas funerarias tu meta y tu sino, lamiéndote las carnes el fuego del infierno, gritando que sí, que

nunca volverían a entrar en lugares pecaminosos como ese cinematógrafo que fulminaba el dedo y la voz del misionero.

14 de abril, Santa Misión. Este y no el otro es el importante. Del otro apenas te llega confusa memoria, algún anatema desde el púlpito o del señor serio y respetable, alguna vergonzante inscripción en cualquier muro por mano escondida y arropada por las sombras nocturnas que el mal calcáreo reparador no cubrió del todo. Algún guiño de complicidad entre los otros, los vencidos, los sin voz, los atemorizados del otro lado del muro, que todavía inspiraban terrores a tus gentes. Confiesa que a ti mismo, por ese recelo ante lo desconocido y condenado.

14 de abril, Santa Misión, para ponerte las carnes de gallina ante esas escapadas a la calle del piso de callaos y casas con mujeres repintadas que aplacaban tus ímpetus carnales, por los achuchones con la bien plantada moza del campo, tanto da en el baile campesino que, por aquello de "quien más macho" —mago o señorito—, acababa siempre en trompadas y pedradas, que en concurrida procesión donde las apreturas de los fieles se hacían cómplices del diablo. Claro que te modelaron y tostaron para estos catorce de abril, que te enseñaron a rebatir las teorías de los filósofos "modernos" y agarrarte a la sotana in-conmovible de Santo Tomás de Aquino, distinguir el abismático trecho —un infierno por medio— que media entre un buen patriota y un mal liberal, socialista, comunista o masón, que van en el mismo saco y son de la misma ralea. Tus textos de Bachillerato te dijeron cuales eran los autores buenos de los malos, las maniobras de los satánicos extranjerizantes por roer los cimientos de la España Inmortal. Y también en tu casa, cabe el ojo de la radio encendida, el con-

sejo familiar, la opinión de la respetada "visita", te pusieron en el mismo camino.

Tienes los oídos llenos de grandes frases que encienden el corazón y arrayan los ojos, frases que te hablan de imperios azules, de hogares con lumbres y mesas con pan, de hermandad entre los hombres y las tierras de España, frente a la feroz división del antiguo partidismo político. Y si no anduviste con pasos marciales y camisas al viento, culpa fue más que de formación, de tu incurable indisciplina.

La pelota se te quedó en el tejado y, con ella, muchas cosas que rompieron tus ojos maliciosamente abiertos. Por los rotos del manto de la retórica descubriste el jubón trapacero, y te nació entre las manos una libertad alicorta que voló enseguida hacia el escepticismo.

No eres ahora el niño que cree, ni el hombre que opina, eres barca sin norte que se deja mecer pero que no navega ni una braza. Perteneces a los de la oscura, cansada rebeldía, ni a los que gritan, ni a los pocos que siguen callando lo que un día dijieran a voz en cuello. A los que flotan simplemente.

* * *

XXIV

Compadre Fulgencio, no más tapaderas y echa por la boca lo que llevas dentro. Puro miedo al ojo de Florentín flotando en la galería, que te sigue como la sombra al cuerpo. Bobos están los que piensan que es por lo del vino, como si tú, pellejo untado de madres y soleras, vinieras ahora con esas pamplinas. Ganas que tienen todos de estar tranquilos y no encaramarse con las cosas que dan canguelo. Allá ellos con sus confianzas, pero tú, como siempre, a solas con la galería que aún huele a sangre, a muerte fresca y presente, con ese ojo bien abierto y encendido que te acompaña al chamizo y te ilumina las noches con sus resplandores luneros.

No son cosas de ignorancia pues a Cho Pío no le faltaron reales para pagar un maestro y aprendiste bien las letras. Buenos tiempos aquellos, seis vacas bien gordas en el colgadizo, el troje cargado de mazorcas y los dátiles pintando en las palmeras. Aún recuerdas las alegres mañanitas gomeritas cuando ibas con la madre a lo del guarapo, y hasta te chasquea la lengua con la memoria de su sabor dulce y fresquito. La madre se daba buena maña para prepararlo y también tenía buena mano para curar los quesos y dar el punto al almogrote. Si tuvieras ahora uno de esos potajes de berros con los pedazos de tocino bailando entre papas y hierbas. Aquello sí que eran tiempos. A

ti te tocaba andar con las cabras, una docena de ellas y el macho encabronado y rebelde que te tuvo siempre a mal andar. Caprichos del negro que siempre tiraba a los precipicios y te convirtió en mono para saber aguantarte sobre los riscos. Pero lo tuyo era el bosque, el bosque oscuro de los helechos altos como pinos, los árboles tumbados de viejos y cubiertos de musgo y, sobre todo, las telas de arañas, más grandes que un hombre. Sabías que era pecado porque llevaban una cruz blanca en la barriga, pero las escachabas entre dos piedras y las gordas arañas se convertían en una pasta tibia que manchaba los dedos. Todavía el bosque no tenía nombre, los ratones asesinos estaban lejos y los pájaros podían hacer los nidos en el ramaje. Ellos cantando arriba y tú revolcándote en el mantillo del suelo, jugando con las lunetas que el sol dejaba caer entre los claros.

Entrabas al monte sin miedo, descalzo como todos los chiquillos del pueblo, que los zapatos eran cosa de señoritos delicados. Si te falta un dedo, culpa fue del cerdo salvaje que se lo llevó en la boca. Nadie te mandó dormir junto al río, claro que con tanto run-run de callaos le entra la soñarrera al más pintado. Suerte fue que al puerco le diera por ti y no por las cabras, de otra forma el padre te hubiera deslornado. Cho Pío se tomó buena venganza. Mientras la madre cegaba la herida con bosta de vaca él se fue arriba y no paró hasta traer el cochino ensartado. Con el sabroso adobo pasaste mejor los dolores del dedo y todavía te salta la risa cuando recuerdas el gaje. También le llevaste carne al maestro y buena falta que debía hacerle por lo flaco que estaba. Miserias de pobre que pasaba el confiscado por irse a vivir donde el diablo perdió los calzones para un no se qué de los antiguos guanches y sus cacharros de barro. Se pasaba el día de cueva en cueva buscando momias y co-

sas viejas. También disecaba pájaros y pegaba en un libro hojas marchitas. A ti te daba clase por las tardes, a cambio de la leche, el gofio y el queso que le llevabas. Poco más debía comer el muy loco, siempre en su manía de escribir un condenado libro. Más sabía Cho Pío que trajo sus pesos de Cuba y para pies de romance no había quien le ganara. También sabía tocar la tambora y aguantaba el tajaraste de la noche a la mañana. Cuando pegaba a tocar calentaba las patas de las bailadoras y, brinca para acá, brinca para allá, mataban las horas y las noches hasta que el sol las descubría rendidas. Guadalupe era la mejor pero se decía que tenía parte con el diablo. Chipudera con raza de indios, destetada y flaca, echaba lumbre por los ojos y quemaba con ellos a los bailadores que le aguantaban el tajaraste unos pasitos. Cho Pío dijo que te guardaras de ella. El maestro se reía de estas cosas y tú les ponías poca cuenta. Cuando ya eras leído y escrito te entró la manía por la mecánica. Todo desde que viste el pescante de Agulo subiendo guacales como si fueran merengues. Mucha ignorancia que había en la isla para encontrar quien te enseñara. Malamente se acordaba el maquinista del pescante de lo que le explicó el inglés tantos años antes. Pero con los libros que dejó, mucha paciencia y las buenas entendederas que Dios te dio, no fue muy difícil cogerle el geito a lo de los pistones, las piezas y las ruedas. Tan bien se daba que hasta pudiste hacer un aparato con maderas y aros de toneles para sacar agua del pozo. Pasmada que se quedó la madre cuando lo vio, y muy contenta de no tener que recoger soga para subir el cubo.

A Cho Pío no le hacía gracia tanta novelería. Te quería para los sembrados y las cabras y ya barruntaba que la mecánica tira para otros nortes. Ni por adivino que fuera podía imaginar que acabarías he-

cho un pellejo de vino sin más compañía que la amargura y la miseria. Pero la vida a unos empuja para arriba y a otros para abajo hasta dejarlos con el agua al cuello. El cuello, la soga, la cara morada, el viento subiendo el camisón, la lengua fuera y los ojos hinchados hasta saltarse. Fea hasta el miedo como la misma muerte que llevaba dentro, dando vueltas cual un trompo al mal viento de la madrugada. Para que luego digan que tienes mucho vino y que el vino se te vuelve agrio...

Cho Pío quería un hijo que le cerrara los ojos cuando le tocara la última. Cho Pío quería ver nietos en la misma cocina que levantó con sus manos, sentados en la mesa de maderas traídas de Cuba. El padre no estaba por los cambios, sus tierras, su ganado de todos los días, y la tambora para las fiestas. Lágrimas le costó tu partida cuando lo de Cuba y los insurrectos, y con lágrimas te recibió al regresar con el rayadillo sucio y roto, calenturas en las tripas y mucho piojo en la cabeza. Por más que le dijiste, no se creía que La Perla fuera ya República, que los del rayadillo tuvieron que hincar el pico en la manigua. Los viejos no se enteran sino de lo que les gusta. Así aguantan mejor las penas. Buenos ratos que pasó, mientras te enderezabas, platicando al pie de la cama sobre cosas de allá.

Los malos tiempos del viejo empezaron cuando se te ocurrió ir con la chipudera. Perrera que cogieron con ella, que si bruja, que si a la madre se la llevarán los demonios, que si hija de un macho cabrío o de un cerdo salvaje, que si en su choza malparían las mozas solteras y ahogaban las criaturas, que si puta y alcahueta de los ricos. La madre no decía nada pero se pasaba las horas llorando. Hasta te llevó a la romería de Puntallana y se aguantó los miedos y los mareos en la barca. Sacrificios que no paran de hacer las madres hasta que se las come la tierra.

Y tú como si nada, por el día, en el trabajo de la tierra, y con el oscuro corriendo a caballo sobre las cumbres a la busca de su calor. Había que meterle la espuela a la bestia para que se llegara al pajar de la hembra, reculón y resabiado que se ponía en las proximidades. Pero un hombre necesita consuelo para sus mocedades y cualquier apaño es bueno cuando se anda en esa edad. Enconejamiento que te entró con la chipudera. La madre juraba que porque te dio a comer un caramelo con la sangre de sus lunas. Lo que te dio fue una cosa que los padres cuando se ponen viejos no saben comprender.

La verdad es que a ella también le gustaba presumir de rara. Una noche se fue al claro enlunado y bailó desnuda una danza que no era de la tierra. Dijo que la aprendió de su madre, que ésta la aprendió de su abuela, que venía de muy atrás, de cuando los barcos de vela y los colonos trajeron a su gente para enseñársela a los Reyes y como algunos indios se pusieron malos en el viaje los soltaron en La Gomera para que se muriesen. El maestro hubiera explicado bien todo esto pero bien muerto y enterrado que estaba. Se lo llevó una mala pulmonía cuando estabas en lo de Cuba y con sus libros y papeles encendió el fuego la dueña de la casa. Hablando de fuego, cuando te la llevaste al prado para tumbarla te dijo que tenía tanta lumbre que quemaba con su cuerpo los rastros. Viste en el suelo el muñeco de la chamusca pero eras demasiado hombre para sentir miedo por esas cosas. Lo otro fue distinto, el cuerpo pendiente del nisperero y los rabiosos ojos de la muerta comiéndose al mundo. Bajarla del árbol, componerla sobre la cama y avisar a la justicia sí que tuvo su aquello. Para que ahora hablen de canguelos e inventos con lo del ojo de Florentín, para que le echen en cara que se mande unos buchos de vino que haga olvidar tantas amarguras.

Es fácil dar la cara ante el insurrecto que te espera escondido entre los cañaverales. Más miedo tiene él que tú y apenas si sabe de fusiles pues lo suyo es cantar "puntos" y cortar caña. Si hubo medalla por ello, cosas de la guerra que tiene que animar al soldado. Es fácil gallear entre valentones de bodegas y bailongos que se derriten al primer moquete pues con tanta vagancia están esmorecidos. Lo que pide agallas, cataplínes y lo que hay que tener es plantarle cara a la desgracia que se ensaña en un hombre y su familia, que no le dejan levantar cabeza, que te encaderan una y otra vez para estallarte contra el suelo como un luchador de piernas bobas. Entonces hay que meter la pata atrás y aguantar como sea, moler a la suerte y trabajarla con el mismo ahínco. Si te tumba, a levantarse de la arena y otra vez a trabar lucha, a mantenerse de pie, a seguir en el terrero bien plantado, a no dar palmadita pidiendo paces ni quedarse tendido en el suelo como un gandul sin arrestos.

La suerte, el Pollo de la lucha marrullera, te atacó por abajo, metiéndose adentro y con buena retranca. Cho Pío sabía de tales mañas y quiso cortar por lo sano. Metió mar por medio entre la chipudera y tú, pero las cosas estaban ya escritas. No importaba mucho dejar a la hembra flaca y huesuda, pues mejores las había en Santa Cruz y ganabas perras para mantenerlas. A un mecánico le va siempre bien y no fue difícil encontrar trabajo. Primero como engrasador, después como ayudante y, al fin, como maestro. Para apretar tuercas, limpiar motores y descubrir averías, pocos te ganaban. Lo malo es cuando no se trata de ruedas y tornillos, cuando el santo se pone de espaldas y toca pechar con la negra.

Primero fue la madre que se le tiraron los nervios a la cabeza y dio en pegar gritos y en ver las cosas viradas. Revolturas interiores que rompieron la fuen-

te de la sangre hasta dejarla muerta y morada. Cho Pío aguantó pocos años más pero ya estaba colgando para lo ajeno. Bobalicón hasta caérsele la baba y creciendo escamas y piojos en el pelo. "¿Cómo está, señor Pío?". "Bien me ven los señores, siempre piyando..." Se lo llevaron en la caja de pino con sus cortos calzones de cordón, y la tambora quedó sin dueño. Fue un bonito duelo pero los cargadores perdieron la cuenta con el vino y al llegar a la degollada de los dos valles trabucaron los pies y desriscaron al muerto. Roto y en una mala manta lo llevaron al cementerio, sin presencia ni aseo. Maleficio de la chipudera, dijeron enseguida las comadres; sombra negra que echó sobre la casa desde que le quitaron al hijo.

(De "GUAD")

LUIS LEON BARRETO

nació en Los Llanos de Aridane, Canarias, el 29 de agosto de 1949. Estudios de Derecho en la Universidad de La Laguna. Periodista, ejerce en el diario "La Provincia" de Las Palmas. Poco antes de los veinte años comenzó a escribir en un día vídrioso del otoño londinense; de aquella experiencia y del reencuentro con la isla surgió el libro de poemas "*Crónica de todos nosotros*", Premio Julio Tovar 1970, publicado por Inventarios Provisionales en 1972. Es, sobre todo, narrador. Fue finalista del Sésamo (Madrid, 1970) con su novela "*Estamos abriendo caminos en la noche*", aún inédita. Ha publicado docenas de cuentos en las páginas literarias de los periódicos del archipiélago y tiene en preparación una nueva novela. Es miembro del grupo editorial "Inventarios Provisionales".

A MODO DE JUSTIFICACION

hay que decir que por ahora el joven escritor ha vuelto a la isla (Península, Francia, Italia, Inglaterra, Venezuela, México, USA) La constante --y casi dramática-- contradicción entre la necesidad de huida del espacio estrecho que una isla es y la necesidad de arraigarse en él constituye un buen motor para el escritor, como su palpitante mundo juvenil, el recuerdo de un pasado que casi es hoy y, por supuesto, su aspiración de vivir un futuro más amplio. Motores fundamentales. El autor ha de decir, además, que los cuentos "El Temporal" e "Isla Machine" han sido publicados anteriormente en periódicos de Tenerife y Las Palmas, en versiones muy parecidas a las que ahora se dan a conocer, y por último declara solemnemente que es adicto a los ojos verdes, las hamburguesas, los Rolling, Catherine Deneuve, Bob Dylan, Percy Sledge, Mahfud Massís y Carla Thomas, entre otros.

EL TEMPORAL

Al hombre ya no lo asustaban aquel viento y aquel agua. Estaba sentado en una silla de madera tosca ennegrecida, delante del postigo, y veía cómo el agua parecía discurrir a empellones patio abajo en busca del sumidero. Miró las gallinas removiéndose entre los excrementos hinchados y oyó el balido casi lastimoso de la cabra en el corral.

--Fue peor cuando el barranco se salió de madre y maestro Leandro tuvo que llamar a que le ayudaran a quitar las pipas de vino del agua.

Al hombre le tiemblan las manos "--No hay melesinas pa mí. Los boticarios no quieren sino coger las pesetas.--" A veces este hombre se deja ir del recuerdo y habla a solas de otros tiempos que quedaron perdidos en el erial. Era fuerte entonces y podía luchar incluso contra la barranquera. Ahora tiene que dejar pasar todo y esperar que las brumas se retiren sobre el mar para que el sol le reanime los huesos. Pero aquella mañana el cielo se había cerrado sobre la cumbre y descargó mucha agua, casi con furia. Los barrancos llevaban un agua canela que se despeñaba

entre las piedras, barriendo con los desperdicios acumulados en el verano. En esta tierra el invierno suele aparecer de firme cuando un año se va y otro viene.

--Cuando las brumas se hacen de panza de burro y se trancan en el monte hay descarga segura.

Aquel hombre, el viejo con calzones descoloridos y una chaqueta caída absurdamente sobre los hombros, parecía estar del otro lado de las cosas y ésta era su ventaja frente a los más jóvenes. Seguramente hubo aguaceros más violentos y el agua se llevó animales y aperos de labranza y arrancó almendreros. Esto ocurrió muchos años atrás, cuando había que luchar por la tierra, cuando los hombres de las islas trabajaban hasta que se iba la luz del sol. Muchas veces hubo malos años; hubo también años de trigales espléndidos. Daba gusto verlos aletear ante el sol de la mañana, y era un placer contemplar los racimos en rojo.

De pronto el barranco del pueblo se convirtió en un viejo genio que gemía porque sobre su lomo de piedras bajaba agua turbulenta. El vendaval llegó con él y puso pánico en la noche de los desarraigados.

--Santa Bárbara nos libre de todos los males.

El agua asusta a esa gente cuando tiene trazas de venir mal medida. El agua se había llevado un trozo de la pista que cruzaba el barranco y montones de escombros sacados de obras. Era tarde de niebla y no se veía en treinta metros. El agua creaba cientos de sonidos diferentes, producidos por las pequeñas cascadas sobre las lajas y las piedras vivas del cauce. Esta gente tiene miedo cuando la lluvia tarda en llegar

y las papas y los plátanos se secan y hay que pagar la pipa de agua a lo que pidan; tienen miedo también cuando llega el temporal, el viento derriba plataneras y el agua empieza a humedecer los hogares colándose por los frágiles techonados de tejas.

El agua va de la cumbre al mar, en este terreno áspero sobre el que creció el paraíso de los bancales con el sudor del sacrificio de campesinos viejos, resignados y afables como sus viejos antepasados castellanos. Una vez el barranco bajó fuerte y soberbio, destrozó la carretera general e hizo una brecha en la entrada del pueblo, anegando las viviendas y las plataneras cercanas al matadero. La brecha tardó cuatro o cinco años en repararse pero en ese tiempo el barranco sólo transportó hilos finos de agua.

Cuando el tiempo amaina los chavales gustan de meterse con sus botas altas y negras en los charcos para hacer estanques, represas, canales y murallas de contención. Luego el agua ha de desaparecer y con el sol viene un tiempo mejor que deja resechos las higuerillas y los jacobos, los cardos y las gramas.

--Dios nos libre que un día venga un temporal fuerte y se junten las aguas en el monte.

Los viejos tienen miedo porque el pueblo queda en el desembocadero de barrancos. Tiene este pueblo casas pintadas de blanco, una iglesia, un campo de fútbol, un cine y un cementerio en el que crece pujante la hierba. Los viejos dicen que el pueblo puede desaparecer si un día San Pedro abre las llaves del cielo y baja el agua rodando por las montañas.

A veces el temporal derriba puentes y hay gente que queda aislada. En una ocasión murió un barque-

ro y tuvieron que pasarlo tres días después de fallecido mediante largas cuerdas hasta el otro lado del barranco porque el agua no disminuía. Dicen que ya daba mal olor, que los familiares se habían pasado tres días con sus noches en el velatorio, y que luego no hubo pesca en treinta días.

--Ay Señor, sapordiós, que el agua se va a llevar los chiqueros con los cochinitos...

Esta gente se asusta de los excesos de la naturaleza. En otro tiempo vivió pendiente de los augurios del agua y de las infusiones de hierbas de curanderos como remedio eficaz igual para las quebraduras de tobillos que para las diarreas.

Llegaron noticias. Durante tres días no nació el sol sobre la costa y el viento siguió destruyendo invernaderos de tomates, derribó miles de matas de plátanos y levantó aleros. Las pérdidas fueron muy cuantiosas. Los ministros y subsecretarios generales tuvieron conocimiento en sus despachos confortizados, entre sus secretarías de rimmel y sus tableros de formica, de los estragos en los pueblos de las islas. Se prometieron créditos y visitas, habría dinero para los pobres damnificados y se levantarían los invernaderos y los racimos. Era otra vez la alegría.

Y entretanto el viejo seguía en su tiempo de espera porque la confianza era su única salvación para callar el desasosiego de los años.

Una mañana volvió a salir el sol y con él volvió la vida a los pueblos. Siguieron repicando las campanas todas las mañanas domingueras, salieron las barcas a la pesca y los viejos adivinos se dedicaron de nuevo a la eterna tarea de escrutar las nubes para co-

nocer las direcciones del viento y las llegadas de los temporales. Había que estar preparados contra todos los maleficios. Volvió a ser animada la feria de San Isidro, bajaron los pocos campesinos que quedaban desparramados por la montaña con sus yuntas y todo siguió su curso. Nosotros, inconscientes, no nos dimos cuenta de que para las miradas carcomidas de los viejos lo único importante era la venida de la tempestad definitiva.

ISLA - MACHINE



Según las últimas conversaciones, el olor a pescado podrido que se sintió ayer en la ciudad estaba producido por los cadáveres de multitud de peces que abandonaron asustados el agua y se adentraron en la arena huyendo de no se sabe qué extraño temor.

Por si fuera poco llovió temprano, estuvo lloviendo todo el día y de pronto olimos amorosamente el viejo aroma del agua estancada sobre el polvo de las aceras y del asfalto, bajaron miles de nubes de la cumbre y las montañas fueron cubiertas por densas concentraciones de aire. Se borraron los cines y los restaurantes y los bancos de la plaza bajo el telón de agua y mientras los obreros del rebacheo se refugiaron en las lonas pardas, los mercados se cerraron y las farmacias agotaban las existencias de salvavidas igual que los autoservicios del puerto. Todo fue inútil.

Hizo calor, una humareda pegajosa que evaporaba las gotas de lluvia nada más recién caían en tanto por todo se expandía aquel nauseabundo olor a pescado corrompido que originó tantas sinusitis en los laureles y las adelfas del paseo. Empezaron a trabajar los sajorines de tierra adentro, las brujas que quedaban y los curanderos más experimentados decidieron reunirse en asamblea para deliberar acerca de las medidas más convenientes que debían aplicar

ellos mismos ya que la ciudad estaba sin autoridad, los guardias desaparecieron, los yips armados tenían las gomas deshinchadas y los depósitos de gasolina se agrietaron sin que se pudiera recuperar una sola gota de carburante. Entre las pocas cosas que quedaron en pie contaban las inscripciones desvaídas de amarillo y verde cinabriento de los bustos de poetas muertos en los últimos siglos.

No se supo por qué, pero la radio seguía transmitiendo y a eso del mediodía comenzaron los primeros boletines sobre la situación, en principio surgieron hipótesis desquiciadas de que iba a reventar otra isla y por eso el mar se ponía incandescente y el calor forzaba a los peces a salirse del agua para refrescarse inutilmente en los caminos de arena. No había a quien preguntar y por eso decidí subir en ascensor hasta el edificio más alto de la vieja villa fortificada del norte con objeto de apreciar si de verdad se levantaba un nuevo trozo de continente pegado al océano, estuve en éxtasis mientras la radio sonaba "La Playa" tan bien cantada por Marie Laforet con sus primorosos ojos verdes. Estaba tranquilo. Había decidido morir como los peces y dormir la última agonía con las retamas amarillas de la cañada.

Entretanto, las bandadas de palomas no se cansaban de revolotear en torno a un mismo punto imaginario y la lluvia adhirió cuajarones de agua en las hojas de plátano. Y de fondo el maldito olor a pescado pudriendo el aire desde la torre de control del aeropuerto hasta la última vereda del monte, y un calor de asfixia que mató las guaguas perreras, las señoras de las tiendas de zapatos, los vendedores machacones del prociegos y las pandillas de mozalbetes metiendo ruido a lo largo de la rambla.

Fue como si hubieran dado el toque de queda.

No quedaron siquiera escritores para cronicar la muerte de la isla. Sin embargo, La Voz del Poniente continuaba sus transmisiones por la onda normal; no podía adelantarse aún nada relativo a las decisiones adoptadas por las asamblea y se especulaba de buena fuente con que el asunto fuese **declarado de secreto nacional** y nunca se volviera a hablar de él. Algo tendrían que decidir, porque el esqueleto cenizo y des-huesado de la ciudad seguía en pie para cumplir como aposento y cloaca. Y no podía quedar inservible, sobre todo ahora que los planes de urbanización se habían tragado los últimos castillos de piedra que quedaban desde la época de la invasión.

El receptor hablaba ya muy poco y cada vez con más interferencias ininteligibles. Atardecía en picado y el cielo cayó de bruces sobre el horizonte.

Llegué jadeando a la playa, trataba de aprovechar los últimos resquicios de luz. Permanecí a duras penas taponando la boca y los demás orificios y aún así se me colaba por los ojos y las orejas el olor a pescado muerto.

Había millones de especies; de panza plateada y aletas rojas, dientes agudos como limas y colas de cobre. Apiñados como hormigas suplicaron con ojos yertos el último perdón al viejo Jacob que bajó del corazón del Teide con la vara de los juramentos aborígenes, el antiquísimo cayado para suplicar lluvia sobre la tierra resequida.

Luego que el anciano Jacob extendiera su bastón sagrado sobre las aguas pronunciando los exorcismos tribales salió una luna enorme al noroeste y creció una brisilla perfumada desde mar adentro que amainó el sofoco con olor a brezo. La luna se orlaba

de un halo rojizo, señal de próximas y generosas lluvias según el código de los catorce reinos elaborados siete siglos antes por los hombres más viejos y sabios de la isla.

Aquella fue la noche más luminosa que había bajado de las entrañas del espacio y, aunque sin pastores que los guiaran, los rebaños de ovejas, cabras y cerdos encontraron a la perfección sus caminos abiertos en los altos más tupidos del monte.

Jacob insufló aire a una docena de toninas a las que encargó de formar una balsa para inspeccionar el horizonte más allá de La Punta y desvelar los presagios de los tres continentes que rodean el espacio cercado de la isla. Apuntaba el primer trineo del alba y Jacob no volvía de su viaje. Mis manos estaban ensagrentadas de enterrar tantos miles de peces en una enorme fosa común, sus pieles flácidas como los senos pasados se escurrían entre los dedos y las aletas dejando un halo púrpura entre las uñas.

Cuatro minutos más tarde la radio tranquilizó al viejo Jacob, no ha habido motivo de preocupación. La conjura pudo ser derrotada y volverían los peces al agua si Jacob renunciaba para siempre al bastón sagrado.

Neptuno acogió en su seno el privilegio y todo volvió a ser como siempre.

JESSE JAMES ERA UN GRAN TIPO

A Tinka

A Juancho

Estamos adormecidos el aire nos perfuma y miramos atónitos los senos de las inocentes chicas de las aceras porque a pesar de todo la primavera ha regresado y los viejos no saben sino llorar hastiados y lo peor es que nos vamos haciendo pequeños viejos fariseos una isla siempre será una jaula Ulrika es una sensación real que está incluso más allá de nuestra conciencia un día te encuentras como un lagarto en una botella con la cola atrapada y Copenhague a dos jets semanales

emprender siempre el largo viaje rectilíneo con los mazatecas del norte de Oaxaca con los motilones del Orinoco hacia el Central Park a las calles 110-155 a Greenwich Village en la gran colmena de aluminio reverberante que resulta New York City en la gran llanura acuosa y cuadrículada que es México D. F. en la gran hondonada selvática que es Caracas

ida y vuelta la inmensa mentira seca y escasa convéncete de la imperiosa necesidad de vivir las cortas noches interminables en que orillamos la isla cuando en el alba son estupidamente lúcidas las preguntas y las respuestas lo único que importa es enterrar a los camaleones

Nosotros ganamos votos
macaneando un callejón
no acostados en chinchorros
y comiendo requesón

chico - tú - sabes - que - acá - puedes - gozar - un -
puyero - si - te - gusta - bien - si - no - agarras - los -
corotos - y - te - largas - si - quieres - hacer - plata -
tienes - que - echarle - bola - ¿o'key? - así - es - la -
baina - acá - chico

vagabundo playa caminos semen estrellas desierto
orilla sabana little flirt vuelta todo en su sitio coche
discothèque rueda de prensa top secret silenciarlo copas
letra cuartel hot jazz noche Playboy Club el equipo
va bien pagar jefe insomnio gooooooooool libro no
preocuparse fin de mes ligar macho folksong preser-
vativos recital Fidel saperoco Prévert tortilla cambios
Miss Glamour gran corrida esto pasará supervedette
jodido poemas AMERICA! coyunturalmente crónica
de sociedad líos cerdos huida neomarcusianos LSD hi-
popótamos reprimidos la libido sospechoso young po-
wer? amanecer fichado comerse el rabo himen tres
positivos redonda cama el partido hartarse reclusión
fucking se da bien masturbatio paradise whisky mer-
de! piscina perderse fin de semana exilio? la noruega
ICH LIEBE DICH VANESSA two jets weekly Che
Caribe Insurgentes Bolívar Manhattan Juárez Saint
Germain Lincoln San Remo Willy Brandt Blanes Tra-
falgar Sq. Atocha Catalunya menstruatio violencia
John Lennon PEACE escribir Bob Dylan piberío UD
orbital izquierda frígida the graduate pecadora cui-
dado compañeros farwest Bugs Bonny Nixon rejas las
horas a thousand miles muñeca muerte embarazada
cumpleaños Caín autopista pistoleros cricket senado-
res debutantes cocktail ranchitos monte táctica libre-
amor Carlos IV show Seventh Avenue la rivièrè gau-
che quiniela matrimonio guerrillera mar tarjetita

nieve cabello pot quejío universidad permissive so-
ciety provisionales manos ORDEN PAZ JUSTICIA
viejo correr charters odas fascio periodistilla cama oh
futuro oh soledad oh madurez

Jesse James era un gran tipo
daba a los pobres y robaba a los ricos
tenía manos cabeza y corazón

VENEZUELA BRASIL Y MEXICO ACAPARAN EL
INTERES COMERCIAL DE EE. UU. WASHINGTON
2 (LATIN) EN LA POLITICA DE "RELACIONES
MADURAS" PREGONADA POR RICHARD NIXON
BRASIL MEXICO Y VENEZUELA EMERGEN EN
ESE ORDEN COMO LOS SOCIOS HEMISFERICOS
CON MEJORES POSIBILIDADES

las flores las hermosas hortensias holandesas
que hacían empalidecer el coctail de rostros fe-
meninos dispersos en la bella noche tropical los
claveles recién traídos exprofeso del Africa Ne-
gra las caléndulas dragonías pensamientos del-
finias las rosas de Satsumi las peonias de San
Francisco y las naturalezas muertas todo ese
cuadro exótico y exuberante y reverberante era
la mansión hidalga del senador en la ceremo-
nia a la que naturalmente asistieron Oscar Ber-
nedutti al lado de una primorosa dama la Nena
Senior de Capelli y la Doctora Marisa Naves
sin poder terminar sus frases por los saludos y
las interrupciones de terceros decía Marisa que
éste es un mal que no tiene cura y que la mis-
ma historia se repite en todos los cocktails
donde va Caracas la nuit

Muerto de Balazo Vendedor de Hallacas
Por Policía Ebrio que se Dio a la Fuga

se supone que al llegar a la hondonada sacó al viejo industrial y lo machucó a culatazos, el cadáver presentaba magulladuras innumerables y el cuero cabelludo era un lago de sangre en el que sobresalían cabellos arrancados a jirones la PTJ busca activamente a

yo no sé si la juventud puede hacer el cambio porque todos sabemos que el proceso coyunturalmente imprescindible deviene del correcto manejo de la sublimación de la estructura mediante la debida concurrencia de opiniones similares

LOS TRAJES MONTECRISTO DAN DISTANCIA Y CATEGORIA VACARROY ES CLASE APARTE WHISKY CHAQUIER'S ES LA CUMBRE DEL EXITO PESTARLORO TIENE UN MUNDO DE SUGESTION HOMBRIA TEMPLE Y REALIZACION PERSONAL VENGA AL SABOR DE PESTARLORO PEPSI ES UN AMOR

CONVOCATORIA CORPORACION MANDUCA CAPITAL SOCIAL BS. 50.000.000 SE CONVOCA A LOS SEÑORES ACCIONISTAS PARA UNA ASAMBLEA GENERAL EXTRAORDINARIA QUE TENDRA LUGAR EL DIA 18 DE OCTUBRE A LAS 3,00 P. M. EN MORON (ESTADO CARABORO) UNICO PUNTO A TRATAR: APROBACION DE UN CONVENIO DE AMPLIACION DE CAPITAL CON LA STANDARD OIL AND CIA OF NEW JERSEY CUYO PROYECTO ESTA A DISPOSICION DE LOS SEÑORES ACCIONISTAS

nosotros no somos como AD, cursi y sectaria, somos amplios, cobra-y-no-trabajes, cobra-y-no-me-ataques, cobra-y-cuádrate, aprovechen porque no les voy a durar toda la vida, remember Tarre, okey? (de una campaña política, diario El Nacional, Caracas)

lo importante no es fundar una institución muchas madres que paren a sus hijos después los abandonan y sacrifican lo importante es mantener los fundamentales principios fortalecer la institución creada y ser siempre dignos y leales —(CRUZADA CIVICA NACIONAL)

compañeras y compañeros delegados: debemos pertenecer a una organización que pelea por la justicia y no formar parte de un cónclave servicial y dócil a los pies de los poderosos enfrentarnos a un duro destino de privaciones y sacrificios ir llenando una impecable hoja de servicios una brillante y aquilatada licenciatura de persecuciones y sufrimientos una misma e inquebrantable lección de altivez y dignidad en la lucha contra... (Diario El Nacional, Caracas, sábado 4 Noviembre 1972, D-12, Publicidad, Palabras de Miguel Otero Silva en un mítin público)

este pueblo es sobrio hasta en el delirio de los placeres, de ahí que se había establecido un ceremonial de festividades inacabable que servía tan sólo para distraer los ocios de los amos de la colonia.

podría haber sido en aquel aura el drugstore los gringos depositaban monedas falsas y en el sueño tus pechos chorreaban ambrosía con sabor a coke pero no fue entonces ni tampoco al borde de la gran pirámide de la Luna cuando subías Teotihuacán encorsetada y pusimos nuestra ofrenda corazón caliente en el ocoelocauhxicalli al Dios Sol en Avenida Libertador María Lionza encabritada sobre su corcel y el brujo trazando círculos concéntricos pasado presente futuro

**¿ES USTED ALERGICO A LAS
PICADURAS DE INSECTOS?
TOME LAS SIGUIENTES PRECAUCIONES:**

nunca lea a Benedetti ni a Lezama ni a Charles Marx
antes de hacer el amor

en cualquier lugar las masas están integradas en general por tres categorías de personas: las relativamente activas las intermedias y las relativamente atrasadas (MAO)

DIVORCIOS INTERNACIONALES.—Rápidos económicos seriedad garantizada Lic. Villegas Lic. Coello Now at South Insurgentes Ave. No. 300-1614. Tels. 512-02-26, 513-43-84, 574-00-36 y 574-00-41, México, D.F.
VIRGO.—Agosto 23 - Septiembre 22: Trate de ser más comunicativo El reservarse sus problemas le puede afectar Aprenda a amar sin cortapisas

MEXICO FUE EL PRIMERO en dar al viejo mundo los siguientes productos: flor de nochebuena henequén hule jitomate maíz papa papaya petróleo piña tabaco vainilla aguacate cacahuete cactáceas calabazas camote cemento chile chicle chocolate dalias frijol

PUCHI MICHOACANO DE MAIZ AZUL O COLORADO se pone a remojar el maíz desde la víspera al día siguiente se muele en el metate muy bien y se baja con leche procurando que se despegue toda la pasta que está en el metate se le agrega a esta pasta el resto del litro de leche y se pone al fuego cuando está caliente se retira del fuego y se cuele Ya colado se regresa al fuego agregándole la taza de azúcar y la hoja de naranjo o el agua de azahar al gusto Se deja hervir a fuego lento moviéndolo hasta que tome un punto espeso Cuando al moverse se ve el fondo del cazo se retira del fuego y se vacía en los moldes que se desee y se deja enfriar a que cuaje Este postre quedará con la consistencia de gelatina y se sirve frío
Ingredientes: 1/2 kilo de maíz azul o colorado 1 litro de leche 1 taza de azúcar 1 hoja de naranjo o agua de azahar
Copyright Lupe H. de Muñoz de Cote NO-
VIEMBRE 8 Victorino Severiano Carpóforo Godofredo
No olvide enviar flores

PECULIARIDAD DE ACAPULCO: Es una lagartija casi transparente que aparece en las habitaciones al obscurecer llamada Qüita Mata toda clase de insectos son inofensivos y valiosos al ser humano por lo cual no hay que lastimarlas

mi hermano noviembre plenilunio la isla adiós jesse james justiciero estás haciendo falta

¿sólo así he de irme?
¿como las flores que perecieron?
¿nada quedará en mi nombre?
¿nada de mi fama aquí en la tierra?
¡al menos flores al menos cantos!
(Cantos de Huexotzingo)

ALBERTO OMAR

Nace en Santa Cruz de Tenerife en el año 1943.

Ha publicado en novela: LA CANCIÓN DEL MORROCOYO, Premio de Edición de la Caja General de Ahorros de Santa Cruz de Tenerife.

En prensa la obra teatral "SE QUE NO SON PULGAS NI GUSANOS..." Premio de Edición del Aula de Cultura del Cabildo Insular.

Ha publicado ensayos, cuentos, poesías..., en revistas y periódicos.

En la actualidad trabaja intensamente en narración.

POETICA

Creo que el hombre es un "lujo" para la Naturaleza. Mantener durante tantos siglos este "lujo" le ha acarreado muchos disgustos. Creo que ya no está muy dispuesta a seguir soportando tanta carga. La "contranaturaleza" resulta del deseo de subyugamiento del hombre hacia la naturaleza, del deseo de superarla. La verdad es que esa actitud decanta en relaciones crueles, relaciones crueles que no se relacionan sólo en contra la Madre Naturaleza, sino en contra, sobre todo, de las naturalezas humanas. Mis escritos, hoy por hoy, evidencian, y es una preocupación constante, el efecto que esas relaciones crueles producen en los hombres, pero en los hombres tiernos.

**"LOS MUERTOS COMO ALAVAROS VAN Y DE
RONDON SE PONEN A MORIR EN PAZ"**

**"Tin marín de los pingüelos,
cuca la mata títere fué"**

Canción infantil

PROLOGO

“Los muertos no sufren. Ni sufren, ni ya nunca más se harán pis en la cama, ni habrán de abrir sus ojos inopinadamente ante cualquier brusquedad del espíritu, ni tendrán que decir cualquier día: ¡no puedo, no puedo más...!” Los muertos como Alavaros, van, y de rondón, se ponen a morir en paz. Una mañana cualquiera los muertos como Alavaros se levantan, saliendo de entre sus sábanas removidas entre terribles pesadillas, y, mirando sus desnudeces reflejadas en las lunas de los armarios de sus habitaciones piensan en voz alta “los muertos no sufren”. Y se echan a llorar siempre para adentro. Los muertos como Alavaro, los muertos antes de tiempo, los acumuladores de frustraciones, los que ya no tienen un solo trozo del alma sin desgarrar —hecha tiritas el alma, es estopa seca que el fuego hacia la destrucción acaricia— nacieron como cualquier otro en un día de no importa cuándo, de día o de noche, pero siempre hace muy poco tiempo. Los muertos como Alavaro son muertos de la calle; no han hechos guerras (no han muerto en ninguna de ellas) ni han aprendido a hacerlas. Quizá son productos de campos de batallas, de cientos de miles de tierras hervidas en otros tiempos de la desmemoria. ¡Quién puede escaparse a las herencias! Los muertos como Alavaros aún tienen la piel tersa, y el hígado, aunque maltratado por el exceso de alcohol, filtra hálitos de vivir, pero cada día

los últimos. Un muerto como Alavaros puede ser reconocido al volver de cada esquina, en lo alto de cualquier monte, sentado en alguna escalinata (raída la piedra por los años, con la fuente eterna al fondo) andando a siete pasos del suelo, con los pies rozando las cornisas de las casas más bajas, sentado en su sillón de ahorcado, agarrotado su cuello con una cuerda o una corbata tirantes desde allá arriba de la lámpara, al uso del eterno desvivido.

Quizá Alavaro sea de frente amplia, de nariz recta terminada en punta, con sus ojos abiertos, como asombrados, pero hundidos en las cuencas orbitales hasta el alma. Quién sabe de su boca: carnosa, muy perfilada, unas veces dejada al relaj del pensamiento, otras apretada en rictus para el mejor aguante de lo doloro. Puede que Alavaros sea ni alto ni bajo, que más da, entre pícnico y atlético, de pelo negro y alborotado en imitación de rizos. Que pise unas veces fuerte, y otras marque lentamente al paso el abandono de su espíritu. Quizá algún amigo, alguna amiga en quienes descargar sus ansias de aproximación. El resto: soledad.

A Alavaro le pinchan los torbellinos. Primero le agarrotan en un puño el corazón, luego le ascienden por las carótidas, se relajan en el cerebro, pernoctan en la duramadre, y acaban solazándose en todas y cada una de sus circunvoluciones cerebrales. Los torbellinos son pedazos de sogas que atan las almas de los Alavaros; los torbellinos se acumulan, no salen al exterior, cobran densidad y amenazan con una eclosión total. A veces Alavaros escribe cartas, "mi querido amigo...", cartas a algún amigo que está allá lejos, en el recuerdo, aun pendiente de los años primeros que le vieron unirse en razón de un viaje, en accidentes de universidad, en pláticas de paseos nocturnos, siempre al socaire de una luna llena o al aco-

modo masoquista de una llovizna otoñal. Y escribe siempre así: mi querido amigo. Empieza casi sin saber adonde va a parar. Primero es el pensar que ha de contestar una carta desde no se sabe qué tiempo hace ya que fue recibida, luego es el pensamiento de lo que ha de decirse, y más tarde es el comienzo o encabezamiento. "Mi querido amigo: Siento haber tenido que tardar tanto en contestar tu tan cariñosa carta. ¿Crees realmente que me he olvidado de los buenos amigos? No hombre, no. Sabes que no me olvido de las gentes que han logrado dejar alguna huella en mí..." Alavaros no sabe hasta donde va a llegar, pero ya entra en ebullición: un apresurado corretear por el papel blanco, sangrándolo en sangre azul, en hileras horizontales; un mal viraje del pensamiento y se hace un largo alto en el camino. Se interrumpe la epístola principiada en lo nervio. Se eleva la sensibilidad ingrátida. De nuevo el recuento. Vuelta a leer el pedazo de carta enunciada en los látigos de un esfuerzo primero. Segunda parte: Ahora camina lento y sinuoso el bolígrafo sobre el papel. "Qué decir de mí, que no supongas! Nada ha cambiado desde mi carta anterior. Quizá en realidad algo ha cambiado... en realidad no sé a ciencia cierta qué, pero un algo de fuerza acabada, de inútil pervivencia me arropa. ¡Qué inútil veo todo esto! No sé cómo decírtelo... es... que... ¿sabes?... me fastidia vivir engañado... caer en la trampa... crearme la trampa misma..." Unas veces, rasga el papel y lo echa en la papelera, quedándose la carta sin destinatario; otras, la termina como sea en dos últimas líneas e introduciéndola en un sobre, tras escribir el nombre y dirección del amigo y la lanza afuera de la calle, a través de la ventana, abierta de par en par. La carta, a modo de caminos aprendidos desde siempre, eleva el vuelo una vez franqueado el umbral de la ventana hacia la calle. Los primeros pasos son difíciles y la carta se inicia en unos

tambaleos primerizos, unos aleteos, trompicones contra las cabezas de las casas más altas. Al fin, un volar ágil, ligero, directo. La carta atraviesa la isla en un periquete, se escurre de los vientos más bajos elevándose en perpendicular y cuando ya otea, quizá no muy lejos, la nueva tierra al borde del Atlántico, rebaja su prisa, se aviene al color de los campos, planea cerca de los viñedos más altos (1). Pero son rápidas las cartas que Alaveros echa por la ventana. Pocas pero rápidas. Son latigazos del corazón, quizá estallidos. Luego viene el descanso. El esfuerzo ha sido agotador.

En los Alaveros quedan las huellas de los pasos por ellos de las cosas, de los vientos, de las gentes, de las alegrías y los dramas. Una simple arruguita, una mañana cualquiera, recién asomado a la ventana del espejo del cuarto de baño, cuando se enfrenta con el afeitado, se abre paso por entre los huecos minúsculos de los poros de su rostro. Una arruguita que es como un surco de un disco de gramófono. La arruguita habla. Tiene historia que contar. El dedo índice de su mano derecha aplana la arruga, la extiende, mide el surco con el canto de su uña, desenhebra en lentos pasos atrás el hallamiento de su razón y recobra en segundos las causas de tan fatal nacimiento. El surco habla y Alaveros escucha, doblado en el espejo, el recuerdo de la historia. El bongó entra en acción, el ritmo de la historia se acelera, llega al cenit. La hoja de afeitar se escurre y aparece, donde antes un surco seco, ahora una línea roja, un afluente de sangre.

(1) A veces las cartas de Alaveros hacen de viejas zarpetas, alcahuetas, que noticias hay de sus lenguaraces condiciones. Pues van por esos aires, que digo que sólo a veces, gritando, con su música y todo, el contenido lastimero de los manchones de bóligrafo, hechos palabra, salido del sentimiento de Alavero.

Alavaro pasea y habla a borbotones, quizá para oírse en ruido, quizá para decir (también para eso) sus cortantes verdades. Eso sí, se empeña en gritar verdades, porque cree saberse en verdades, pero es un grito sordo, ¡plof! Un grito casi hueco, sin eco ¡plof! Se pierde (las paredes están acolchadas) lejanamente, se esfuma en nada. El, ellos, sabe, saben, creen saberlo, que todo está agrietado, resquebrajado, que no hay ya eternos valores —aunque eso no sea nuevo— que el hundimiento es total, que están presos, esperando la espera, y se asumen en la responsabilidad de saberse muertos desde el principio (“que la espera sólo es huera esperanza”), sin escape posible. Alavaro, un día, por ejemplo, de la vuelta del atardecer, se topa con la esquina de un amor, de una esperanza, quizá sólo sea de una sonrisa, o un canto del alma en voz de una queja brotada de guitarras. ¡Habría que verlos! Alavaros...

—Alavaro, soy feliz.

Y brota la envidia y la alegría por los ojos de Alavaro.

—Alavaro, ¿no te lo habrás creído?...

Y se penumbra el ánimo, y se tuerce el marcapasos del corazón de Alavaros. Alavaros, a veces, es un perro, un simple perrito lanudito métemeentrepiernas. Su soledad llega hasta tanto. Si ama, volandean sus pies por sobre la tierra, dos pasos por alto el suelo y todo el mundo le manda y todo el mundo le obedece y a todo se allana. Chispean sus ojos, ayer opacos, encabrita el ánimo y galopa al son de cualquier centauro —medio bestia de sencillez, medio hombre por olvidado—. Teme las sombras, los nubarrones hechos experiencias a través de recuerdos malos. Un alto en el camino de Alavaros y de un golpe recupera el suelo,

y éste, simplemente, le acoge como a una manzana caída de cualquier árbol.

Alavaro es un romántico en el sentido más primigenio. Se empeña en querer atenerse a la tan vieja ilusión de la defensa de la emoción. La fe y la fantasía son sus mejores armas, la emoción su cautiverio. Alavaro, hasta cuando se suicida cada mañana o cualquier tarde, lucha por la concreción, por el desgajamiento del hombre-masa. Su rebelión es la desnudez y el suicidio. Odia al amo máquina, desconocido y arrollador, el horario le anonada. Alavaro intuitivo que, si da una vuelta de mirada a su alrededor, lo medible, lo estructurado en valores, lo acogido en el seno de la mecanización, le despersonalizaría. Por eso anda cerrando los ojos, dando trompicones contra las aceras, rompiéndose la cara contra los muros.

Un jueves de santidad, un lunes de sombrío maleficio, o un viernes de afectuoso suicidio, Alavaro toma la determinación de pronunciarse en rebeldía y opta por desnudarse en plena calle o por ahorcarse en el pasillo principal de la oficina mañanera, ante el estupor de transeúntes y compañeros de trabajo. Quizá su gran defecto estribe en el sólo pronunciamiento de unos inicios de rebeldía, pero cree con ello unir dos elementos bases para el allanamiento de los pueblos: la muerte y la desnudez. En la muerte cotidiana preña su ser de nueva vida. Su existencia entra, así, en el campo del entredicho. —Cuando no sea capaz, un día cualquiera, de morirme y salir a relucir nuevo, desarropado de cualquier adherencia... me ahorcaré. (2).

(2) Pero lo que no sabe Alavaro es que se ahorca cada vez, cada día, en la oficina, en el monte, allá arriba del más bello árbol. Su vuelta al mundo de los vivos es un milagro: el día que no sea capaz de volver a su ser, quedará colgado, en péndulo, esperando la putrefacción total.

¡Había que ver a Alavaros totalmente en cueros, rompiendo la norma, buscando la unión de los pueblos! Es un payaso, es un espectáculo; es hasta un payaso. Y se ríe, y se ríen las gentes, y se ríe el mundo entero con Alavaros. Pero Alavaro acaba tiñéndose de pena, ese color que tiñe a los pueblos. Recoge sus ropas. Las cuelga en su cuerpo. Tapa su naturaleza. Y, lentamente, camina el camino que lleva más lejos. Mientras, lleva por dentro un grave desconcierto.

(Vayamos a la escena: va de paso lento. Alavaros se detiene al borde de un parque, en el centro de la fuente de los gansos y las palomas. Mira y ve un mundo completo de inocencia. Se acerca al mundo repleto de inocencia).

Alavaros.—Se acerca a un niño. Le habla muy quedo, siempre sonriendo) Mi alma, mi bien... cincela esa sonrisa en tu rostro. Saca millones de copias de ese mirar nuevo y escúpelas al viento... que quizá los vientos de otoños nos los traigan como nuevos... Angel, mi alma, ¿ya te enseñaron a decir no, ya tus recuerdos son malvas, del color de la pena vieja, ya tu cuerpo ha aprendido a ser saco para la frustración? Mi alma, mi ángel, no me digas con sólo tu media palabra, que ya has aprendido a ser un muerto... muerto... perdona mi bien... que estoy borracho... toma... anda, cógelo... sólo es un caramelo...

Otras historias son las de las noches de Alavaros, pero... ¡sí, al menos diremos esto! El, ellos, Alavaro, Alavaros, se mira en el espejo del instante, ya bordeando la muerte del día viejo. Se abre al espacio su

cabeza aventada por los humos de vino añejo, y le irradian soplos de eternidad, de hombre agorero. Se planta en el valle, o entre los cañaverales de la Vega, quizá al pie de un edificio esbelto. La noche de telón de fondo. Le trota el mundo por su cabeza, hasta los rizos de su cabeza cobran movimientos. Junta las manos, eleva su hocico afilado y bello, menudea con el olfato el tempo del ambiente, chasquea la lengua en el paladar..., se eleva del suelo. Cimbrea su cuerpo al son de los trigales y al compás del viento, bombea el pecho resoplándole el alma desde los pies hasta la raíz de los cabellos... y rompiendo con todo lo previsto se orina en sus calzones. Es un acto bello. ¿Imaginan? De noche. Sin luna, o con luna. El rostro de Alaveros es la luna. Se eleva. Entra en movimiento. Y mientras las cámaras de televisión le enfocan, esperando algo nuevo, adentrándole en todos los hogares, expectantes a las gracias beatíficas del joven burro viejo, en ese preciso instante en que todas las cadenas de radio transmiten en directo las payasadas del oráculo histórico, ¡oh, bello acto! Alaveros se orina con chorro muy lento...

CAPITULO UNICO

Es de mañana y hay olor a sahumero en la casa. Alavaro se levanta, como siempre, con una gruesa pesadez en el estómago, con un dolor de cabeza que le atenaza las sienas, y un sabor raro, agrio y pastoso, en la boca. Se hace un hábito, rodeándose el cuerpo desnudo, recién levantado, con la colcha de la cama, y, medio a trompicones, muy lento, sale de la habitación. El olor a sahumero es fuerte. El cuarto de baño está al fondo. A dolor de parto, anda que te anda los ladrillos, lento a cada paso, agarrándose a las paredes, y de fondo, en su mente, recordando el sueño que le había despertado. Es una mañana cualquiera, el corredor largo, el cuarto de baño al fondo, el espejo duplicándole el rostro y un fuerte olor a sahumero, mientras el martillo pilón del ensueño le yunquea en la fragua de sus recuerdos.

Hoy, como cualquiera otra mañana, una nueva arruga se ha abierto acomodado en su rostro. Y Alavaro recorta en su tez muy pálida un nuevo río de sangre. A cada arruga, una cicatriz. Alavaro pocas veces se habla en el espejo, sólo se mira muy fijo y muy extraño. Pero hoy ha empezado como una perorata de letanía, muy quedo, muy grave, muy pausado. "Los muertos no sufren, ni ya nunca más se hacen pis en la cama, ni habrán de abrir sus ojos inopinadamente ante alguna brusquedad del espíritu, ni tendrán que decir cualquier día: no puedo, no puedo más".

La navaja primero incide en la arruguita mañanera, luego tuerce a la derecha, al rato salta a la nariz, más tarde a los ojos (siempre serio el rostro, siempre seguro en el espejo), al final entra en una loca aceleración cortando canales de sangre por todo el rostro de Alaveros. Y aun de pie, pero ya degollado, todo bañado en sangre, su mano derecha vuelve a matar lo muerto, y con saña, a rajarlo rajado.

EPILOGO

Quizá por ser nuevo este de hoy suicidio diario de Alavaros, por ese salirse de lo cotidiano, por olvidar de pronto el continuo ahorcamiento, se siente capaz de recuperarse en el espejo. La plata que le duplica reenhebra la cuenta atrás y coloca en su sitio el rostro sangrante de Alavaros. ¡Pero que nadie se llame a engaño! Alavaros había terminado sus posibles recuentos, todo en un santiamén, sin siquiera tener tiempo para el recuerdo. Había querido revivir, en el poco tiempo que tomó acción propia y voluntaria su mano derecha, cerrada en puño alrededor de la navaja, los actos capitales de su existencia. (3).

Y revivió. Renació de entre sus propias cenizas, todo por puro milagro, chuleándose de la sangre y el cementerio. Hoy, quizá sea un monstruo, ya casi ni siente, casi ya apenas padece. Aquel día de la sangre a borbotones en el espejo hubo de salir a la calle, como todas las mañanas, y también hubo de recorrer todos los recovecos de la pequeña ciudad camino de

(3) Alavaros siempre había leído en las novelas que en los últimos verdaderos instantes del hombre todo su ser se transformaba en recuerdo. Alavaros ya estaba muerto. ¡Y tanto lo estaba, que sólo le bastó eso, es decir, matar a lo muerto!

la oficina. Aquel mismo día, después de media hora de haber salido de la casa, se encontraba Alavaros plantado frente al dintel del edificio de la oficina. Se había plantado como un drago, casi eternamente, hasta que sus raíces cobraron la podredumbre de lo viejo. Y plantado aguardó a que todo el edificio, cuan largo sus siete plantas y cuan pesado su peso, se aviniera a ser polvo molido y quebrado hierro.

Ya no es nadie. Mucho menos que antes. Sin trabajo, vagabundo, andrajoso, las mismas cicatrices (pues ya no se afeita), sucio y desconocido, casi viejo... pero sonriente pernocta por los parques, se le ve en los huertos —“robador de lechugas”, le llaman— barbado, cansado, estúpidamente sonsonetando canciones de cuna a media voz, jugando con los niños... quizás hasta queriendo matar el fuego. “Mi alma... mi bien... mi ángel... no me digas... que ya has aprendido a ser un muerto...”

Alavaros ni es ángel ni demonio. Da lo mismo que Alavaro se eleve por los cielos.

VICTOR RAMIREZ, Las Palmas, 1944; Bachillerato en los Jesuitas. Primer año de Derecho, carrera que no quiso continuar, y Magisterio. Actualmente ejerce como Maestro Nacional. Su primera producción, algo tardía, ha sido el libro de narraciones *Cada cual arrastra su sombra*, formado por dos relatos. Actualmente prepara dos novelas: *Los alimoche*s y *Flores de estercolero* y un libro de narraciones breves.

CONTRAPESO

Escribo por venganza, por profundo sentimiento de frustración, por punzante rencor ante tanto mal, porque me da la gana, por distraer el rato, por sádicos deseos de crear seres que sufran como los que de veras existen por ahí, por jugar a darme alguna explicación que me engañe algo; por esto y seguro que por muchos motivos más que no alcanzo, ni me preocupo en alcanzar, a ver. Y siempre sabiéndome cómplice del lector; lector que busca corroboración en el autor, corroboración insana a sus insanas perspectivas de la vida.

LA TAZA VACIA

Sonreíste una y otra vez, cuántas veces, creo que sonreías siempre, que jamás dejaste de sonreír. Sin embargo te resulté ajeno y me considerabas tu propio, distante y me tenías próximo, inaccesible ahí tan a mano. Y decías, con el tono de quien hace un favor, y decías que me amabas, te amo, no susurrosa sino desafiante, como quien reta y exige acepten el desafío, te amo, que es lo triste, segura de ti y de tal sentimiento. Yo de cuando en cuando osaba buscar tus ojos con los míos, lo que aprovechabas para acentuar la eterna sonrisa y el brillo de tus pupilas tras los cristales violeta de tus gafas. ¿Y tú?, y yo no decía nada, ¿qué iba a decir?, únicamente un gesto de desvío con la mano y el labio inferior, la vista baja. Hoy pienso en cuánto gozabas con fingido desdén, pero te equivocas: no era fingido, y me preguntaba dónde, que dónde estaría tu intuición femenina, que para qué, esa buena voluntad y mejor fe y ese loable, querías que fuese loable, ese loable deseo de quedar bien con tu Dios y ganarte un trozo más de parcela celestial. No sé si desprecio o si tan sólo vómito de aquellos empeños tuyos en mostrarme el camino de perfección, del verdadero triunfo, de aquellas samaritanas abnegaciones, lazarillo impertinente: ¿por qué diablos continué yendo a esperarte?, abnegaciones que a fin de cuentas eran la moneda con

que intentabas comprar un poquito más de Gloria. Aún recuerdo la hilera brillante de dientes y la puntita de lengua que asoma sin dejar de sonreír, victoriosa, cuando llegabas de Misa, recién comulgada, efluyendo santidad, los libros abrazados contra el pecho, ¡cuánto daño me hacías!

* * *

Y vuelve a abrirse la puerta a sus espaldas, esta vez violentamente, y me levanté, el muchacho se levantó, con rapidez, sobresaltado, temblorosa su sangre, que pareció abandonar las mejillas y buscar asilo en su pecho casi a estallar. ¿Qué hay, p?, no pudo evitar el cachetón, que me hizo tambalear, agarrar al borde de la mesa con una mano, la otra instintiva a la cara, una lágrima indócil colgando ya, ni que le cogiera, con cuánta saña, por la oreja, a mí, ya casi un hombre, y lo impeliera contra el vano de la puerta. Aquí se detiene el muchacho y trinca con el mayor de los odios sus dientes, es tanta la rabia que no oye cómo a su detrás se le acerca, y sus ojos al pensar: lo leerá, lo leerá, lo lee. Ni aunque hubiera querido, habría esquivado la patada en el trasero que casi me hizo rodar escaleras abajo: a despachar, gandul.

(Fragmento)



A Jorge Rodríguez Padrón y a Pizka

El primer par de toques coincidió con el segundo par de toques del sueño. Luego se dijo que coincidieron en todo, eran idénticos, y que incluso las vocecitas cascadas que atravesaban la madera parecían la misma. Por eso ni me moví, temiendo perder el trocito de calor sobre la sábana. Sin embargo se encontró, se sorprendió, con los ojos enteramente abiertos y mirando la pared del fondo, y caí en la cuenta que por el intersticio superior de la ventana, a mi espalda, se colaba una rayita de alba que agrisaba por momentos, y a pesar de mi miopía, este dormitorio que, cuando entro en él, huele a cigarro viejo y a pies sudados; sobre la cómoda, desvencijada y ruidosa desde que la tocas, preví los pantalones hechos ovillo. El sueño, recordando después, era la reposición de algo sucedido en el pasado, creo que con pocas variantes, y enseguida oí otros golpecitos tímidos de nudillos infantiles que me obligaron a gritar bajito, temeroso a despertarme estando despierto, incongruencias, ya voy, un momentito. La puerta habló un telegrama para don Miguel Remedios, un telegrama, y en el sueño había hablado con el mismo tono entre ansioso y hostigante, con idéntico timbre enronquecido y algo vibrante, como si rencoroso o amable, Miche, Miche, a mamá se lo digo, te vas a condenar, te veo, te veo por el agujero de la cerradura, pero era otra puerta, más linda y con toallas colgándole en un perchero que

abuelo, un domingo de visitas, colocó refunfuñante, tu padre no sirve para nada, Miguelillo, para nada, mi niño, todo lo deja a tu abuelo, y él a jugar barajas, y se quejaba de la gente de hoy, que antes se trabajaba de sol a sol. Esta puerta, despintada y llena de grietas, sonaba igual en cambio, telegrama para usted, dijo de nuevo, ya abro, ya, y fui a por pantalones, se me mojaron los calcetines, el piso estaba humedecido, y el sueño, o rememoración, había empezado en el aula cerrada a pesar del calor, aire engomado, ahogante, los que estábamos penados matando el tiempo en soñarreras e imaginaciones, mirando sin ver los libros abiertos por cualquier página, el Bánega allí en su mesa, trincherado tras aquellas enormes gafas verdes que no dejaban ver sus ojos y que te ofrecían tu rostro monstruosamente desfigurado y que ahora reflejaban, paralelos gusanos blancucinos, los fluorescentes, encendidos en pleno día, todas las ventanas ciérrrenlas para que no os molesten el ruido del mar y la escandalera que se armaba en el patio de recreo, y ya a estudiar, gansos. ¿Un telegrama? Y con los índices untados en saliva amargosa restregué las posibles legañas de mis abotagados párpados antes de abrir, abroché el último botón de la bragueta, vamos, vamos, al tamborileo nervioso de los deditos contra la madera, ya va, sonreí al imaginarme que me viera en calzoncillos, ¿y si te ve en calzoncillos?, me dije, y sonreí, yo también tamborileaba con el lápiz, pensando Dios sabría en qué, la otra mano en visera sobre la frente, que crea, claro que no creía, que crea que estudio mientras dejo vagar la imaginación tras el Capitán Trueno o el Cachorro, cuando de repente un balonazo abre el postigo de la puerta a mi derecha, el balón no entró, y un escupitajo de polvo nadando en luz surge entre mis ojos deslumbrados y las deslumbrantes hojas del mapa político de Asia, el libro estaba abierto por la Geografía,

Remedios, cierra esa ventana, dijo el Bánega con su vocecita de plañidera, y me levanté, agarré, empinando el cabo del hilo colgante y a la primera vez no cerré, ni a la segunda ni tercera, ve tú, Miranda, y Miranda, más alto, la cerró a la primera ruidosamente, y de vuelta a la penumbra sofocona, el calor, decía una novela de Estefanía, mi padre leía novelas del oeste y revistas de fútbol, el calor se masticaba y hacía pelota en la reseca garganta de Jimmy o algo así. Abrí y la sombra me tendía un, amusgué la vista para entrever algo, debí ponerme los espejuelos, tía Lupe, decía espejuelos, un papel azulino, es un telegrama dijo, ¿tan temprano? dije ¿un telegrama?, antes nunca había recibido alguno, pensé, ¿y seguro que es para mí?, que sí, lo dejó entre mis dedos, dio la vuelta y dejé de malverla al perderse en la tiniebla del pasillo arrastrando las cholos de la madre, supongo, y dejando a mis narices el efluvio tibio de un madrugón lavado con jaboncillo Lux y recién comprados la leche y el pan, en cambio el olor del Bánega, me había llamado a la mesa con un siseo que obligó a levantar todas las soñolientas cabezas, señaló con la mano, tú, ¿yo? se levantó Reina delante de mí, no, Remedios, y Reina dijo ah y se sentó al tiempo que miraba hacia atrás, hacia mí y sonriente, creo que me guiñó un ojo y no comprendí, luego sí pero en aquel momento no y me sonrojé, ¿a mí? susurré y me levantaba para ir a qué me quería, extrañado, siempre me cortó enormemente hablar con mayores, sintiendo clavadas las miradas de los demás penados y seguro que sus sonrisas maliciosas que no comprendería si las hubiese visto pero que luego sí comprenderé aunque no las vea, el Bánega seguía fingiendo leer aquel librote de hojas gruesas y amarillosas, un marcapáginas de seda verde como el cristal de sus gafotas, sólo me miré en ellas una vez y me ví horriblemente pálido y deformado, frentudo y con los belfos de camello, horrible, horrible, además el aliento, nun-

ca hubo olor más desagradable, a húmeda podredumbre, a pelos de bruja, pensé, pero me acostumbré, o mejor, pero el inexplicable temor lo borraba, digo yo. ¿Qué hora será?, el despertados señaló, luego de ponerme las gafas y mirar, las ocho menos veinte, tan temprano y ya en pie, ni los festivos puede uno aguantar en la cama, siempre pasa algo que te jeringa, deseas que llegue fiesta y luego para nada, que si el chirrido de unos frenos, que si el berrido de la portera de enfrente, que si pan pan del panadero, algo tiene que abrirte los ojos y tenerte como un sopaboba, ahora un telegrama, ¿un telegrama?, y de quién sería, sentándome al filo del colchón, me apoyé, contra el borde de la mesa con fingida confianza y respondiendo con una mueca temblorosa a su sonrisa tranquilizadora, qué por aquí, Miguel, tú tan buen chico, estudioso y de buen comportamiento, en la sala de los penados entre tanta maleza, hombre, y agarrándome el codo desnudo, que sudó frío al contacto lodoso de sus dedos huesudos y palidísimos, parecía moco, dejé copiar a Reina, expliqué, lo dejé copiar y me penó Renato, pero hombre de Dios, si eso está feo, es falta de compañerismo, ser cómplice de un engaño para tu propio compañero, no vuelvas a hacerlo más, casi echándome las salivitas al hablar, su frente tocó mi hombro al agacharse a recoger el bolígrafo que, escapado de sus dedos juguetones, cayó al suelo, y me erguí.

Si el poeta encontrase, quisiera Dios que no, encontrase de veras la palabra justa, sin eufemismos ni retóricas vacuas, la palabra virgen, inmaculada, antes nunca usada, con la que dar el nombre exacto a lo que siento por ti, si de veras la lograrse hallar, Raquel, cielino, (Raquel le dejó llamarla cielino sin pestañear ni hacer ningún gesto) te asegura que yo mismo, ¡oh palabra mágica! (Tampoco se alteró al oír oh palabra mágica, limitándose a suspirar gatuna y a co-

locar mejor la cabeza en el joven, en el regazo del joven), sería el primer sorprendido al verme morir fulminado por tan divino (luciferino, tal vez pensó, Raquel eso al menos pareció indicar el fruncimiento chupón de sus labios recién pintados) haz de sonidos, porque yo (y ahí tuvo que pararse, sorprendido de ver a Raquel levantarse con inusitada rapidez). Calla, dijiste, calla, Dami. Y Dami calló, los ojos como platos, preguntando qué, que qué pasa, Raquel. Siiiis, con el índice en los labios y la oreja derecha alerta hacia la entrada. Sí, Raquel, alguien, sólo podría ser él, sólo él tenía llavín, ni siquiera Dami, ni Rubi, ni Rafi, ni ni, nadie sino el él tenía llavín, alguien intentaba abrir la puerta, pero habías puesto el fechillo (Raquel, previsoramente por costumbre, y hoy se creía segura, pero mira por donde se equivocó, había corrido el pestillo interior nada más entrar el joven de esta tarde, de esta siesta). Escóndete, tienes que esconderte rápido, agarrándole por los hombros para que se levantara con presteza, venga, ahí mismo, bajo el sofá. Y el joven sin atreverse a preguntar, comenzando a sudar tan de súbito, se metió donde dijiste y sonó el timbre a tus espaldas. (Raquel estaba tranquila y se dijo que gracias a que no habían comenzado todavía, que aún les duraba la digestión, miró su reloj de pulsera, cuatro menos veinte, que, si llega a venir dentro de una hora, arreglada estaría, sin tiempo a vestirse ni ordenar nada, además de las manchas y olores, Dios qué paquete, pensó y, mientras, recorría con la mirada todas partes). Mirabas por si había vestigios de hombre, fuiste al tocador a coger el pebetero y con él perfumaste todo, oíste de nuevo el timbre, más fuerte, te sentaste sobre el sofá, no se nota nada, es grande y muy ahuecado por debajo, escondite ideal (a Raquel nunca le había pasado esto, pero una vez será la primera, se decía de cuando en cuando), te levantaste y fuiste al baño a tirar de la cadena, el agua que bajó de la cisterna hará ruido que se oirá a través de la

puerta, él se tranquilizará, Raquel. Calmosamente te dirigiste a la puerta, aspiraste con fuerza aire aromatizado y sonreías al correr el pestillo y al ofrecerle tu mejilla para que te la besara. (El él sí la besó, pero como si no, frío, los labios duros y prietos, la mejilla). Hola, te dijo, seco. Hola, y le ayudaste a quitarse el abrigo, me voy pronto, le oíste, vine sólo por un documento. Será importante, supongo, si te ha hecho venir de tan lejos sólo a. Sí, muy importante, y se metió en el dormitorio. Te fuiste al sofá, y te recostaste en él. Tardaste en abrir, dijo y lo imaginaste husmeando todo, lo sentiste abrir el ropero, la ventana que da a la terracita.

Miguel leyó el telegrama tres veces, no podía creérselo y dijo en voz alta que esto hay que celebrarlo, me meto una duchita antes que nada, con agua fría, que esto hay que celebrarlo, cogí la bata, el jaboncillo, toqué la barba, tengo que afeitarme, la brocha-maquinilla y pasta de afeitar, la toalla, tuve que hacer equilibrios para llegar al cuarto de baño, gracias a que hoy era domingo y no había que hacer cola, los penados salimos en cola desordenada, ya los que jugaban en el patio se habrían ido y nadie tenía muchas ganas de hablar, pero yo sí y me dejé ir junto a Reina, que pateaba un cartucho vacío y pringoso a modo de pelota, los dos libros agarrados por ambas manos y contra los riñones, pásala, dije, y me lo pasó, lo patée hacia él, que sin dejarlo caer al suelo remató al portón abierto que da a la calle, niños, chilló el portero, levantando la vista del periódico, niños, gol de Kubala, gritó Reina, gol de Kubala, señores, gran gol, dando un brinco de tres escalones, los tres escalones que había que bajar, y que yo bajé uno a uno, que había que bajar para llegar a la calle. Duchado y totalmente despierto, Miguel bajó canturreante los setenta y tres cochambrosos escalones que lo llevarían a la acera, donde lo esperaría, como siempre, el va-

por de café caliente saliendo de la cafetería, hoy, seguro, poco concurrida, que está en la planta baja, no pudo aguantarse más y se lo soltó, Reina, ¿sabes qué me preguntó el Bánega?, y Reina sonrió, me miró entornando sus ojillos de diablo y dijo que supongo que sí, sonrojándome, y callé, para qué decirle nada, de pronto queriendo estar solo, me voy por aquí, dije, a un recado, Reina no es curioso y soltó un bueno, y me metí por la callejuela tras el Museo. Me pone una botella de champán, y Carmelina puso gesto de extrañeza, de usted está loco, Miguel, no estoy loco, Carmelinita, no, estoy celebrando un nacimiento, un resurgir a la vida más que nacimiento, eso, un renacimiento, por el camino mi cerebro infantil daba vueltas a las palabras que brotaron de los labios de oveja del Bánega, que luego de preguntas triviales sobre estudios y cine y fútbol fué a donde quería ir de veras, me miró oculto en el inextricable verdor de sus gafas y espetó sin reparos que si te masturbas, ¿qué si me?, que si me masturbaba, ¿y eso qué es? no comprendo, entonces noté que se azoró un poco y por segundos, pues enseguida recobró su color natural, seguro que aduciendo mi ignorancia a cuestión léxica, y siguió impertérrito que si me tocaba la, en fin, si me manoseaba la, eso por donde orinaba, yo casi me asombro al oír aquello, los colores subieron a mi cara, me ardían las sienes, no, no, casi gritándole, asustado, y él cayó en la cuenta de que tenía que reparar en algo lo mancillado, es que muchos de tus compañeros, en fin, han caído en tan denigrante vicio, y yo quiero prevenirte, su voz ceceante, ahuecada, como impregnada de moho, prevenirte contra tal pecado, pecado con el que se profana el templo vivo de Dios que somos cada uno, pecado que debilita voluntades y que arrastra por la pendiente de la más desenfrenada sensualidad, tente puro, hijo, agarrándome por el cuello mientras se levantaba haciendo arrastrar la mesa hacia adelante, la silla hacia atrás y a mí a la

derecha para dejarse paso y decir a los otros que vayan recogiendo y a mí, a guisa de despedida, que frecuentara, ya los frecuentaba, los sacramentos, que orara mucho y que, si lo necesitaba, allí estaba él para ayudarme en lo que se ofreciera, que sí, sí, decía yo, la cabeza gacha, la palma viscosa de su mano en mi nuca. Y acabó con la primera botella de champán sin decir, concretamente, a Carmelina por qué brindaba en hora tan impertinente, y un hombre como usted, tan serio y tan metódico, Miguel, Carmelina, hoy me doy cuenta, de veras, de que es usted, de que eres la chica más linda que nunca vi, otra botella, Carmelina, que hoy es fiesta por partida doble, y no pude resistir la tentación de probarlo aquella misma noche, los demás lo hacen, los demás lo hacen, por primera vez cerré el baño por dentro y no fue en la primera noche cuando mi hermana golpeó en la puerta y gritaba bajito, para que nadie la oyera, Miche, Miche, a mamá se lo digo, te vas a condenar, te veo, te veo por el ojo de la cerradura. Hoy recuerdo que la cerradura no tenía ojo y caigo en la cuenta de quién y para qué abrió aquel agujerito en la puerta del baño casi a ras del suelo. Luego desperté y fueron otros los golpes y otra la puerta, y quizá fueran idénticos, aunque fríamente creo que son jugarretas de la mente, sí, lo más seguro, y a lo mejor, ni lo soñé, y soñé otra cosa distinta que me hizo recordar esto, otra botella, Carmelinita linda, y no se apure, Carmelinita, no se apure, que estoy muy contento, mucho, mucho.

También lo viste entrar en el baño, fisgonear en él, olisquear buscando vestigios delatores. Buen perfume, dijo, el de siempre, dijiste en medio de un simulacro de bostezo, y se sentó en el sillón junto al bar. La respiración de Dani era débil y desde donde estaba él no podía verlo ni oírle, así que Raquel se tranquilizaba. ¿No era urgente lo del documento?, preguntaste. ¿El documento?, ah sí, ya lo tengo aquí,

y se tocó la chaqueta a la altura del corazón. Siempre fue un hombre tranquilo, de los que no exteriorizan sus emociones, regulado en todo, más aún en el placer, y si fueras agradecida reconocerías que todas las artimañas que empleas las aprendiste de él. (Raquel lo conocía desde que era estudiante, lo sabía hombre de los más ricos y extraños de la isla, ya bastante maduro, que solía tener una amante solamente, a la que pagaba, según rumores que resultaron realidad, unas cien mil pesetas mensuales, con dos únicas condiciones, que estuviera recluída en el apartamento y a su disposición y, además que tuviese carrera universitaria, no sabía para qué esta condición, pero tuvo que presentarle el título de Licenciada al proponerle llanamente si quería trabajar, eso, trabajar para él con él. La otra había cesado poco antes. ¿Condiciones?, preguntó Raquel. Y aquí está ella frente a él, silenciosos ambos, respirando con dificultad la densidad del aire cerrado). ¿Por qué no abres la ventana que da al jardín?, le dijiste. Y cumplió tu voluntad, cosa que debió extrañarte. Abrió la ventana. Antes, nunca la había cumplido. Gracias, dijiste. Y no volvió a sentarse, me voy, y se colocó el abrigo. Haciéndote la ofendida con su sequedad, no te moviste y con voz cortante dijiste adiós, ni giraste la cabeza para verlo marchar. (Ya estaba viejo el él, por eso lagrimeó al dejar la estancia. No se encaminó al coche, aparcado tres calles más allá, sino que fué al parque vecino y se sentó en un banco desde el que se veía la terracita que daba a la alcoba. Media hora después, aproximadamente, oyó la explosión. Esta no fue grande, sin exagerar, pero sí suficiente. Quien hizo la bomba, aquí no pasará nada, le había dicho que usted la coloca bajo el colchón, sobre la tabla y justo a la altura de donde descansan las caderas. Que una presión normal de persona que duerme no la hará explotar, que se necesitaba una presión especial, usted ya sabe cuál, sonriendo sin respetar el adusto dolor del viejo, una

presión especial para hacerla explotar. Luego dejaría todo como si fuera una explosión de gas normal y corriente, que aquí no pasa nada. Y lo que no se explicaba, señor, es ese querer ir usted personalmente, pudiendo mandar a otro, a cualquiera de los nuestros. Pero el viejo nada dijo, cogió el paquetito, lo guardó en el bolsillo interior de su chaqueta y salió sin cerrar la puerta. El humo, en gran cantidad y densísimo, salía por el ventanal que daba a la terraza y poco a poco se llenaba de curiosos la calle. Llegarán los bomberos, supongo. Y el viejo no quiso esperar más. Confiamos en que todo siga su curso, aquí no pasa nada, y se colocó bien las solapas del abrigo y partió avenida abajo. Las lágrimas se habían secado con el aire de levante).

El telegrama decía, simplemente, que Raquel ha muerto ayer cinco tarde accidente, y lo firmaba Ruperto S. R., no sé quién es ni cómo supo de mi enfermedad por esa penca, ni de mi dirección y brindo porque se acabó la enfermedad, cojo hoy mismo el avión y me voy a su entierro, otra botella, Carmelinita bonita, no tendrás novio ¿verdad?

MENOS DA UNA PIEDRA

A mi querido amigo Isidro Miranda

Antes de emborronársele del todo, giró su atónita mirada en busca de inútil asidero. No vio dónde agarrarse. Trastabillea cinco trancos muy camellunos, algo zambos, con la sensación de andar sobre el sedoso lomo del torcido sueño de una viuda, según la canción de Mendoza. Se detuvo, oscilante, y flexionó lentamente las piernas hasta quedar de rodillas, ceremonioso, flácidos sus brazos caídos, aplastando tierra con el velludo dorso de las manos crispadas. Luego balanceó durante gomosos instantes, como dubitativo, los ojos ya cerrados, y se desploma al fin con respetuosa gravedad y sin que le diese tiempo a colocarse en cruz.

Más tarde confesaría Martina, confesaría que, mientras, no se había movido: no me moví un pelo de donde estuve, satisfecha aunque una pizca como borracha y observándolo con un extraño detenimiento hasta llegar a difuminarlo casi y confundirlo, a momentos, con el polvo blanco del suelo, y no estupefacta, más bien creo que un poquitillo estúpida, igualito que si asistieras a ese espectáculo que en realidad resulta que no te interesa y al que, mira por donde, atiendes no obstante con embelesada curiosidad, la mirada fijísima y quemona, plantada a su detrás, sin perderle un movimiento, porque él, nadita más recibir el macanazo, dio la media vuelta, así, como paso

de baile cantinfludo, y quedó dándome la espalda, su anchísima espalda desnuda y bronceada, pues ¿no sabías? a mi marido le chifla andar por la casa sin camisa ni camisilla y presumiendo, por supuesto que él te diría que no, y presumiendo con su corpachón atlético, los hombros destellantes si hiciera sol.

Lo golpeó con esto, claro que supongo agarrado por ambas manos, que con una sola creo no pudiera, no vea usted cuánto pesa esto:

se me reía fortísimo,

escandaloso, burletero, casito caballo relinchón, y repite que repite "cobarde cobarde", viéndome con el martillo en las manos, sin hacer caso a mis amenazas "no me provoques no me provoques", él no me conocía bien por lo visto, que yo no me reía y debería haberse dado cuenta de que maldita era la gracia que me hacían sus chanzas, todo allí por los suelos, tanto tiempo aseándome para nada, para que venga el endino a echarlo a perder con sus boberías, siempre de gracioso, sin personalidad ninguna de hombre y sin que se diera cuenta de que la rabia no es cosa de un momento, sino que es cosa de muchísimos, uno detrás de otro años y años, de muchísimos momentos, pero ¿él? él nada, de esto no sabe nada, él sólo sabe de echársela por ahí con sus camisetas apretaditas, de mangas cortitas, para que todos vean qué mollereros gasto, qué pecho, el muy presumido, como si yo no supiera lo suyo con extranjeras, claro que una tiene hijos que mantener y es honrada, que si no ya sabes.

El mazo se le escurrió de las manos sudorosas, no por flojera que le entrase al ver lo hecho, no, más bien porque se le olvidara sostenerlo y de que pesaba lo suyo, a punto de majarse un pie la pobrecilla. Y si de algo se arrepiente Martina, y si de algo se arre-

piente, es de no haberle sacudido mucho antes y muchísimo más fuerte, pues poco es para lo que se merecía el bandido ese, hombre. Lo que sí la invadió fue una especie de soñarrera, seguro que cosa del tiempo, pesado, el cielo lleno de nubes barrigudas, pero bochornoso, y a veces se extraña de que no le pasara por la cabeza preguntarse, acercarse a ver, si lo había matado.

"Ya se lo cargó", se susurró Guzmán, divertido y luego de escupir el millo que chupaba desde el amanecer, "ahora sí que se lo cargó. Bien hecho", al verlo allí, botado, inmóvil, el martillo pedrero entre los pies descalzos de la Martinilla, erguida, arrogante ¿arrogante?, sí, arrogante, "¡qué mujer!", el susurro le provocó una tosecita que acierta a callar con la palma callosa de su única mano, no fuese ella a oírle y saberlo aquí, espiondo, "y el polvo de la vida crujió de placer al sorber tu sangre", canturreó mentalmente mientras pugnaba por colocar, trémulo, la colilla entre sus desdentadas encías. Martina vuelve a mirarse los pies con el fin de avivar su rabia.

Y vio cómo el barniz que recién había dado a sus uñas era una costra de tierra granulosa:

yo bien tranquilita que estaba bajo la parra, creía que sola, pues él debe dormir a esas horas, y me arreglaba los pies la mar de entretenida

Guzmán logró afirmar la colilla. Secó un moquillo picón y se restriega la nariz con cierta alegría.

cuando va el caballero y se me acerca por detrás, silencioso, siempre jaranero él, y no se le ocurrió otra cosa que estallar, qué susto, que estallar un cartucho lleno de aire y pegado a mi oreja, no vieras el chillido que pegué

Por si acaso, Guzmán, cuando esto, había cerrado un poco más, con cuidado no chirrié, la desvencijada portezuela del postigo.

y vieras cómo rodé por los suelos, tan lavadita que estaba, y ver todo tiradito, derramado, Dios qué odio, qué odio.

Ahora, en la mohosa penumbra de la buhardilla, que a algo extraño huele hoy, y sin apartar la vista de abajo, de Martinilla en el patio, Guzmán echaba mano ciega a la cajetilla de fósforos, introducidos sus engomados pulgar e índice en el bolsillo trasero del raído mono azul de Luisín, el puchito adherido ya a sus labios, "qué agallas de mujer, ni agacharse a ver cómo quedó el marido". Pero lo mejor fue hace cosa de un par de meses, que esta mañana no ha sido gran cosa, sólo una poca de muslos y algo de los senos, poco. Aquella mañana, donde mismo lo ven, pero de pie, Guzmán esperaba como de costumbre. Empezó por los brazos, hasta los hombros, el cuello y lo alto del pecho, la cara y cabeza las dejaría para el final, luego las piernas, no te esperabas eso, no, verla justo enfrente, de súbito, como adrede, pero te hacía durmiendo, tú le dices que a dormir cuando te preguntaba adonde va, sí se creía sola, los niños en el colegio, Luis en el taller, Richa descansando, tú durmiendo, y viene y se coloca enfrente mismo, despatarrada sobre el bañero, la falda toda arremangada y prendida a la cintura, aseándose la entreingles, casi te desmayas falto de resuello. Y por única vez Guzmán pensó decidido en ahorrar, ahorrar para hacerse con unos prismáticos de aquellos que tenía el caballero cuando su paseo por el malecón a presenciar la regata de botes y, muy educado, fue el señorón y lo mira sonriente y luego se los alarga con gestos de suficiencia "tenga, tenga y vea", "oh no, no, señor, muchas gracias pero, no faltaría más", "ande, ande", y ya ten-

día Guzmán el brazo con delicada avidéz, los apresó firme, no vayan a caerse, y se los llevó a la cara, le costó afirmarlos contra los ojos, regularlos, el caballero, gentilísimo, le ayudaba, "¿bien ya? ¿vale?" "sí sí", eufórico como un chiquillo, y los barcos tan lejos que estaban te parecen ahí mismito, hasta poder ver qué comían los tres marineros aquellos.

Notó cansancio en las corvas, demasiado tensadas, y decidió Martina ir, levantar el taburete, las cosas se recogerían luego, y sentarse y esperar a ver qué. Por fin Guzmán había trincado la caja de cerillas y extraído de ella un fósforo, al que, sin perder la atención hacia el patio, intentaba hacer prender contra las rugosidades del alféizar. Y quiso su sino que lo lograra, pobrecito, al tiempo que una araña cayera de la parra justo hacia el escote de Martina.

Guzmán no alcanzó a divisar la araña. Tampoco advirtió que Richa, en el suelo, se movía apenas. Lo que le sacó de quicio fue ver a Martina, de súbito, levantarse como aguililla fogueada y quitarse la blusa con presteza, casi a desgarrones, sacudirse con manotazos, meter los dedos en el sostén, dejar un pecho albísimo fuera. Y se acuclilló Guzmán. Y se acuclilló, abandonando el cajón, embebido, amusgando la vista hasta los linderos de la imaginación, soflamados sus cachetes, sus sienes, y osado como nunca al abrir un poco más el postigo. De pronto, sintió el imprevisto y fatal mordisco de la llamita del fósforo en la yema del pulgar. Y no se entretuvo Guzmán en registrar que el último testimonio humano que oiría iba a ser aquel inocente ¡caracho! emitido por su sorprendida vocecita gangosa y mientras se sacudía de encima aquel inesperado colmillito de fuego, minúsculo y fugaz cocuyo que atravesará parabólico la penumbra hacia el maloliente vómito de crin del despanzurrado colchón de su Genara en paz descanse.

¿Y dices tú que era de tea? Sí, era casona antigua, de tea su mayor parte, sobre todo en lo alto. ¿Y lo del petróleo? Es que, por lo que se dice, aquella misma mañana, Martina subió a la buhardilla, quinqué en mano, a conseguirle unos trastos a su hijito Ricardín, para cosas de la escuela, trabajos manuales por lo visto. Ya arriba, se le ladeó el quinqué, se desparramó petróleo sobre la crin y, en fin, ya has visto. Las desgracias, hijo, las desgracias.

Martina no tuvo tiempo de saberse asombrada ni de apreciar cómo su marido empezaba a incorporarse poco a poco, gimiente. La enorme, repentina llamada había surgido como por artimaña del diablo, amenazando tragarse todo el edificio en lo que se restriega el ojo. Y corrió como enfebrecida hacia la casa coronada de fuego. Richa, incorporándose, sin salir de su estupefacción, guiñando la mirada, sacudiendo primero el polvo de los pantalones, incrédulo aun, tentándose luego el enorme chichón de su frente, la vio perderse, iluminada, el torso desnudo, por la puerta de la cocina, en la que aparecería al rato con un envoltorio contra el pecho y gritando "¿y mi abuelo? ¿y mi abuelo?", volviendo de vez en vez la cabeza, sudorosa, el incendio ya apoderado de todo el edificio, tentáculos de fuego en todas las ventanas, Richa, anonadado, volteaba la mirada de su mujer a la casa, indeciso, sin saber qué hacer, "¿no estaba en su dormitorio, no estaba!", gimiendo, y su hijito bebiendo entre sus brazos, contra su seno.

Hay una canción de Virgino Mendoza, el cubano, que dice, tú se la habrás oído seguramente. Vamos a ver cuál. Sí, que dice

De los sentires del hombre
explicación no pretendas,
que, por muy sucio que sienta,
mucho menos da una piedra.

¿Y qué? Pues que no la entiendo, viejo. Ni yo.

Martina, Richa la sostenía solemne contra su tórax, sollozaba. No había otra solución que admitirlo: aquel espantoso muñequito manco de carbón que retiraban de entre los escombros de la casa derruida eran los restos del abuelito Guzmán.

* * *

EMILIO SANCHEZ-ORTIZ

De una obra —“*Cuentos*”, “*Un domingo a las cinco*” genéticamente esteticista, calificadora de una posición ingenuística a ultranza —confianza en “el otro”, desconocimiento del compromiso, del “vivir en peligro”, dependencia del paternalismo doméstico, familiar o amical— producto de una didáctica encubridora, fuimos a dar de manos a boca con la realidad social que nos circunda. Consecuencia: dolor, angustia, concienciación del engaño y la única reacción que nos es permisible y que Lope definió gráficamente como “cólera del español sentado”.

Ya a partir de “*Las primeras horas*” he intentado testimoniar acerca de una situación

social que posibilita un estado existencial dado a la manipulación clínica, a la trampa y al absoluto desconocimiento de la caridad, para lo que he usado de la acusación, sin ínfulas moralizantes, en un intento —ya sé que inútil— de desenmascaramiento de lo que considero —en mi verdad— castrador, perseguidor del amordazamiento, la ceguera, el sueño cobarde, la inoperancia, para proseguir inmolando cómodamente y desde unas estructuras hipócritas el amor, la verdad y el progreso del espíritu en aras de unos intereses que me resultan vergonzosos. El paso ha sido trascendente: del ser angélico —¿por qué no?— al hombre como pasión inútil. Ha brotado lógicamente, una literatura agobiante, convulsiva, irrespetuosa, conflictiva “Escapar de este silencio”. “Hoy, como todos los días” y el inédito “Método para malvivir”— sin que el sentido de pecado entre en esta controversia, como en su día, certeramente, dijo Pérez Minik.

No sé si será necesario o no lo que hago, pero alcanzo a escuchar los ladridos de los perros y se me enciende el pecho de tristezas.

Si tuviese que buscar un lema para mi vida y mi desmebrada obra no dudaría en utilizar el verso del amado maestro Unamuno:

“Quiero mi paz ganarme con la guerra”.

NO, NUNCA MAS, OLVIDADO

**“Considerando también
que el hombre es en verdad un animal
y, no obstante, al voltear, me da con su tristeza
en la cabeza...”**

(César Vallejo)

¿Cómo dice? Agua... No. Aquí no... ¿Quiere un refresco? ¿Unas pastillas dice?... Sí, un poco sorda... Un poco más alto... Sí, sí. Bien..., ¿unas pastillas?... ¡Ah, ya!... Lo mismo es con un refresco... Sí, claro.

Tragó. Tenía que aliviar el dolor de cabeza. Dejó el estuche con la escopeta sobre las revistas y asió la botella por el gollete hasta acabar con su contenido.

Cinco pesetas... Sí, esto todavía está barato... Claro que con lo de la devaluación ya subirá... Claro... ¿Un librito o alguna revista? Busque... Busque... Está en su casa.

Levantó el estuche y curioseó. Las brillantes portadas le espejearon en las retinas. Una revista con un fotograma de "La Noche", otra en francés: Monfreid: l'aventure fut ma vie, en colores vivos, y la portada roja y negra de una novela de Bradbury.



Setenta y treinta: cien. Sí, esto es más caro. Si es lo que yo digo: hasta leer cuesta caro. Me gustaría poder regalarlos. Y tener cola... Bueno, señor gracias... Buen viaje.

Hacia la entrada de andenes. Al vencer el último giro de la puerta le anegó una tufarada agria. Una masa de gentes nerviosas pululaba bajo un techo de humo que aureolaba sus cabezas y ascendía en gudejas hasta perderse en la oscuridad lejana del cielo de cristal, a través del cual el atardecer envejecía en paz. La instantánea le retrotrajo a los amarillosos dibujos de su Biblia. Las cristaleras chorreaban unos sucios rosarios de hilachas negras que se entrecruzaban y abrazaban como telas de araña y a través de ellas, adormecido y cansino, viajaba un definitivo rayo de sol. La estampa traspasada a una infinita paramez y a la plumilla de Doré podía muy bien recordar la caída del Maná. No acertaba a adivinar por qué esto le afirmaba en la esperanza.

Le limpiamos, señor. Sólo por un durito... Ande, señor... ¿Va para Irún?... A éste, ¿verdad, señor?... Hay tiempo... Un segundito y brillando...

Dos locomotoras resoplaban arropadas de unos dedos escuálidos de vapor que se deshacían en hila-das hasta el suelo. Se ensimismó en este detalle sin importancia. Alguien daba calor a la piel de sus zapatos. Recordó los versos de Withman: yo no soy esto que está entre mi sombrero y mis zapatos, o algo así. Gran hombre, de los de verdad. Un soplo de su fuerza y todo habría sucedido de distinta manera. Isabel, tan terca como siempre. Un poco de Withman y...

Un durito, señor... ¿No hay propi?... Para un cafelito... Claro. Se lo juro... Ya lo sé. Perdone, señor. Muchas gracias... Y buen viaje.

Subió los peldaños que le separaban del pasillo de entrada al vagón. Lentamente, por el estrecho túnel, fue comprobando la numeración hasta dar con su asiento. Ya, dos señoras gruesas, de unos cincuenta años, y un joven, ocupaban sus sillones.

Buenas... Buenas...

Se sentó y encendió un cigarrillo. Ojeó las revistas. No podía concentrarse, ni apenas distinguir los fotogramas.

(Otra tontería más. ¡Quién sabe cuándo podrá terminar todo esto! Hay que cerrar los ojos y no pensar. El presente es lo que importa. Beck es un director consecuente y... Consecuentes debimos haber sido los dos. ¡Este desgraciado temperamento...! El uno para el otro, el uno para el otro... ¿Qué querrán decir con toda esa palabrería?).

El jovencito miraba el estuche de la escopeta. Parecía querer traspasar con los ojos la piel que la cubría.

(Se cambiaría por mí. Una escopeta. Un hombre solo y al parecer en buena posición económica... Voy..., sin una palabra más. ¿Y detrás?..., no suponía lo que escondían las apariencias... Me cambio, sin pensarlo un segundo, con los ojos cerrados. Y en el "ABC" que estaba desplegado sobre el asiento de enfrente encontró la frase de Lacordaire. Tout être qui naît, naît avec un droit).

El pitido traspasó las vagonetas y se perdió entre chirridos de ruedas. Las dos señoras abrieron los bolsos al unísono y los dedos se les rajaron entre cuentas de rosario. El joven se levantó.

¿Tiene fuego? Gracias... ¿Quiere un cigarrillo?

Abrió la novela de Bradbury y encajó las pupilas en las apretadas líneas. A veces, oía el murmullo beateril de las dos señoras; otras, parecía sentir los rieles bajo sus plantas, las más, Isabel le nublaba los ojos, y tenía que hacer un gran esfuerzo para retornar a la concentración.

La puerta chirrió sobre el rodamiento.

Billetes por favor, gracias... Sí, señor. Dentro de diez minutos. O quizás un poco más... Le da tiempo...

Se levantó. Recogió el estuche y salió al pasillo sin despedirse. Tres o cuatro parejas permanecían de pie en él. Fumaban contemplando el paisaje que apenas se recortaba en la noche ya cerrada. Atravesó dos vagones más hasta llegar al coche restaurante.

Con leche... Un momento... En un instante... Buena noche, verdad. Poca gente viene en estos viajes. El negocio no es una cosa del otro mundo... Me iría de caza con usted... Soy de Toledo..., allí hay buena caza... Buena caza, sí señor...

Investiga el rostro del camarero como si hubiese algo en él que no fuera real. Era una máscara que profería palabra tras palabra; en un idioma desconocido. Y tenía la certeza de que estaba contestando, que en otro mundo se estaba entendiendo con un ser que, en este plano, no pasaba de ser un adorno más del coche-bar. Una masa de inanidad le envolvía conformando una frágil bola de cristal que le impedía escuchar otro sonido que el de los propios latidos de sus sienes. Bebió el café de un sorbo.

Me gustaría ser escritor como usted... Oiga, no crea, yo escribo versos... Es una broma... Los hago mal y luego me río... No, no me da pena. Me da risa. Yo

soy muy bruto pero he leído obras serias... Una de un tal Baroja. ¡Más bestia! Me hacía gracia... Y a veces no lo entendía. Dígame su nombre y en cuanto encuentre algo lo compraré... Sí, sí, ¡pues no faltaría más! Yo compro libros cuando me sobran cuatro perras. Primero es la vida, pues claro..., y los libros muy cerquita, si usted quiere, pero después... Gracias... Sí, aquello es. Ya se ven las luces de la estación... Claro, usted desde ahí no puede ver. Ah, ¿conoce bien el sitio?... Dos años son muchas horas para estos pueblos. Aquí el tiempo va más despacio que en la ciudad...

Recogió la escopeta y fue hacia el portillo. Infló los pulmones de aire que fue expulsando morosamente. Luego bajó un escalón a fin de sentir el fresco en las sienas. Vio como saltaban chispas de los rieles y, al costado, el fulgor de las luces en el horizonte entre el marco que la noche aportaba.

(Diez o quince días serán suficientes. ¡Dios lo quiera! ¡Dios! La providencia. ¿Por qué tendré que hacer esfuerzos con estas dos palabrejas? No podrá resistir. Esta vez voy a mantenerme firme. Y volveremos a los viejos tiempos..., o todo habrá terminado. Es mejor la certeza que la inseguridad permanente...)

Perdón, señor, le ruego que suba al descansillo. Es peligroso viajar ahí y está prohibido... Gracias... ¿Sabe? Yo soy el responsable y si ocurriera algo... Tengo tres hijos y estoy viudo. Si no fuese por una hermana de mi mujer... Ya entramos, señor. ¿Usted se queda?... Buenas noches.

Una voz lejana dijo algo acerca de la hora y de un pueblo, que le resultó vagamente familiar. Descendió cuando, al fin, se detuvo la locomotora. Ya hacia él se acercaba un hombre de mediana edad con pinta de labrador.

¿Cómo se encuentra, don Manuel? ¿Y su señor padre?... ¿La señora no le acompaña? Todos bien... Siento lo de la señora, señor. Está más delgado... Pues lo parece. Será que uno no está acostumbrado a ver la piel blanca. Aquí todo es sol, o lluvia, o viento. En la casona apenas paramos. Cada vez más trabajo. Luis se me fue para Alemania, como usted sabe. Y sus brazos valían. Ahora no sé cómo me las arreglo. Su habitación está preparada. Luisa está deseando verle. Ahora está un poco pachucha. El hígado y los nervios... Demasiado trabajo. Los niños le traen por la calle de la amargura... Juan está fuera con la carretela.

Ya se adivinaban a través de la cristalera las colas del par de jacos que tiraban de la vieja carretela. Un silencio denso se adormecía en el exterior. Apenas un cri-cri, el suave deambuleo del viento, y unas luces cercanas y pobres. Estuvo por preguntar si le habían llamado por teléfono. Era una tontería. No había tiempo. Sonrió. Esperaba, demasiado pronto, una victoria sin condiciones.

Nos alegramos todos. La pena es que la señora no le acompañe. Ya va para dos años que no nos visitan. Ya verá que hermosa está la finca. Y buena caza. Está el vedado que, con disparar un dedo, pare conejos. Descansar es bueno. Sobre todo para usted, señor. Trabajar con la cabeza es muy duro. Mi padre solía decir que los que trabajan con la cabeza viven menos. Usted con tantos libros se está dejando ir.

Se sentó en el pescante y colocó las revistas y la escopeta entre las piernas. La noche, olorosa y abierta, le acarició el cuerpo. La ilusión de paz, que siempre había sentido al llegar al pueblo, se le instaló, nueva, en el pecho.

El camino se bifurcaba antes de llegar al pueblo. Cogieron por el que iba en dirección contraria y enseguida adivinó el chorro de luz de la casa.

Está bonita. Luisa la ha iluminado toda, si no sólo veríamos la luz de la entrada. Ya verá que hermosos están los bichos...

Le hizo gracia la expresión de Juan. Jamás había llamado a los toros por su nombre. Decía que daba mal fario.

Cruzaron la puerta de madera y enseguida se detuvieron ante el inmenso portón labrado. Oyeron un golpe y una exclamación y, enseguida, se recortó en la puerta una figura de mujer cojeando.

Mi señor. ¡Qué guapo está!... Blanco como la leche... Perdón, señor... Pase por aquí. La casa está limpia como los chorros del oro. Tiene madera en la chimenea de su cuarto. Ya la tiene encendida y el cuartito bien templado... ¿Quiere cenar algo?

Saludó a todos. Acarició a los niños.

El coñac lo tiene en la mesilla, y su copa. Todo como siempre... Es una pena lo de la señora. No sabe cuánto lo siento... Me hubiera gustado verla. Era una princesa cuando se marchó de aquí.

Enseguida estaba en su cuarto. Dejó los libros sobre la mesilla. Sirvió un coñac. Se quitó la chaqueta y se acercó a la balconada. Podía escuchar, lejanas, las viejas palabras. Viviremos aquí, encerrados, sin decir a nadie donde estamos. Y pasarán los días y nos haremos viejos. Bebió el contenido de la copa de un solo sorbo. Percibió el suave lametazo del alcohol en la garganta. Se desvistió y fue hacia la cama. Apagó la luz.

(Mañana será otro día. Iré andando hasta el cortijal. Me refrescaré en el arroyo y volveré al atardecer. O me llevo algo de comer y descanso bajo el castaño... El castaño no. Mejor dejarlo por ahora... Pensar es estúpido).

Y si al abrir los ojos no llega a ver el rayo de sol que rajaba la habitación en dos, hubiese jurado que acababa de acostarse. Era la primera vez que le sucedía desde hacía tres años. Pulsó el timbre y enseguida escuchó los ligeros pasos de Luisa y el golpeteo sordo de sus nudillos en la puerta.

Buenos días... ¡Las doce, señor! Buen sueño tenía... Eso es del trabajo de la cabeza como dice el Juan. Debía cuidarse más. ¿No quiere el desayuno? No, señor. Ni teléfono, ni carta. Descuide, que cuando haya algo le avisaré enseguida.

Estaba tan abstraído que quiso encender el cigarrillo con el vaso de zumo de naranja. No era posible. Una carta podía haber llegado, pero esto suponía que se hubiesen puesto a escribirla nada más cerrar la puerta tras él. Y bien sabía que eso no ocurrió. Abrió el armario y sacó la vestimenta campera. Le ajustó perfectamente. Las carnes seguían impertérritas ante el paso del tiempo.

Pasó junto al teléfono y se sorprendió con él en la mano. Lo dejó caer como si quemara. Después, lentamente, lo recogió de la alfombra y lo volvió a sujetar en la horquilla de metal. Un ahogo y un zumbido lejano le llegó al pecho.

En el cuarto de baño ingirió las dos pastillas. La ducha le hizo volver en sí. Enseguida volvió a embutirse el traje de campo. Colocó la canana alrededor de la cintura y recogió la escopeta. Vas a salir tan tem-

prano. ¿No quieres que te acompañe? ¿No me das un beso? Ella estaba sobre la cama, el pelo revuelto y el rostro resplandeciente. Se sentó en el borde del colchón y las sábanas le resbalaron entre los dedos. Luego hundió la cara en ellas. Nada quedaba del tiempo pasado. El lejano aroma a violetas era sólo producto de la imaginación.

El timbre del teléfono le hizo un lento recorrido por la espalda. Se puso en pie automáticamente. Al fin lo tuvo en su mano.

Señor..., señor... Creí que estaba estropeado... Siempre está. Cuando no es por una cosa es por otra, pero cobran puntualmente... No señor... Juan es el que le está esperando... Como usted quiera. Le prepararé algo...

Colgó. Furiosamente recogió de la cama el arma y bajó los escalones de dos en dos. Encima de la chimenea Isabel le reía en sus hermosos ojos. Fue hacia la puerta huyendo de la caricia próxima. El sol le saludó tibiamente. La pradera ofrecía su lomo dorado y caliente. Al fondo el cielo era el límite.

Caminó en dirección opuesta, hacia la trasera del caserón. Juan esperaba junto a los caballos.

Buenos días, señor, y felices... Como usted quiera, señor. Tenga cuidado con las alambradas. Algunas están a ras, de cuando el temporal. El airón se llevó muchos postes.

Sin querer trotó hasta el castaño. Descabalgó y se acercó al tronco. Revisó toda la superficie hasta encontrar las iniciales. Quiero que duren más que nosotros. Y volver al mismo sitio para que nos dé fuerzas para seguir adelante... Y algo dijo también

acerca de sus manos... Tienes los dedos fuertes como las raíces, pero más hermosos... Notó el latido suave de su piel en el dorso de las manos. No quería seguir pensando y se acomodó bajo la sombra.

Al caer la tarde retornó paseando. El caballo había regresado solo. Las botas hacían crujir los minúsculos terrones. Llevaba la escopeta en bandolera. Se había levantado un suave vientecillo. En el caserón empezaban a encender las luces. De súbito tuvo una revelación y corrió hacia la puerta de entrada. Cuando vio a Luisa sobresaltada se cercioró de que había gritado en exceso.

Sí, señor. Ocorre algo, señor. No, no señor. ¿Carta? Hasta mañana no es posible. Sólo pasa los jueves y los sábados... Tampoco. He estado toda la tarde en la cocina, lo hubiese oído. Seguro, señor.

Se avergó de su inquietud y sonrió.

Ya está preparada. El guiso de cordero que le gustaba al señor. ¿No quiere en su cuarto? ¿Con nosotros? ¡Señor! La cocina... Como quiera el señor.

Hablaban del campo, de las bestias. De la lluvia también. Los temas de siempre. La chimenea mantenía un rescoldo.

Allá, a lo lejos, los altos edificios y las luces de neón y las medias luces de los automóviles. Un sordo rumor de vasos y conversaciones. Isabel esperaba de pie en el salón. Los ojos le refulgían bajo los párpados. Nunca más, sabes. Esto ha terminado. No lo permitiré y me voy.

La espantosa tormenta se desencadenó. El ruido rojo de la bofetada restalló en su propio rostro. El calor de la mano le ascendía en un hormiguillo ligero por las muñecas.

Los tizones dejaban escapar un halo azulado. Juan seguía hablando sin descanso y sólo alcanzaba a ver sus labios en movimiento. Subió las escaleras como un robot.

La noche fue larga, de extrañas pesadillas. La oscuridad tomó vida en varias ocasiones. Sus manos habían acariciado el frescor de las sábanas en los rincones más alejados del cuerpo. A veces se tendieron seguras pero, al llegar, las tuvo que cerrar en el vacío. Podía beber el silencio; no la amargura que se detenía a ras del paladar.

El miércoles apenas se distinguió del día anterior. El teléfono permanecía muerto. En ocasiones lo descolgaba por ver si funcionaba. Pasó la noche escribiendo. Y en la monotonía el mundo agonizaba.

El agua caía a mares. No podía adivinar la hora diluída en el gris de un día inerte. Lo mismo las diez que las cuatro de la tarde. Miró hacia la mesilla. Pasó la hoja del calendario. Jueves... Jueves... Jueves. Y la palabra llegaba a perder sentido hasta que evolucionaba de nuevo a la realidad.

¿Le traigo el desayuno? Son las once. Esta noche dormí poco. Tiene mala cara. Vi la luz al amanecer. Hace tiempo que no duermo. Los chicos no dejan. A mi edad se duerme poco. Se vive más. Es necesario. A pesar de todo no quiero acabar. Me gustaría conocer a mis nietos. No, señor. Ya pasó. Toma siempre un vaso de vino. No traía sino una carta para el Juan, de su hijo, el que se fue para Alemania con nuestro Luis... Trabajan y están contentos. Yo también estoy contenta pero quisiera tenerlo aquí...

Vio dos lagrimones que surcaban el rostro endurcido por el trabajo. Le tendió un pañuelo. Cinco largos días y ni señal de vida. Ya todo ha terminado...

Está decidido. Tú, por tu camino, y yo, por el mío. No es posible hacer nada. Isabel le había dado la espalda. Intentó acercarse, pero ella lo impidió. La rabia le estrujó la garganta.

Cesó de llover y el olor a tierra húmeda aseaba el ambiente. Almorzó en la terraza cubierta. Goteaba isócronamente en una esquina. Le aliviaba el ruido del agua. La tierra para la semilla y el descanso. Tú, el más firme edificio, destruido, tú, el gavilán más alto, desplomado, tú, el más grande rugido, callado, y más callado, y más callado. Los versos del Arcángel Miguel le hicieron agachar la cabeza y sintió la destrucción íntimamente.

(Literatura. Sólo eso soy: un pobre montón de palabras. Me revuelco en el llanto como un personaje de novela trágica. Y a veces, sí, me veo actuando en otra vida, que no es la mía. Isabel no tenía ninguna razón. No la tenía. Y sin embargo... ¿Vivir así?... La literatura... Más experiencia de la vida. Y volver al tiempo perdido. No importaría, a pesar de estas horas desgraciadas).

Buenas tarde, señor. Buen día para el campo y para los que de él vivimos. Ya verá como va a ponerse el cortijal. Le estallarán los ojos antes de diez días.

La gota seguía temblando en el esquinazo. Recogió la carpeta y las cuartillas en blanco y se sentó en el sillón, junto a la entrada.

Querida Isabel... Y tachó enseguida, con fuerza, hasta que traspasó el papel. Una mancha negra de tinta bañó la cuartilla hasta confundirse con las sombras. Había visto como Luisa recogía los restos de la comida. No podía comprender como el tiempo había dejado de contar. La mañana y la noche en un mismo

plano, sin fronteras intermedias. Encendió la luz y dejó la carpeta sobre la mesa cercana. Tenía las manos manchadas y la pluma rota. No faltaba mucho para que la congoja le dominase.

Cerró tras de sí. Clavó las uñas en las palmas de las manos. La superficie de pasta negra brillaba en la oscuridad. Se agrandaba.

Diga... Diga... Aquí Central... Diga... No puedo ponerle. A estas horas ya han cerrado. Si quiere le comunico con la taberna, debe estar allí... No, ninguna conferencia para usted, señor...

Se acercó lentamente a la cama. Sobre ella descansaba la escopeta. Un doble trueno retumbó entre las cuatro paredes y escapó por toda la casa. Oyó los gritos y los pasos apresurados. Estaba fijo en los agujeros que la perdigonada había dejado en los almohadones.

Dios santo, señor. ¡Dios nos valga!... Pensamos... Bien, señor. Le traeré otra almohada... Como quiera el señor.

Apagó las luces y hundió la cabeza en el penetrante olor a pólvora que sentía crecer en su propio cerebro. Una rubia melena de mujer destilaba sangre. Unos dedos de afiladas uñas revoloteaban en estertores. Sentía el pecho repleto de una extraña fuerza, como una bomba de mano.

Al amanecer estaba entumecido de frío. La piel del rostro, acartonada. Los labios, suavemente salobres. Se tapó con las manos, y los ojos se clavaron en el techo. Es hermoso despertar y saber que la vida está por delante, que podemos vivir todavía juntos. Es

raro este nuevo estado. Y bello. Es la felicidad... Y ahora es la desgracia y el sufrimiento lento en la soledad.

Un inmenso hueco helado le esperaba. Le temblaban los dientes y el sudor le saludaba en las sienes.

Abrió los ojos varias veces; unas, lograba ver un sol entre nubes; otras, la oscuridad, la boca de un lobo hambriento; las más, un rojo de sangres múltiples parecía bañarlo todo. Las manos de Luisa, oscuras y viejas. Arrugadas. Rostros ansiosos. El cortijal ardía en llamas.

Nuevamente el sol saltaba entre los visillos.

El Juan le contemplaba fijamente.

Mejor cara tiene el señor. Malos días, malos. Creíamos que no escapaba. Don Artemio tuvo miedo por usted. A su lado ha estado noche y día... Lo menos, lo menos, una pulmonía... Seis días... Voy a por Luisa. Necesita tomar algo. Bendito sea Dios.

Cuando el Juan salió, intentó poner orden en el desbarajuste. Seis días. Seis..., y cinco antes: once días. Pulsó el botón furiosamente.

Ya va, señor. Ya va. Se encuentra mejor el... No, señor. Sólo llamó un señor para decirle que todo iba bien. Don Jesús, parece que dijo. Periódicos, señor. No. Hoy vuelve el correo o mañana a primera hora... Sí, señor... Descuide, señor.

Sorbió el caldo caliente y escribió. Quiero volver. No puedo más. Y firmó. Luego, más abajo, después de tachar lo anteriormente escrito: Perdóname. Volveré cuando quieras. No puedo más. Y firmó nuevamente.

Le acercaré el teléfono. En media hora llegará el telegrama. La Concha es buena amiga y se tomará interés. Déjeme que hable con ella primero.

No podía conciliar el sueño. La inquietud le mantenía en pie sobre la punta de los nervios.

El dormitorio de Isabel estaría en silencio y el teléfono la sobresaltaría. Y lograba ver como se levantaba con los ojos adormilados, refunfuñando. Vuelve. Estoy esperándote. Te quiero. Y una sonrisa dulce se extendía plácida por todo el cuarto. Casi podía acariciar la felicidad. ¿Será posible que los seres puedan entrar en contacto a pesar de las distancias? Sí... Durmió con esa convicción, en paz, como hacía tiempo que no lo lograba.

Cuando salió de la habitación por la mañana estaba radiante.

No, señor. No ha llegado nada. Pero no debía haberse levantado. Todavía está débil.

Fue hacia el mirador. La carpeta estaba sobre la mesa. Nadie la había tocado. La mañana ofrecía un tenue rescoldo. Los chiquillos pasaron corriendo detrás de un perro. Se detuvieron un instante para saludar. Les sonrió. Trajo un libro del anaquel. Amanezco nuevo, recién vestido, lavado por tus manos, lavanderá, bueno para el trabajo y la batalla. Pasaron los versos y las horas.

¡Señor! ¡Señor! Ya llegó un telegrama.

El corazón le golpeó en la garganta. Asió el trocito de rectángulo azulado y aguardó unos minutos antes de abrirlo. Al fin pudo leer. Las letras se destacaban fríamente: NO NUNCA MAS. OLVIDALO.

No, nunca más. Olvídalo. Olvídalo. Las frases se arrugaron en el puño.

¿Buenas noticias, señor?

Agachó la cabeza. Lanzó el burruño de papel sobre la mesa y subió despacio al cuarto.

Dos rayos sajaron la casa de parte a parte. El olor a pólvora llegó hasta el pasillo.

* * *

VOLVER AL TIEMPO DE LOS TIOS MUERTOS

Todavía amarillea la pinocha en la sombra. A la mañana, el sol debe quebrar audazmente la coraza de ramas. Pero ahora, de atardecida, estamos sentados ante la chimenea, en nuestros cómodos Morris, apriisionados por los pájaros cantores, los jóvenes pinos y las amenazantes nubes que contemplamos cuando se produce un interín en la charla, a través de los bellos y amplios poros del cemento que aumentan el cielo. El mueblebar ofrece su repleta repisa de botellas de lejía, coñac, solución de caseína —sibaritismo de ulcerosos— y anís. En un platito de tapitas de alcanfor un conejo hace estragos como si no existiéramos, aunque resulta gracioso y hasta agradable. Seguíamos hablando de la tía Elvireta, nuestra última preocupación de artistas conscientes.

José Luis se levantó a impulsos de un deseo repentino.

—La tengo en la punta de los dedos. Es así, así, así. Te la puedo dibujar. Tenía una boca chiquita; ahora una boca inútil. Ahora... porque antes no. —Y volviéndose repentinamente a Juana, que estaba por algún lado sentada desgranando en la roja halda los guisantes, que parecían saltar en el cuenco improvisado, continúa—. ¿Usted no conoce a nuestra tía?

¿No? ¡Ajá!..., pues nuestra tía no fuma. Entiende. No fuma. **No smoking** —Y sigue con un inútil brillo en las pupilas—. Es genial... Es viuda.

Doña Juana, enredando los dedos entre tantas bolitas verdes, se encoge de hombros y sonrío beatífica. Las pantorrillas se le han quedado rojas del calorcillo de la chimenea y los zapatos claustrales de puntas romas, descansan aplastando un cardo que respira dificultosamente.

A José Luis parece habersele soltado la cuerda de los recuerdos.

—Usted no ha ido nunca a su casa, pero si llega a ver qué delicadeza, qué espíritu sensible. Fíjese que dejó la habitación de su marido tal como estaba el día que murió, durante más de dos meses... ¿Y, a que no sabe cómo se conocieron? Pues verá: él llevaba una vida prosaica y tenía veintiocho años.

—Nada de prosaica —tercia José Manuel desde el hueco de su mullido sillón, por el que asciende un reguero de hormigas gigantes—, había ido a Cádiz en un barco de vela. ¿Es esto prosaico?

—Bien. Como quieras —prosigue José Luis—. Sigamos. Entonces salía con el padre de ella a beber. En aquella época ya sabe usted... Los duelos, la bebida, el juego, los casinos; la disipación finisecular en suma.

—Vuelves a cometer un error. Salía con el padre a jugar— interrumpe nuevamente José Manuel.

(Y yo que estoy aquí: escribiendo a máquina, no sé para qué, y que, en aquellos instantes, estaba ocu-

pado en colocar en el tocadiscos el **When a man loves a woman**, de Percy Sledge, quisiera decir que había creído oír algo acerca de una guitarra).

—Sí, pero eso tiene que ver también con lo de su amigo, el cura, aunque él era anticlerical ¡porque podía, porque sabía serlo!— admite José Luis.

(Mientras que yo ascendía a una de las sillas floreadas y colocaba los pies sobre la mesa ovalada para combatir el frío y la humedad, ellos seguían su perorata. No hice mucho caso a lo que decían porque me preocupaba el mirar marfileño del perro con el hueso en la boca. Sólo me quedó la figura del apuesto don Adolfo al pie de la ventana de Elvireta, transido de emociones amorosas. Supongo que a partir de aquel instante se verían y hablarían con el lenguaje de la flor, etcétera. Luego conecté nuevamente la onda y la voz de José Luis surgió clara).

—Bueno, pues ella le dijo a su padre un día: ¿Sabes con quién estoy hablando?

—Eso no es cierto. No podía tratar de tú a su padre, aunque era una tipa simpática...

—Está bien, posiblemente dijera: ¿sabe con quién...?

—Dime..., dime... dime. Así dijo el padre como corresponde al lacónico lenguaje militar.

—Pero, hombre de Dios, si no era militar. Y además se casó un montón de veces. Yo he visto una foto de él con la madre de risueño semblante y una cama muy grande...

—¡Corta Proust, que no me vas...!

—Está bien —concede José Luis para poder continuar el relato—, entonces le contestó a su padre: "Salgo con tu amigo Adolfo". A lo que el padre respondió encolerizado: "¿Con Adolfin? Enciérrate en el cuarto, en el interior". Y allí quedó la pobre, encerrada en el cuarto oscuro, durante días y noches hasta que enfermó del pulmón. A pesar de lo cual Adolfito, el apuesto don Adolfo, pasaba por la calle por ver si la veía en la ventana.

Supongamos que es la calle de Herraduelas, adoquinada, sin hierba entre los intersticios y las recientes huellas de la bicicleta del secretario del alcalde.

—Con anterioridad a todo esto, como el padre y el apuesto amigo iban de juerga...

(Se pueden decir mentiras. Es lógico. Es hermoso decir mentiras),

...un día pasaron por allí y la vieron en la ventana.

—No, no es cierto. No estaban de juerga, ni siquiera tocaban la guitarra, aunque decían palabrotas. Y como eran unos bestias hasta a veces las decían delante de las monjas. Lo sé porque la madre Imelda era mi tía.

—Bien, bien. Se conocieron...

—Por cierto que yo creo que el padre de mi tía era clericalista. Era la época del positivismo, el racionalismo. Espiritista no era. Era médico y como tal, más bien realista; contaba cuentos de barrigas que olían fétidamente.

(Me bajé de la mesa para colocar el disco de los Four Tops, el hermoso **Reach out I'll be there** y así

sistematizar un poco si era posible el bello relato. Consulté a José Luis sobre la ventana y la ocasión en que se lograron ver).

—Después de la encerrona la vio en la ventana y se quitó el sombrero.

—Pues yo creo que nunca usó sombrero —José Manuel es desde luego el que habla—. Chaleco sí, pero sombrero no.

—¿Señorita, ¿dónde puedo verla que no la veo en la ventana? —preguntó ansioso Adolfo.

—A las siete en el paseo, —concedió instintivamente Elvireta, aunque sin poder reprimir un tenue calorcillo en las mejillas.

Cerca de la casa había un paseo de tierra donde paseaban las criadas del servicio doméstico. Claro que esto se mantuvo hasta que las criadas se casaron con los señores.

—Así que en el paseo a las siete se conocieron, se hablaron y se casaron, porque el tío Adolfo, apuesto y calavera, era rápido. Se casaron a las tres de la tarde y se fueron a vivir a una casa que se me olvidó enseñarte esta tarde. ¿Recuerdas dónde estaban jugando los niños? Esos niños podían haber sido ella y él.

—Se casaron, pero no a las tres de la tarde, sino a las tres de la madrugada, inmediatamente se fueron a Cádiz y estuvieron viviendo en San Diego, en una casa que probablemente compraron por recuerdo de la anterior.

—Por favor, no le prestes tu genio... Terminó medicina y se vino a Tenerife. Ella curó unos alifafes,

que tenían sus raíces en tanta emoción disparatada, en San Fernando. A partir de aquello él adoraba al Cristo de La Laguna. Después de San Fernando no se sabe exactamente lo que ocurrió...

—Yo tampoco. Eso es vida privada.

(En esto comenzó a llover y oíamos el agua retumbar en los sesos. La cesta bíblica, con frutas, parecía un bergantín a punto de navegar. Las "good vibrations" de los Beach Boys apagaban un poco el resuello de la naturaleza. Tomé mi caseína y serví unas copas de anís para prolongar la tarde. Juana yacía bajo un enorme montón de vainas abiertas. No nos veíamos muy bien por culpa de la niebla, pero nos entendíamos. Sentíamos el grato calorcillo de la chimenea. José Luis siguió hablando con las lógicas interrupciones de José Manuel).

—Después ya conozco otra historia. Adolfo hizo una clínica revolucionaria. Y a partir de entonces tuvo un montón de amores que para Elvireta eran flores.

—No tergiversemos porque no sabemos...

—Eso es de Beckett.

—Más bien del tiempo de "Yo tengo un potro gris..."

—Compró una mesa de billar y un grupo de amigos albañiles con los que iba de cacería y que le han sobrevivido. Tenía también un hermoso perro que llamaba Nex o Ney. En aquellos días yo iba a jugar con una pelota de tenis que era de él. Una niña me recibía todos los días. Se llamaba Estrella y era divina. Yo la llamaba Yita. Se casó con un técnico de hidrocarburos.

—Les compró el billar para los amigos porque ya estaba cansado de las guitarras colectivas. Más tarde se cansó también de ella.

—¿Y qué pasó?

—¡Y yo qué sé! Se cansó. La rompió. ¡Yo qué sé! Fue entonces cuando se enfadó con otro tío mío. Prometió no volver a pisar la tierra de la ciudad. El chófer, que tenía un hermano pintor y se llamaba José, le ayudaba a salir de casa, lo llevaba en brazos hasta el coche. Así iba en busca de sus aventuras, las flores que anteriormente dijimos.

—Margarita, mi amor, son flores que me encuentro en el camino, pero mi única flor, la última, eres tú —decía don Adolfo sin asomo de vergüenza.

—Creo que fue un matrimonio de amor a pesar de todo, porque un hombre no se casa así como así a las tres de la mañana. Por él se suicidó una enfermera alemana que dicen era nihilista, y, una serie de acontecimientos, como el del fotógrafo, el de Eduardo Boretto y Juanito Jalá, que si no fuera tan tarde les contaba con mucho gusto.

—Acortemos. Llegó el momento de la muerte.

Un día de Reyes calmoso, más bien frío. Viviendo en el recuerdo, yo estaba acostado en una cama y llamó mi tía, o la criada, a la puerta. Me sobresalté. Oía a mi abuela llorar. La pobre estaba muy enferma por entonces. Era un montón de recuerdos el que moría. Era su único hermano. La cuerda del tiempo que dolía al distenderse. Murió en una noche de viento, muy inglesa, sin apenas encomendarse a Dios. Llamaron a la funeraria y a partir de aquel momento mi tía quedó loca. Se destrozó su unión, su cordón umbilical y se dedicó al puritanismo. Es un principio de

reacción: más por menos = más. Luego vinieron las misas y las reacciones egoístas de Elvireta. Herederos a mí, ja, ja, ja y etc. Las misas se celebraron en el convento ese para niñas descarriadas en el que siempre que entraba tocaban una campana. Todo el que entraba recibía ese homenaje. Me refiero a la familia, porque el Marqués hediondo, mi tío, hizo un convento y lo estropeó: lo hermoso, lo clásico. Estropeó los recuerdos.

—¿Quisiera saber por qué hablamos ahora del Marqués?

—Es cierto. Son otros recuerdos. Es algo triste.

José Luis llora despaciosamente y José Manuel se aplica en cortar en rebanadas la última lagartija de la tarde. Wilson Pickett canta la **Land of 1000 dances**. Juana muere florecida de guisantes. Sus muslos son pulposos y blandos.

Veo a José Luis deshacerse en un arroyo rumoroso que hace un cuenco en la tierra. José Manuel ya es un tronco que se agarra a la orilla. Y yo con un nudo en la garganta, borro lentamente las paredes y asciendo a la copa del pino más alto para descansar, si puedo.

Es posible que algún día volvamos al mismo lugar, con una botella de buen vino tinto y la misma soledad disfrazada de alegría. Y no será igual. Aunque intentemos volver a los tiempos de los tíos muertos.

Y a lo mejor escribo la continuación en esta misma máquina de ahuecadas teclas por encargo de un Luis, mucho más antiguo.

Y ahora a bailar con Xavier Cugat para hacer la digestión de este pan salobre.

RAFAEL FRANQUELO (1)

nace en Jaén, en 1942, de una familia de maestros, por lo que reside sucesivamente en las provincias de Córdoba, Jaén y Málaga, hasta su natural emancipación. En esta última estudia Magisterio y al concluir sus estudios ejerce en varios pueblos hasta su traslado definitivo a Gran Canaria en 1969.

Comenzó con la investigación histórica, que aún no ha abandonado, para pasar más tarde a la poesía publicando varios cuadernillos y entregas sueltas (en Fabras, Deyanira, en Tagoror Literario, etc...). En el presente año comienza a dedicarse a la narrativa, sobre la que trabaja con gran intensidad. Tiene terminada una novela corta, "El viaje marsupial de Amador Onuba".

- (1) *Los editores del presente volumen, conocedores del constante quehacer narrativo de su autor, Rafael Franquelo, tomaron la determinación de incluirlo en ella, considerando que de ser otro el autor de la antología habría incluido a Franquelo entre los narradores que figuran en la obra.*

POETICA

La cotidianeidad: ahí todo el mundo que rodea los cuentos que trabajo con la más detestable máquina de escribir...

Falto de imaginación por escasez de tiempo, me recluyo en la experiencia de la vida con unas visitas esporádicas de ciertos personajes muy familiares: Joyce, Tzará, Orlando, Pitol... y en medio de la mueca carcájida toda la soledad del hombre perseguido por fantasmas automovilísticos, sirénidos, perrudos y calaveros. La suma de estos factores inclina la balanza arquitectónica de la forma y queda el fondo con el des-da-do.

EL TRAJE PARA EL PREMIO NOBEL

En un cajón tiene depositada la vieja billetera. Nada. Una o dos veces pasa la mano por la pelambreira, se enmaraña los dedos e intenta hacer memoria. Nanay de la China. Termina por emitir las gotitas de sudor, preámbulo inequívoco del ataque nervioso.

¿Y en la hucha?

Comprueba cuánta derrota cabe en los hombros de un poeta...

Con juego menopaúsico, dedos pasados por agua, comienza el tamborileo retumbando la mesa en otra geografía. Decidido arranca un libro del estante. Busca una página. Mil pesetas. Nuevas. Como las dejó hace cinco años. "Hijo mío, sé que andas mal de perras", "nunca debiste dejar tu casa", etc.

Dos veces se ha detenido. Temblor de bolsillo y alma. Invasión de castañuelas por su cuerpo desterrado. Se ha detenido dos veces. Dolee, Milee:

OPERACION TRAJE

999 pesetas

Y vacía una y otra vez los bolsillos. Quién sabe si queda algo plegado; pero se encuentra de nuevo en

la puerta de su estudio. Ha recorrido de un solo golpe la ciudad. Sube de tres en dos los treinta y tres peldaños. Un aire familiar mezcla de polvo y libros se le cuelga en la garganta. Se olvida de doña ausencia. Por una sola vez se olvidará de doña ausencia. La doña no necesita portarretratos. El lo sabe.

La memoria estalla como un sol con rayo índice. Señala el camino. Puede revolotear una hora, dos horas, tres horas, cuatro horas... no más. La memoria estalla como un sol. Abre un libro: "excepto la derrota". Y en él, cinturones de castidad saltan por los aires. Mete la mano en las faldas de papel y lo encuentra allí. Nuevo, doblado, dormido, con todo el erotismo que merece: MIL —1000 P-E-S-E-T-A-S.

La guagua es más humana. Le enseña toda la fauna y fobia barojiana, despacio, diáfananamente. Ya no teme salir así con su gozo repentino. Se adormece con el ronroneo de una marcha lenta.

He singado con un compás. Saben lo que es eso. Con lo supersticioso que soy, sólo me caben dos opciones:

Y griega) ME HAGO MATEMATICO

Zeta) MI POESIA TOMA UN GIRO SURREALISTA.

La primera no puedo llevarla a cabo. Imposible de los imposibles. Suicidio. La segunda. La segundaaa. Vamos a ver. Cambiar de estilo. ¡Me llamarán traidor! A lo peor chaquetero. Chaque... ¡el traje!

—Este es el pasillo.

¿Cómo? Sí... es completamente una Z.

—La cocina, el cuarto de baño. Perdón. El cuarto de baño, la cocina.

—El comedor, pequeño pero... en fin.

—El dormitorio. Dos camas, mesita de noche y orinal. El ropero como no cabía lo tengo en el cuarto de baño. Una lata.

—Y este rincón que ves, la biblioteca. Está formada de cajones superpuestos que traje de la tienda de víveres de abajo.

—Coge un libro. Es como de la familia. Ciudad, fecha, firma y huella digital. Ten en cuenta que me mojo los dedos para pasar las hojas.

—Cada libro un montón de recuerdos. Pídeme alguno, pero nunca me lo quites.

Desde los diecisiete años lo han presentado como el niño prodigio de las letras locales. En los almuerzos de etiqueta picaba en todos los platos. Gastaba bromas obscenas a las señoras peludas. Escandalizaba con sus declaraciones a los Hnos. del Colegio de la Buena Intención...

Yo no sé lo que la gente se cree que es un escritor. Llevo cerca de tres meses sin comerme una rosca. No tengo que leer a Freud. Me conozco lo suficiente como para saber que necesito un ligue. Tengo un aspecto siniestro. Eso debe ser.

—¿Qué va a tomar el señor?

—Café. No, mejor té con leche —así me tomo dos tazas.

Antes de que se marche voy a enseñarle lo que guardo con más cariño en esta casa.

Un armario puede tener todos los defectos que queramos, pero nadie le quita sus encantos. Almacena desde la camisa que nunca volveremos a usar hasta el pañuelo que nos dejó esa chica el día que unas mocarreras espantosas amenazaban desde su guarida con el más criminal de los ridículos.

—Este traje lo compré el año pasado en las rebajas de febrero. Lo tengo con bolicas de alcanfor para cuando me concedan el premio Nóbel de Literatura.

La mar (?)

El mar

Así se le iba el tiempo delante de la máquina de escribir.

El mar (?)

La mar

Crucigramas incompletos ofrecían más posibilidades de éxito que las dudas que se planteaba. El poema de la EFE, por ejemplo, le llevó cerca de dos años.

POEMA DE LA F

Te casaste
por el violín
come de aquí
fí fí ri fí

No obstante, debido a la escasez de poetas desvalidos, obtuvo el PRIMER PREMIO y la FLOR NATURAL del certamen de poesía de MALAMPIA.

La siento a mi lado. Jadea. ¿Será por los dichosos escalones? Un perfume de los más televisivos choca en mi olfato y me deschopa en un santiamén. Su pesada pata de palo me eriza al más leve roce. Está fría. Me acuerdo de la muerta jaimitera soltando una bestial carcajada.

—¿Qué te pasa?

—No, es algo de los nervios ¿sabes?

Lo que se dice muy conforme no ha quedado. Por poco fastidio la cosa.

Um-Pa.

Um-Pa.

Um-Pa.

Um...

Está demostrado que un individuo puede pasar toda la vida comiendo en frío. Conozco a un muchacho que desayuna con helado, almuerza dos bocadillos de jamón y cena un kilo de fruta.

Para mis futuros biógrafos diré que, sin caer en este extremo, llevo algo así como 20 años cenando lo mismo, que ya es todo un récord. Copio la receta para uso exclusivo de cronopios y patredores:

SALCHICHAS A LA FALELA

Ingredientes:

1 lata de salchichas
salsa de tomate
mostaza
unas gotas de curry
unas gotas de tabasco
cebolla picada.

Modo de empleo:

Caliéntese en un cacillo medio litro de agua aproximadamente. Al romper a hervir viértase el contenido de una lata de salchichas y déjese calentar por espacio de cinco minutos. Al término de este tiempo añádanse la salsa de tomate, mostaza, curry, etc.

Llevará algo así como media tarde sentado en la terraza de la cafetería. El camarero no le quita ojo, entre otras cosas porque ha tenido que pagar dos cafés sin comerlo ni beberlo. Pasa una inmensa rebañada de turistas aprovechando el último tercio de la temporada. Le entra una soñarrera capaz de dejarlo listo para el resto del día. Cabecea...

—TOC

—Toc

—Toc

Se fastidió la siesta. Mira que ponerse a dar golpes con un palo. Después aparecen noticias raras en los sucesos.

—Toc...

Abre los ojos con ánimo de fulminar al causante de su

¡Pero si es una coja!

Se pasa la mano por la barba de dos días. Ñaco, si llego a estar en pose esto no se escapa. Si lo digo yo, que soy más desgraciado.

Italiana. Seguro que es italiana, Gina no le envidiará los serones. Seguros que no.

Todos los amigos conocen el traje secreto que guarda con bolicas de alcanfor para cuando le concedan el premio Nóbel de Literatura. Lo han ido descubriendo de diversas maneras. A veces sienten envidia de la fe tozuda del poeta. Lleva algo así como veinte premios acaparados. Va tirando. También tiene una sección en la revista Cachete Lustrado que le supone una cierta autoridad sobre los demás corifeos. Sin embargo...

Mi madre me dijo que de oveja negra ni hablar. Antes muerto. Desde entonces todo fueron palizas. Es muy bonito mirar a la infancia cuando se tiene. El malampiano tiene a gala la primera comunión, servicio de armas y matrimonio. He tenido lo último. Lo primero lo ignoro, a menos que se pueda tener por tal una serie de tollinas y macanazos. Lo segundo, también por esta ceguera que me consume. Cuando dejé mi pueblo me propuse llegar a costa de lo que fuera. El traje está ahí, guardado con las bolicas de alcanfor.

—Io parlo italiano. Aventuro.

—Yo no... y enarca una ceja que me deja atónito.

—¿Usted también es malampiana? ¡Quién lo diría!

Resulta que me conoce. Tengo que regalarle una botella de ron al fotógrafo del diario. Ya son cuatro las que llegan por la cara. La verdad es que no valgo un quíe, pero...

—En casa puedo dedicarle todos mis libros. No suelo hacerlo —hipócrita— con ninguna ¿sabe? pero... no sé, me da cierta confianza.

Y gracias. Aluvión de palabras que alaban mil veces lo escrito. No, si tengo importancia. A veces es el derrotismo que me nubla la verdadera capacidad intelectual. ¿Qué te prometiste?

Los dos bordean la playa en esa hora que las gaviotas parecen mercenarias de postal.

* * *

LOS TRAZOS ROTOS

A Celia Robles Lavín

Con la última detonación Ezequiel oyó limpiamente las trompetas del Día del Juicio y era como si Miles Davis en persona le susurrara aquella pieza que le calmaba los nervios exaltados de sus mañanas burocráticas. Mide la calle ayudado por su pesada cartera de cuero negro al tiempo que medita el cómo sin fuerzas ya para detener los estertores finales.

Lo triste de todo esto es que no caigo definitivamente fulminado sino al revés lento y cucarachón inclinado como un buque sobre la acera y moviendo a ritmo decreciente las patas que teclean en el vacío los oficios certificados instancias mientras se mezcla el ay con los frenazos de la guagua. Qué lejos los primeros años cuando los sonetos destilaban néctar académico-floral y las muchachas del barrio señalaban a codazos la llegada del poeta con gafas de concha. Luego vino el duro oficio de subir trepa que trepa por los resquicios posibles procurando abultar el curriculum con premios imaginarios. Pero te mueres como un burócrata: de costado sin que nadie suelte una lágrima al oír los gimoteos de tu suerte.

Nada más expirar se formó una gigantesca columna de humo que llegaría hasta el décimo tercer piso mientras una patulea de niños grita los años de

servicio trece trece trece caso insólito el eco repite la misma cifra temporal traducida en trienios y jornadas que te chuparon la vida poco a poco.

Los automóviles pasan silenciosos como patos de feria sin que se inmute el maltratado ford canelo que reconozco por la cintita rosa de la guanterera antes de preguntar en vano a las gotas de rocío que cubren tu cuerpo oblongo y desinflado en cualquier campo de picón...

atardece con dos velas
preludiando la noche
sin camisa
mientras los bueyes
afirman su neutralidad

¿POR QUE VAS A COGER LA CHAQUETA Y SALTAR DE NUEVO?

¿VALE LA PENA LA TOZUDEZ DE UN NNNNNO?

Atragántate y ríe posando con las raíces que no te caben en la maleta sargaza olímpiate las zancas atravesadas con falsos palmetazos de sentimiento pues de la postal anónima que recibiste ya no queda umbilical alguna a pesar del texto lo ma-ta-re-mos.

y sería presuntuoso por mi parte situarme con la pluma en esta galaxia endemoniada. De otro lado la rápida deshominización.

SAPIENS-ERECTUS-HABILIS-PONGIDO

Difícilmente te rememoraré en lo que me quede de resto así que tiro la cédula circulatoria y que el viento te acompañe pedazo de humo...

Las baldosas grises de un pueblo más gris aún tenían la virtud de recoger todo el calor de la tarde de tal modo a la caída del sol los niños se posaban

suavemente para obtener aquella sensación tan agradable que me proporcionaba mi madre en las noches de invierno cuando brasero en ristre recorría los dormitorios calentando las camas antes de acostarnos.

Tiritaba y reía de una forma tan alocada que ella no podía sino mover la cabeza de un lado a otro diciéndome:

—CHIUILLU, MIRA QUE ERES EXAGERADO.

Y yo me dormía después de mirar el cuadro matorras pensando que mañana iré a la estación de ferrocarril a cazar renacuajos en la zanja del fondo y también si me sobra tiempo rebuscaré entre el pedregal trozos de calcopirita para jugar a los tesoros y demostrarle a papá que en el colegio aprendo Ciencias Naturales.

El gato me despertará pegando en los cristales de la ventana que comunica con el patio trasero de la casa le abriré y se va a colar en la cama para a los pocos minutos dormir hecho una rosca después de un ronroneo y preparación laboriosa de su cauce. Tanto le querré que me dolerá el corazón cuando en el próximo cambio de residencia se esfume en el recuerdo y eso que de vez en cuando sostenía conmigo unas tremendas batallas campales dejándome esta mano que escribe entonces más pequinita cruzada en todas directamente por una extensa red de arañazos desiguales.

La toalla mojada al mínimo para que me baste el desleñaie matutino no es precaución suficiente ante la oleada de resfriados que me persiguen desde que apoyo la planta del pie en el suelo hasta la llegada al colegio de franciscanos doscientos metros de recorrido.

En esta increíble habitación que me separa en casi veinte años suelo colocar desordenadamente manojos de vivencias comparadas plutárgicamente pero sin una finalidad preconcebida porque el tabaco me despista y luego salgo por peteneras cuando quizá lo más tangible sonaba a folías o fulías venezolanas. Te fuiste charco arriba y qué cartas todo el continente para la galopera de las buenas intenciones bolsillos de plata rebosantes después no roseó la leyenda y cualquiera daba crédito a lo que decías o a tu boba ignorancia porque se necesita ser tarugo para colocarse de barman en aquel barrio de Caracas donde se supo como el rayo que había un musíu nuevo vamos a tomarnos unos marroncitos y te agachabas o volvías por mor del trabajo para que por arte de magia se largaran dos o tres cachorros de aquellos sin pagar nadita para qué si atrapado el más flacucho de los clientes como viese que querías cobrarle echa mano al bolsillo y te dice mira lo que tengo aquí mi hermano notándole al momento que lleva un pistolón más grande que la deuda...

No no llegaste en el mejor de los momentos a la tierra de promisión de tus mayores porque el barco cambió de presidente en la ida y vuelta para congraciarse con tu enemigo más encarnizado la falta de puestos para foráneos.

Si miro aquel portarretratos con tu fotografía de estudio retocada se cuele por el cuerpo todo un tropel de discos olivos pájaros y una cama con un libro de poemas que quiere fundirse con Valéry en aquello de "Les yeux, les dents..." o "Le sein charmant qui joue avec le feu," y cómo evitar que se me altere el ritmo respiratorio cómo el machaqueo constante de los tiras y afloja para a la postre un mus de chocolate por toda respuesta mientras al re-

vés del tiempo colocamos una sonrisa tristona que refleja lo inseguro del más hermoso de los actos humanos: el nexo del rompecabezas.

Escrito dejé unos versos que hoy tienen menos fuerza que la espuma de champagne que bebí estas navidades pero que te siguen gustando y guardas junto a las muñecas de trapo las postales y los trompos ay cómo los veo salir de mi bolígrafo sin punta hablando de llegar pletórica, inusitado empuje, abominable monotonía, viejos almanaques, cotidiana vida, no todo es calma, aquellas rocas, enhiesto el aguijón, torrente incontenido, resortes monolíticos, por trozos mi cuerpo, imagen serena, te persigo, postura asegurada, esparcido de recuerdos, midiendo la respuesta, la paz perdida, la piel en lucha, calle de piedra, a golpe de teléfono.

Romper con una mujer ocupa tiempo en una serie de detalles casi técnicos como pueden ser los libros preferidos y ropa que me voy a llevar o el reparto de las últimas pesetas en efectivo, pero romper con una línea en literatura, rotura en serio, te cuesta uno y la mitad del otro. Primero los colegas de la pluma que no aciertan a comprender que no se trata de una moda sino algo más serio y por fuerza te sumergen en el pilón de la cotilla por si les sale en suerte la jugada y ahogan al desviacionista con las manos a la espalda yo no he sido yo no he sido y quién sabe si el interfecto flota de gusto por encima de la manada rabiosa en su mayor parte poetas-fracasados o lectores de idioma local en proceso de descomposición tras una gira por el país de la jauja.

La letra no entraba con sangre y mis sabañones sangrantes humillados en su reciente analfabetismo acongojaban al más pintado de los amorfos compa-

ñeros de infortunio porque se necesitaba temple de enfermero para presenciar la carnicería que a diario en el cole...

Ezequiel bosteza se rasca la cabeza pensando que ya está bien por hoy mañana será otro folio y riéte del parto lento que otros con más oficio no te solucionarán las lagunas naturales antes bien te indicarán el camino largo como si tal cosa para carcajearse de tu despiste ¿estamos? o te tomas algo y le comes este cuento a la imaginación sea cual fuere el pulso del reloj o las ganas de dormir de un tirón hasta el trabajo. Opto. La carta terminada me inclina a la proeza de tiempos estudiantiles café examen y libros.

He dejado el taxi en la esquina cubierto hasta la ventanilla de agua fina que lejos de molestar se agradece por refrescarme ciertas ideas desvanecidas como puede ser una carta del amigo que dice todo salió mal aliada la desgracia con tu sino no te preocupes pasará y los tiempos venturosos alegrarán ese estirón de la cara muequeada por lo improvisado de la marcha. Vuelta al cenicero lleno al teclear aporreando la vieja máquina para sacar el máximo provecho de este revés complicón que baja del caballo con el peor de los deseos...

—ALICIA, ¿CUANDO HAS LLEGADO?

Los ojos permanecen abiertos y lejanos al mismo tiempo que das la vuelta en la cama murmurando que te deje tranquila no ves que tengo mucho sueño que no descanso por culpa de los niños que dan tanta guerra como el padre y algo incoherente se escapa de tus labios finalizando así la corta charla.

Ezequiel bebe un sorbo de coñac directamente de la botella que vigila a su izquierda los movimientos torpes de los dedos sobre la mesa desordenada:

carta de contesta sobre un bote de talco
pañuelo sucio vasos sucios
sombbrero de playa abandonado
dos envases de lejía
el horario de clase

Pero tanto estruje para la falta de encuentro me parece excesivo o por lo menos derrochón.

—PAPA ME COMPRARAS LOS DISCOS QUE TANTO ME GUSTAN ES UNA OFERTA QUE NO QUIERO DESAPROVECHAR SOLO DIEZ O DOCE CASI TODOS DE JAZZ RECUERDA QUE ME LO PROMETISTE SI APROBABA.

Se fue mi padre y quedaron los intérpretes Louis Armstrong Count Basie Sidney Bechet Jelly Roll Morton Johnny Dodds. Hoy son clásicos pero ayer en mis quince años todo un bagaje cultural apresurado pero muy eficaz a la hora del castigado domingo sin salir o la soñarrera estival de San Lorenzo.

El último cigarrillo después me ga-ré-pe un tiro o dos según el pulso y la puntería no dejo nada para nadie ni siquiera el arrepentimiento de una vida experimentada en pueblos de todos los gustos colores y tipos.

En Lisboa agotados los recursos cené por dos escudos una sopa de verduras en Arrecife por cuarenta pesetas compras un cocodrilo de madera senegalés.

PAPA PORQUE TAN TARDE TU VIAJE A MADRID SI PUDISTE HACERLO ANTES ACASO EL PRECIO DE TODO ESTE EN EL SACRIFICIO INUTIL TANTO NOS QUISISTE COMO PARA PRIVARTE DE TANTA COSA HERMOSA SAL DE ESTE MUTISMO Y HABLAME DISCUTAMOS

LLANAMENTE COMO EN LA MESA TU A LA CABECERA Y YO A TU DERECHA AUNQUE SE ATRAGANTE LA COMIDA Y NOS SENTAMOS VIOLENTOS A LA HORA DE LAS NARANJAS...

A ese niño que marcha cabizbajo le han dicho que es hijo de gitana como de broma pero boquiabierto para siempre marcado definitiva y largamente en sus complejos múltiples sucio su cuerpo por el frío por el largo camino de pensiones hostiles minutos absurdas y libros texto que no comprende. Arranca sentado en la escalera una pieza monocorde a su vieja y sobada armónica de lata mientras se pregunta por las relaciones entre un gato y las bolas de alcanfor.

—PORQUE FUISTE CABEZON Y QUISISTE DARME EN LA JOROBA.

No ha sido así de más lo sabes que no ha sido como lo cuentan porque la fuga estuvo siempre marcada por un mapa de las islas y elegí todos los puntos con tal de huir huir huir de la mentira de todos los embusteros.

Esta tarde en Agaete el sol se puso en forma de pepino sin que nadie osara ofrecerle resistencia a fuerza de empellones me trajeron tal mi entusiasmo por esto.

—NO OLVIDES LA FOTOGRAFIA MIRA QUE MAÑANA SI NO LA ENTREGAS TE QUEDAS SIN SALIR EN LA REVISTA.

Entonces Ezequiel tan vanidoso como el que más coloca patas arriba la casa hasta que encuentra una en la que sin ser de las mejores por lo menos cumple con la función y todos contentos.

El más pequeño de los niños llora pidiendo el biberón de la noche con entera dedicación a este menester desde hace un par de meses los mismos que roban sueño para templar mi cuerpo molde.

El dibujo no representa absolutamente nada pero parece una flor con dos ojos lánguidos y una cabeza sombreada en la que a modo de canales los nervios se ordenan de dos en dos...

— LO DIBUJASTE HACE UNOS AÑOS ME GUSTA EN CONJUNTO PERO NO LO ENTIENDO

el gallo que ha cantado no tiene nada de particular salvo que en los años de mala cosecha se suele transformar en un tranvía de Londres para despistar a los desfallecidos caminantes que se acercan con las manos abiertas para que le echas todas las monedas pequeñas y parte de las otras en señal de buena voluntad:

Sempervivum canariense	el uno	no lo sé dibujar
Canarina canariensis	el dos	no lo sé cantar
Euphorbia canariensis	el tres	no lo sé modelar
Carica papaya	el cuatro	me gusta

NADIE SUBE POR SU PROPIO PIE SINO QUE LA MALA SUERTE TE TOCA EN EL HOMBRO Y YA

Me quedaba grabando en la misma roca todas las letras de tu nombre sin atreverme a borrarlas con saliva porque a lo peor vigilaba ella desde los almendros traseros.

Aficionada a la restauración de vasijas fuiste colocando mis brazos en tu costado el cabello sobre la frente y los zapatos debajo de la butaca principal mientras la televisión nos ofrecía un programa de terror ¿te acuerdas?

Yo preparé las bebidas y el peinado la camisa blanca y la sonrisa y la mirada fija que no se cansa por mucho que gritan los otros y se creen a pies juntillas que no soy el primero de la lista...

La cueva gris coincide con un corazón que vuelve de a las salidas tapiadas anticipando el verano de los justos y el sueldo de los mecanógrafos.

Lunes diecinueve de marzo de 1942

"Hoy cumplo nueve meses en el seno de la oscuridad aunque presiento que dentro de poco tiempo saldré a la calle..."

Jueves veintinueve de marzo de 1942

"Ya no puedo rebullirme..."

Lunes nueve de abril de 1942

"Presiento una catástrofe, diría que voy a cambiar de mundo".

INDICE DE AUTORES

Prólogo.	7
Luis Alemany	13
Santiago Alonso	33
J. J. Armas Marcelo	47
Rafael Arozarena	63
Juan Cruz Ruiz	75
Alfonso García - Ramos.	91
Luis León Barreto.	107
Alberto Omar	129
Víctor Ramírez.	147
Emilio Sánchez - Ortiz	171
Rafael Franquelo	197



*Esta edición de 3.000 ejemplares de
AISLADA ORBITA, se acabó de imprimir
el 20 de Febrero de 1973, en los Talleres de
Litografía - Imprenta Marcelo.*

Las Palmas de Gran Canaria



inventarios provisionales editores

portada de santiago alonso
fotografía de vidriales